



Cualquier cosa, menos quietos

universo **o** centro

Número 137 - Diciembre de 2023 - Distribución gratuita [www.universoconcentro.com.co](http://www.universoconcentro.com.co)

Todo nació en la contraportada de un bar de veinte mesas, atrás, en un altílo encima de los baños. Una escalera intrincada conduce al “antro de redacción”. Arriba hay más silencio y más calor que bajo la acogedora luz del bar. El tablero con las notas del próximo número es el principal decorado y el jefe de edición se recuesta sobre el lavadero que hace de atril. Las historias que se cuentan abajo, las mentiras que se olvidan y se diluyen en hielo tuvieron algún futuro allá arriba, en los garabatos de un tablero sin fondo.

En el inicio todo era una especie de pantomima, un *performance* para justificar las horas en ese bar que se ufana de ser cantina en sus mejores noches. Si el primer número fuera una película, diríamos que se grabó con el celular y las escenas transcurrieron en unos cincuenta metros a la redonda, y los actores eran los naturales del bar. El impulso de contar las propias cuitas, el autorretrato de los amigos, la exaltación de algunos vicios, las borracheras épicas de los primeros brindis de El Guanábano, el nombre de ese bar dulce y espinoso.

Luego aparecieron los lectores. Nadie sabía que esa especie estaba tan ávida y que UC podría ser un apetecido portavasos. Animaron el juego y propusieron un segundo número, patrocinaron un tercero, preguntaron por el cuarto y cuando llegó el quinto ya tenían las manías y los pleitos de una redacción. Y aparecieron los mecanógrafos, los cuartilleros, los poetas de cuaderno y algunas plumas celebratorias. Y corrió la voz de que el Parque del Periodista estaba mezclando

# FIESTA DE QUINCE

el humo con la tinta. Venía la gente y recogía un ejemplar en ese cruce indecente de Medellín. La ciudad de esos días, donde en abril y septiembre hubo masacres, una en Prado y otra en Naranjal. El 2008 terminó con más de mil homicidios, los paras se habían desmovilizado dos años antes y Don Berna había viajado sin visa a Estados Unidos en mayo. Los Usga se habían presentado en sociedad en Urabá y le peleaban los negocios a Don Mario. Las herencias más bravas estaban muy presentes. *Universo Centro* publicaba desprevenido, lejos de los grandes pleitos, pero le llegó su susto. Habían pasado apenas unos meses luego del primer número. “Pero solo escriben borrachos memoriosos”, fue la defensa ante una amenaza. Todo se aclaró.

Pero *Universo Centro* sintió que el periodismo tocaba la puerta al igual que los pillos. Y llegaron los periodistas recién hechos, con todas las ganas de calle y páginas, y nos enseñaron a todos los

totaleros del antro y esculcaron y se armó un buen equipo entre quienes recateaban la pola, invitaban al guaro, compraban ron añejo, se bogaban tres vodkas, todo entre humos y otras gracias en la llamada “zona de terapias”, la bodega del bar donde se guardan las pacas del periódico y los secretos más sabidos. Éramos un equipo interdisciplinario.

El correo oficial comenzó a llenarse de “colaboraciones”. Estrenamos el filtro, había suficiente material para escoger, era una ventaja para la calidad y una desventaja para el trabajo. Tocó poner orden, asignar tareas, abrir una cuenta de ahorros y nombrar al patrón. Desde esos números iniciales hasta hoy han pasado más de cuatrocientos artistas, mecanógrafos, rebuscadores, ilustradores, varados, contratistas, colados y anónimos por estas páginas. Lectores todos, con ánimo y generosidad para gastar su tiempo y su talento en UC, casi siempre a cambio de solo unas copas o unas copias.

En 2008 llegaron a Medellín 75 mil turistas extranjeros. El año pasado un poco más de un 1 300 000 visitantes con pasaporte pasaron por estos patios. Sin darnos mucha cuenta tenemos una ciudad muy distinta, con líos y dolores similares, con preocupaciones distintas, muchas veces con las mismas historias en las mismas laderas y, otras tantas, con cuentos que todavía no entendemos. El Centro, nuestra primera inspiración, sigue siendo una mácula atractiva, siempre nueva, la gran ruleta de la ciudad de los azares. Ahí se cuentan los rollos más bravos y están los peores filos. Ahí está la vida en las aceras. Este año algo más del diez por ciento de las víctimas de homicidio en la ciudad serán habitantes de calle. UC sigue mirando al Centro, su hogar, es su obligación.

Desde el antro y la barra del bar seguiremos ejerciendo, intentando que los quince inspiren los despistes, los primeros permisos y las alucinaciones de la adolescencia. Aunque un periódico criado en un bar tiene más años de los que dice la fecha de su primer número, historias nunca contadas, promesas incumplidas, faltas de asistencia, incapacidades. Así nos hemos malcriado. Trabajamos más despacio, circulamos con menos frecuencia, aplazamos más tareas. Pero cualquier cosa menos llantos, estamos para brindar por todas las veces que hemos subido y bajado las escalas del antro de redacción. Salud por todos los lectores, por quienes han publicado aquí siempre con alegría y largueza, por cariño a este emprendimiento bien prendido. Celebremos los quince: donde hay fiesta, hay viaje. ☺

# M A N I O B R A S

por GLORIA ESTRADA • Ilustración de Piedra Alada

Entonces, después de cambiar intempestivamente de rumbo: ya no hacia abajo sino otra vez hacia arriba, desde ese olimpo que es la cabina del avión, el capitán anunció:

—Hemos realizado una maniobra que es muy común para nosotros. Suspendimos el aterrizaje debido a condiciones meteorológicas, por lo que vamos a movernos en dirección a Marinilla, a la espera de que mejor la visibilidad en el aeropuerto. Tenemos combustible suficiente para esta operación así que podemos estar tranquilos. Les sugerimos permanecer sentados con el cinturón de seguridad abrochado.

Ay no. Estaba tan cansada que no me asusté, solo rezugué porque no veía la hora de estar otra vez en mi casa, a unos cuarenta kilómetros de Rionegro. Durante el vuelo justamente venía pensando en lo increíbles que son esas máquinas, tan pesadas y vuelan, que no solo se sostienen en el aire sino que también avanzan. Quise ponerme infantil y pensar en lo maravilloso que es ver un avión elevarse, ese aparato con alas que nunca se recogen, que apenas si toma impulso y reta la ciencia y el asombro.

Venía pensando en cuántas cosas tuvimos como humanos que estudiar, investigar, descubrir, analizar, aprender para poner estos aparatos en el aire.

Alcancé a dormir pensando en eso, embolotada con eso. Cuando me di cuenta, llevábamos más de media hora sobrevolando Marinilla, dando la misma vuelta y avistando cada vez más cubierto el aeropuerto. Una capa de niebla se posaba sobre él, blanca, densa. Intocable.

Daniel, el capitán, volvió al altavoz, esta vez para decir que teníamos diez minutos más para ver si mejoraban las condiciones y aterrizar, o si iba a tocar devolvérsenos para Bogotá.

Un murmullo de lamentos se tomó el avión. Qué vaina. Yo había hecho unas cuentas alegres de estar a las nueve y media de la mañana acariciando ya mis gatitos, pero eran las seis y media y aunque veía las montañas allá abajo, cubiertas por aquellas nubes y niebla, no las podía pisar. No es cuando uno quiere. Hemos inventado muchas cosas y

hemos intervenido tantas otras, pero no tenemos rayos desintegradores de niebla. ¡Pas, pas! Que pudiéramos desde el avión lanzar una sustancia u objeto que ayudara a abrir paso entre las nubes... No. Antes de los diez minutos la voz del capí se volvió a esparcir por el aire, desde su trono nos dijo:

—Hemos tomado la decisión de regresar a Bogotá. Agradecemos su comprensión, es una circunstancia que no está bajo nuestro control.

La máquina voladora deshizo sus pasos, o aleteos, más veloz que nunca y aterrizamos con una sensación de fracaso en El Dorado. Habían pasado dos horas y estábamos en el punto A, en el origen, en el principio de todo. Recordé esa enseñanza básica en el colegio: una cosa es la distancia recorrida y otra el espacio recorrido... Pasajeros y tripulación acabábamos de graduarnos en espacio recorrido. En vano, pero a salvo.

Y en eso pensé las dos horas siguientes, a bordo del avión estacionado, sin poder bajarnos, a la espera de que las

condiciones mejoraran en Rionegro y abrieran el aeropuerto, a la espera del nuevo plan de vuelo y el reabastecimiento de combustible. Pensé en la tranquilidad del piloto, en que podemos hacer cosas bien, como los aviones, aunque hayan primero sido protagonistas en lo militar y todavía desde ellos se lancen bombas y ataques. Elegí seguir sintiendo el asombro por la máquina que pesa toneladas y vuela y nos lleva de un punto a otro en un tiempo mínimo.

Como mantuve esa mirada, ingenua, pueril, cuando al fin pudimos aterrizar en el destino, a las nueve y media de la mañana, sentí el impulso de aplaudir, aplaudir a ese piloto que nos llevó hasta Rionegro y que no permitió que cundiera el pánico. Pero me contuve, la montaña no es bien vista ni, mucho menos, compartida. Entonces, cuando ya pude caminar por el pasillo rumbo a la salida y vi al capitán de espaldas allá en su cabina, mirando botones apagados, quise al menos lanzarle con mi mirada un rayo poderoso, telepático, una palabra, qué sé yo; y parece que le llegó porque giró la cabeza un instante y pude enseñarle, sintiéndome una niña de once años, mi pulgar derecho levantado. ☺



**DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA**

— Juan Fernando Ospina

**EDICIÓN**

— Pascual Gaviria

**COMITÉ EDITORIAL**

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufrasio Guzmán

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Santiago Rodas

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

— Isabel Botero

— Mario Cárdenas

**PRODUCCIÓN EJECUTIVA**

— Sandra Barrientos

**DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**

— Manuela García

**CORRECCIÓN DE TEXTOS**

— Gloria Estrada

**ASISTENCIA DE COMUNICACIONES**

— Laura Almanza

Esta es una publicación de la Corporación Universo Centro

**Distribución gratuita**

**Número 137 - Diciembre 2023**

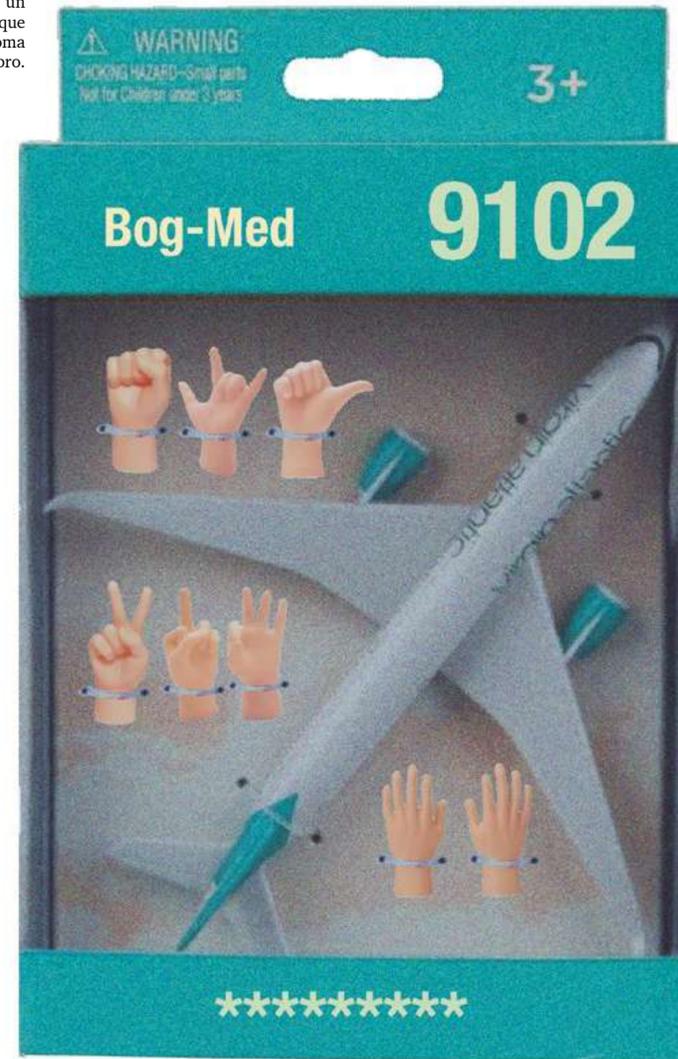
**Versión impresa**



universo centro

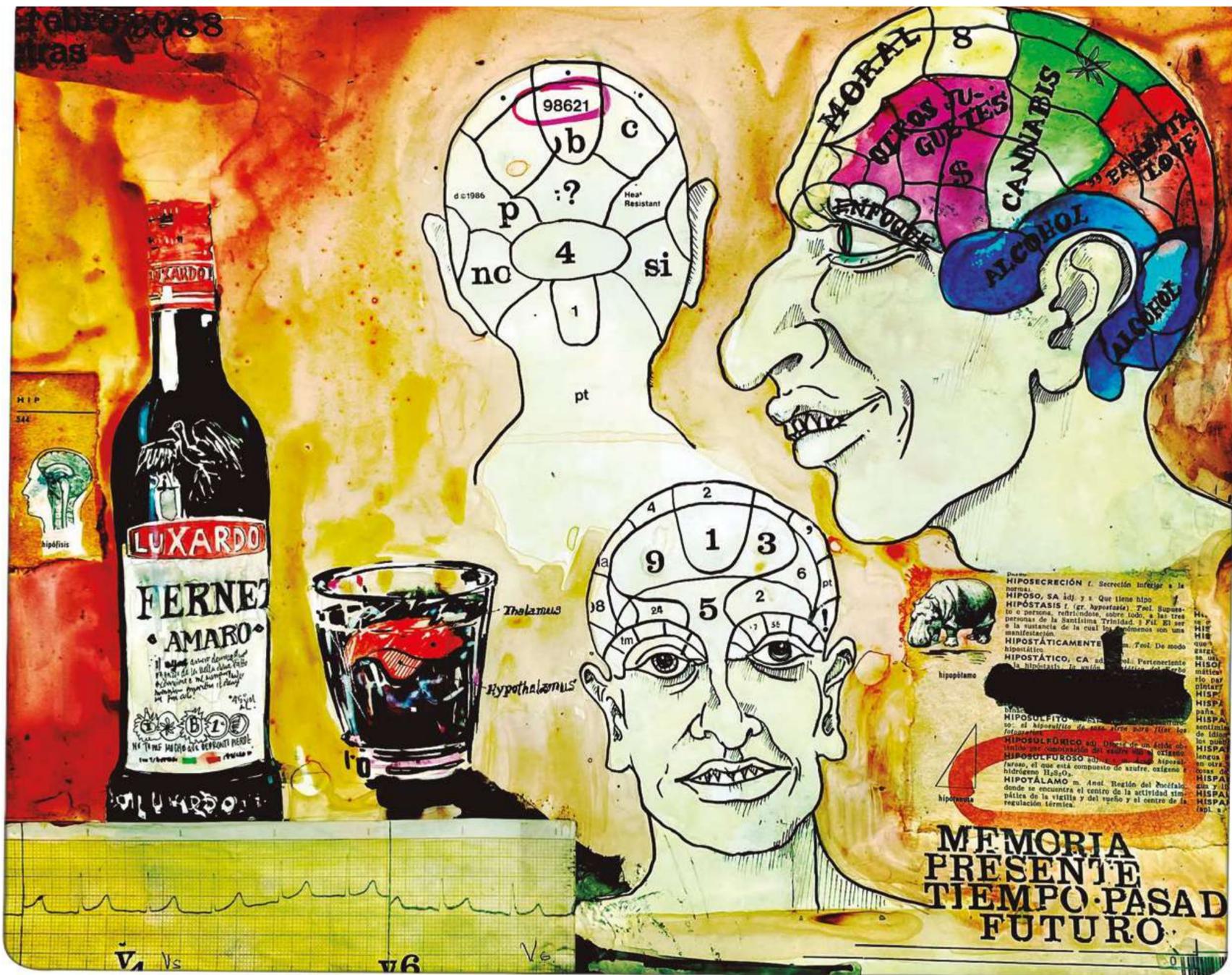
[universocentro.com.co](http://universocentro.com.co)

[universocentro@universocentro.com](mailto:universocentro@universocentro.com)



# HACE QUINCE AÑOS...

por LUIS MIGUEL RIVAS • Ilustración de Cachorro



una experiencia inicial. A la muerte de los padres, su única familia, quizás alcanzó a entristecerse unos segundos, pero luego se distrajo y pasó a otro tema.

Henry Molaison murió, sin darse cuenta, un martes a las cinco de la tarde, a los 27 años para él, y a los 82 según el resto de la humanidad. Desde el punto de vista científico su presencia en el mundo fue invaluable. Mirado en abstracto, desde el punto de vista poético, su vida es una gran metáfora de carne y hueso. Pienso en un presente absoluto, casi inexistente por falta de contrastes, que no viene de ningún lado ni va para ninguna parte. Imagino orwellianamente un mundo en donde las convulsiones se curan cercenando órganos y las disrupciones se solucionan con la supresión de la historia y la identidad.

Hace quince años, en diciembre del 2008, me topé, no recuerdo cómo ni dónde, con un periódico en cuya portada aparecía un combo de gente empelota. Lo leí completo con atención y sorpresa. Tres lustros después, cuando trato de recordar lo que encontré en esas páginas, apenas evoco una mezcla de morbo católico y malicioso placer infantil ante las desnudeces de la foto. Y la idea confusa (tengo recuerdos muy vagos de ese tiempo en el que no hacía nada) de que los artículos y crónicas hablaban del Centro de Medellín, de “algo” que estaba ocurriendo en el Centro por esa época.

He olvidado muchas cosas de los últimos quince años. La memoria fotográfica de la que me ufané en los tiempos universitarios se ha estropeado, no de golpe por efecto de una caída en bicicleta sino lentamente en virtud del tiempo, inundaciones alcohólicas y profusos efluvios marihuanos. A veces, en medio de una conversación, de repente y de la nada, pego un salto y grito una palabra que no tiene que ver con el tema del que se está hablando: ¡oropéndola! o ¡admirniculol! o ¡cartapaciol! o cualquier otra palabra que en una charla de días antes, con otra persona, no pude encontrar en el momento preciso y tuve que remplazar por alguna parecida, pero cuya búsqueda persistió silenciosa en mi mente por cuenta de un obsesivo mecanismo automático que la viene a encontrar en el momento más discordante. Olvido mucho y de todo: libros recién leídos, nombres de personas entrañables, fechas importantísimas, canciones íntimas, teorías sólidas y arraigadas; y mi capacidad de olvido no solo va en aumento, sino que se sofisticó a niveles casi artísticos a tal punto que últimamente padezco episodios de alzhéimer mezclados con *déjà vu* en los que me sorprende pensando: yo esto ya lo había olvidado antes.

Al principio me preocupé. Pero la omnipresencia del doctor Google para recordar información y del papel y el lápiz para contrarrestar los olvidos domésticos, me tranquilizó. Luego comprobé que tanto el doctor Google como el papel y el lápiz eran incapaces de relacionar datos de acuerdo con un modo personal de ver el mundo y de darles un sentido profundo a los recuerdos (muchos o pocos) que se tengan. Descubrí que hay una instancia más allá, detrás, antes y por encima de la habilidad de recordar con pormenores: la comprensión general, el darse cuenta, la conciencia: esa “facultad psíquica por la que un sujeto se percibe a sí mismo en el mundo”. De lo que carecía Funes por exceso de información, “... no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer”, dice Borges, y Molaison, por carencia absoluta. A Funes, que lo recordaba todo, le sucedía que “su propia cara en el espejo, sus propias manos, lo

sorprendían cada vez”; a Molaison, que no recordaba nada, le sucedía igual.

El mecanismo obsesivo que opera en el sótano de mi mente se obstina en recuperar lo que leí en aquel periódico quince años atrás. (Esa obcecación por encontrar el hueso de sentido en el centro de alguna remembranza es la rebelión de la conciencia contra el deterioro biológico). Pero la obsesión no alcanza, el recuerdo no llega y acudo a la gran memoria artificial de la red. En la página web del periódico encuentro la foto del combo desnudo y al lado la lista de los textos. Los repaso uno a uno.

Leo algunos artículos de nuevo por primera vez. Como ese de Byron White (su voz reverbera, viva, a mi lado) sobre las casas ilustres en la zona de Girardot y Maracaibo.

Otros textos no los recordaba en absoluto y me parece haberlos leído esta mañana porque hablan de realidades que años después permanecen inalterables. Recuerdos del presente. La crónica verde en esa primera edición, por ejemplo, se refería a los intereses de poder y los prejuicios infundados que han regido la prohibición de la marihuana desde 1894 en Inglaterra hasta ese día de hoy del 2008 en Medellín y hasta este otro día de hoy del 2023 en Buenos Aires.

En otras crónicas me conecto con un tono y una atmósfera que desconozco sin serme ajenos, como esas casas ignotas y entrañables que visitamos en los sueños. Camilo Jiménez escribía sobre la Medellín de 1998 y mencionaba su paso por algunos lugares emblemáticos que en el 2008 habían dejado de existir —La Arteria, la librería Continental, los teatros Libia y Junín—. Sitios por los que yo también pasé en esa época y en los que seguramente me crucé muchas veces con el autor antes de que nos conociéramos. Pienso que, sin darse cuenta, Camilo estaba registrando la prehistoria de todas las cosas que le ocurrieron después, incluida nuestra amistad. “No sabemos qué sorpresa nos deparará el pasado”, dijo Pascal Quignard (de quien no he olvidado ninguno de sus libros porque aún no los he leído) en una entrevista.

Todos los textos de esa primera edición eran pistas para tratar de comprender cómo el Centro de Medellín había llegado a ese presente de hace quince años. El que retrataba Jorge Agudelo en una crónica sobre la cotidianidad vibrante y diversa del Parque del Periodista. Travestis, punkeros, poetas, oficinistas, estudiantes, profesionales, teatreros, malabaristas, viajeros, homosexuales, heteros, bisexuales, metaleros, góticos, raperos... Gente hasta de tres ojos. Una diversidad que en ese momento estaba siendo amenazada por manos invisibles y políticas evidentes (ahora se me aclara ese “algo” que estaba pasando) y ante lo cual la portada de los empletados y el contenido del periódico eran una respuesta.

Vuelvo a ver la foto con las dieciocho personas desnudas y creo que no conozco a nadie (o no les reconozco sin ropa). Inermes, frágiles, expositos en media calle. Tan parecidos a mí, tan yo mismo. Como un espejo que reflejara mi cuerpo en distintas versiones y posibilidades. Como el espejo de una ciudad que no se quiere reconocer en él porque la imagen que tiene de sí misma está congelada en un aséptico pasado ilusorio. Cuerpos reales, imperfectos, disruptivos, marcados por el paso del tiempo, alrededor de los cuales, sin que se alcance a apreciar en la foto, acecha un espíritu en forma de bisturí que pretende solucionar las convulsiones cercenando el hipocampo y acabar con las disrupciones suprimiendo la memoria. ☺

Hace quince años, el 2 de diciembre del 2008, murió el célebre Paciente HM, recordado por ser el hombre más desmemoriado del mundo y famoso porque, hasta antes de su muerte, nadie sabía quién era. O muy pocas personas, entre ellos los doctores William Scoville y Brenda Milner, quienes se dedicaron a estudiar su caso durante más de cincuenta años y escondieron con celo la identidad del dueño de un cerebro cuyas imágenes y estudios pormenorizados le daban la vuelta al mundo revelando importantes descubrimientos para la neurociencia, y que hoy reposa en su versión tridimensional, a disposición de los estudiosos, en la Universidad de San Diego.

Solo después de su muerte se supo que el Paciente HM se llamaba Henry Gustav Molaison, que había nacido en la ciudad de Hartford, Nueva Inglaterra, en 1926, en una familia de clase media y que a los nueve años se cayó en una bicicleta. Luego de ese accidente sufrió intensos, progresivos e inerradicables ataques de epilepsia que le imposibilitaron llevar una vida normal, hasta que, en 1953, a los 27 años, desesperado, acudió al hospital de Hartford dispuesto a someterse a cualquier intervención con tal de que lo liberaran del sufrimiento. Allí estaba el reputado neurocirujano William Scoville, quien decidió practicarle una cirugía experimental en la que extirpó parte del cerebro, en específico el hipocampo, donde según sus investigaciones se concentraba el origen de la epilepsia.

Henry se curó de los ataques. Pero en la primera revisión posoperatoria, cuando el médico que lo había atendido durante todo el proceso regresó al consultorio después de salir por unos documentos, se encontró con el gesto extraño de su paciente de siempre que lo miraba como si nunca lo hubiera visto. Molaison había perdido la capacidad de crear nuevos recuerdos y su memoria se quedó estancada en los tiempos previos a la operación. Hasta su muerte vivió en un eterno y vagaroso presente. Una versión inversa de Funes, el memorioso. Mientras Funes necesitaba un día entero para recordar con minucia lo que había hecho en un día, Henry se demostraba en la eternidad incommensurable de un presente que se difuminaba apenas aparecía.

Nunca reconoció en el espejo de su habitación un rostro que se arrugaba y endurecía con el paso de las décadas y que nada tenía que ver con el hombre que él consideraba ser. Cada encuentro con los científicos que compartieron su cotidianidad durante medio siglo era



por GILMER MESA • Ilustración de Titania

Para Juliana Restrepo Santamaría y Caliche, buenisimas malas hierbas de corazón y vida punkera.

Italo Calvino en su increíble libro *Las ciudades invisibles* describe 55 ciudades con nombre de mujer entre las cuales se encuentra Valdrada, en el apartado llamado "Las ciudades y los ojos 1", una ciudad que posee otra idéntica en su reflejo y donde las cosas suceden iguales a aquella, pero al revés, como una suerte de negativo la una de la otra, mediadas y creadas en gran medida por un espejo de agua que las separa a la vez que las conecta y la una empieza donde termina la otra.

Medellín de alguna manera me recuerda a Valdrada, una ciudad dividida de muchas maneras, por clases sociales, por fronteras tangibles e intangibles, por pensamientos, ideas, opiniones y hasta por colores desteñidos de divisas futboleras, pero cuenta con una frontera natural como deberían ser las

divisiones, en caso de que sean necesarias, que es el río Medellín, otro espejo de agua aunque se haya manchado su azogue hasta parecerse más a una vieja ventana de madera que a un cristal bruñido, pero que con todo y eso cumple una función similar a la que tiene el lago en la ciudad descrita por Marco Polo al gran Kan, la de crear dos ciudades contrapuestas la una de la otra que se seducen, suceden, continúan y se repelen, dos barrios enfrentados topográficamente y tan idénticos como distintos quieren mostrarse, Castilla y Aranjuez, dos miradas enfrentadas y atravesadas por una misma realidad, la de ser cuna del lumpen en los ochenta, del hampa en los noventa y de la gentrificación en este siglo que corre mientras nos corroe.

Barrios espejeados el uno en el otro en casi todos sus puntos. Castilla,

fundado por obreros en los años treinta en terrenos de propiedad de las familias Carvajal y Cock; Aranjuez, fundado en 1916 por Manuel José Álvarez Carrasquilla y ambos llenos de historias, de artistas, de dolores gemelos y de deseos doblados. Yo nací a finales de los setenta en la margen oriental, iniciando las lomas del barrio más viejo, y por ser de la parte de abajo dentro del barrio bajejerismo apenas pude intuir que encima de mi cuadra se empotraba un barrio que terminaría definiendo mi paso por el mundo, los amores que porté y los que sigo portando, así se hayan ido, las calles que amo con su característico olor a humo y cenizas, a sangre y alcohol, a diamante y carbón que fui descubriendo con el trasegar de los años y el pasar de los daños, pero en principio mi vida, mi realidad y mi mundo fueron mi familia, mi casa y la

cuadra donde vivíamos, más allá de eso se insinuaba un barrio que me era desconocido, añil, poderoso y pedregoso en iguales cantidades, vetado por los temores de mis padres y anhelado por mis curiosidades y las de mis amigos y si ese territorio se me hacía hostil por inexplorado, ni qué decir de la ciudad, algo inmenso cuya sola mención se me hacía inabarcable, irreconocible y desbordaba mi imaginación porque consideraba que la ciudad grande, así colosal y en mayúsculas, era lo que percibía mi vista, es decir, el barrio espejo con que rebotaba mi visión cada día desde que amanecía hasta que cerraba la puerta antes de acostarme, el mundo enfrentado: Castilla.

Durante mucho tiempo en mi vida ese barrio fue la ciudad entera y llegué a conocerlo mejor que al mío, al menos desde la distancia, pues mi periférica mirada era capaz de abarcarlo en su totalidad mientras que el mío se me escondía al doblar las esquinas de mi cuadra. Aunque su espacio físico, el barrio Castilla de cerca, solo pude contemplarlo cuando cumplí doce años y fui como acompañante de mi madre a visitar a su amiga de toda la vida que vivía en el barrio Francisco Antonio Zea, el que mucho tiempo después, cuando me interesé por conocer la historia de Medellín, supe que había nacido como barrio de invasión a la brava de la mano del cura Vicente Mejía, quien acompañado de seis familias de campesinos desplazados por la violencia invadieron un terreno que perteneció al Instituto de Crédito Territorial, situado en la zona noroccidental de Medellín y destinado a la construcción de la urbanización Francisco Antonio Zea IV etapa, que por falta de presupuesto no se llevó a cabo, quedando a la merced de esas familias que empezaron a invadir y a edificar tugurios, empujados en hacer propio lo que la ley les decía que era ajeno, insistiendo en llamarse poseedores, cuando el Estado los llamaba invasores. Arraigados al desarraigo que portaban reclamaron un lugar para el espíritu intacto que no logró desterrar la violencia que les quitó la tierra y la calma del lugar donde nacieron, llamándose en principio Lenin, siguiendo la tradición zurda de la época que bautizó con nombres tales a algunos barrios, mientras a otros se les entregaron nombres misericordiosos que recordaban el lado izquierdo del sacramento, como Villa del Socorro que fue construyendo la teología de la liberación de estos curas aguerridos. Ahí pude contemplar de cerca lo que de lejos me parecía inabordable, un barrio parecido al mío aunque con algunas diferencias, las calles eran más angostas y las casas más pequeñas, mientras mi madre se desatrasaba de chismes con su amiga, los hijos de ella me invitaron a jugar en la acera y pude ver que el ánimo de barrio popular era idéntico al nuestro. Conocíamos los mismos juegos y hablábamos con similares palabras por lo que al final del día, de vuelta a mi casa, tuve la sensación de haber estado en una cuadra y con unos niños iguales a la mía y los míos.

Aunque solo había estado en la parte plana y baja de la margen occidental, sus alturas siguieron siendo desconocidas hasta que un año más tarde, cuando a mi hermano mayor lo echaron del colegio del barrio por indisciplinado y mi madre tuvo que conseguirle cupo en el Ricardo Rendón Bravo de Castilla, ubicado a una cuadra de los famosos billares de la Maracaná, corazón del barrio espejo. Cuando fuimos a ver las instalaciones pude caminar las calles

que conocía de memoria en la distancia, esta vez sí noté algunas diferencias más allá del tamaño de sus calles, y es que era enero y el barrio guardaba un regusto de la navidad pasada, en sus cuadras aun colgaban de los balcones cadenetes deslucidas y en las calles dibujos desteñidos con motivos navideños que yo nunca había visto en mi barrio y que me hicieron pensar que quizás esta gente era más feliz en diciembre que nosotros, o al menos escondían mejor su infelicidad con esos matachos y colgandijos, aunque debo reconocer que lo que más sentí fue envidia de lo bonitas que se veían sus calles coloreadas, pero aparte de eso encontré de nuevo más similitudes que diferencias. Un colegio derruido igual al nuestro y madres igual a la mía con las miradas en ascuas y el ruego fácil para que recibieran a sus críos malcriados en esa institución educativa, de manera que a mi regreso confirmé que las caras de los necesitados se parecen y los barrios que las acogen también, pero luego de unos meses cuando mi hermano llevaba algún tiempo conviviendo con sus nuevos compañeros pude notar una diferencia colosal en su persona que lo disociaba por completo de nosotros y nuestras prácticas. Una noche llegué a la habitación que compartíamos y me encontré con un sonido novedoso, un estruendo de guitarras y tarros al gairete acompañados de una voz rabiosa que cantaba su agotamiento de esperar el fin y supongo que mi cara preguntó lo que mi boca no podía. ¿Qué es esa mierda? Y él sonriendo me enseñó un casete de un grupo español llamado Ilegales y el punk entró en nuestras vidas de salseros recalitrantes desbaratándole un poco su cotidianidad barrial, pues los punkeros en nuestro barrio eran bichos raros que levantaban sospecha por su aspecto. Era angustioso verlo escuchando punk a escondidas, sintiéndose culpable de una traición a sus amigos del barrio con quienes estaba comprometido en la salsa, creándose una doble vida musical que lo mantenía en vilo. Temeroso de delatar su afición guardó el casete en el fondo de su baúl y me prohibió hablar del tema con mis amigos y los suyos, luego pasó su muerte y tanto el punk como Castilla dejaron de existir para mí, me retraje de nuevo y más poderosamente en la salsa y Aranjuez que sirvieron de escampadero a mi tristeza; recorrer las calles del barrio y escuchar esa música poderosa que esconde melancolías profundas entre los pliegues de su sabrosura me brindaron el amparo que su muerte desamparó en mí, tuvieron que pasar algunos años en los que dejé de ser lo que era, para que de nuevo ese barrio y su música se me volvieran a atravesar en el camino, en Castilla jugué un torneo de básquet al final de mi adolescencia que me amistó con jugadores geniales y del punk tuve una versión muy positiva cuando entendí en la universidad la inmensa ternura que albergaban sus seguidores y la poderosa rebeldía que destilaba esa música y me convertí en seguidor de algunas bandas que siempre intercalo entre Rubén y Héctor, desde que entendí que la música, como el arte y la vida, provienen de una fuente común y son amplias y que somos nosotros con nuestras estrecheces quienes creamos fronteras y límites, porque el alma que compartimos es universal y debe brindarnos esperanza y compañía, no división y encono. Todo esto para contarles que un día estaba en clase con 45 años a cuestas y una vida en bajada y los amigos de UC me llaman para que escriba un artículo

sobre la otra 70, la de Castilla y el punk, y me sonreí para mis adentros pensando que de nuevo ese barrio espejo me pedía que lo mirara, que levantara la vista y tratara de descifrar desde la distancia nuevamente entre ese entramado de calles cuál era la 70, sin poderla distinguir pero conociendo un poco de su pasado atizado por dos fuerzas, el punk y la sangre, y me avine a recorrerla de la mano y la voz de Caliche, Carlos Alberto David Bravo, baterista de Desadaptadoz, banda insignia del punk en Castilla y personaje inigualable que me contó cómo esas dos potencias contrapuestas impulsaron el desarrollo de esa calle que en realidad es una carrera, y cómo a finales de los ochenta un combo temible liderado por los hermanos Muñoz Mosquera impuso su impronta violenta que pervivió después de su extinción trashumada en nuevos combos igual de jodidos hasta días muy nuevos, pero a su vez también otros combos de similar edad, pero diferente calado, encontraron en el punk la manera de gritar la inconformidad que aquellos gritaban a balazos e hicieron de esa calle su trinchera desde donde se apostaron para hacer fuego con canciones pujantes y recias; me contó de los *soys* que se armaban en algunas casas abandonadas que los punketos tomaban para desarrollar fiestas llenas de adrenalina, donde desfogaban su enérgica ira en pogos que simulaban batallas más amigables y sin muertos que las de los que afectaban valentías impostadas detrás de una pistola, me contó de una banda llamada Los Kenedys que en el colmo del punk, presentó a su vocalista en un concierto ataviado con un collar de ratas muertas en un exabrupto punkero inigualable dentro de la estética bizarra e insurrecta que impera en el género, y muchas historias más de esa música extraordinaria que no quiero replicar aquí porque las historias les quedan mejor contadas a sus protagonistas. Después de despedirnos rehíce los pasos en solitario intentando ver por mi cuenta las casas y las cosas que me llamaron la atención y mientras me tomaba un tinto en una tienda de esquina, similar a las de mi barrio, miré para el frente y de nuevo pensé en Valdrada, en la otra ciudad, la del frente, ya vista desde su contracara e identifiqué mis calles, mis casas y mis sitios a una misma distancia desde donde había contemplado los sitios que acababa de recorrer y supe que no se podía entender una cara sin su reverso, que como en un espejo la imagen no es idéntica, pero se parecen y que mientras aquí zumbó la sangre en la 70 allá hizo lo mismo en la 51B, dos carreras que corren paralelas entre sí y con el río y que aquí escucharon e hicieron punk y a nosotros se nos incrustó la salsa en el corazón, sin embargo nuestras búsquedas fueron las mismas, encontrar un refugio en la música que nos permitiera abrazarnos en medio de las balceras. Abrazos rudos aquí, pausados allá, y hallar un lugar para ser alguien en medio de las nadas que nos ofrecía la realidad, ambos barrios vigilando al otro de continuo, mirándose en él, envidiándose y repeliéndose, acercados sus infieros por un puente con nombre de santa, conviviendo consigo mismo y con su reflejo porque Aranjuez y Castilla como las dos Valdradas de Calvino "saben que todos sus actos son a la vez ese acto y su imagen especular que posee la especial dignidad de las imágenes, y esta conciencia les veda abandonarse por un solo instante al azar y al olvido (...) Las dos Valdradas viven una para la otra, mirándose a los ojos de continuo".<sup>©</sup>

# El viaje del hincha

por  
CAROLINA CALLE •  
Ilustraciones de Nicolás Torres Victoria

Era el hombre más feliz en una ambulancia. Aunque no estaba enfermo, Diego iba en la parte de atrás con urgencia, con ansiedad de volver a Medellín después de diez años de lejanía. Mientras salía del desierto, pensó que era un tipo afortunado. Pocos entran y salen ilesos de la prisión más temida de Colombia. Al penal de Valledupar lo conocen como “la cárcel del cuchillo”, le dicen la Tramacúa, la Gorgona del siglo XXI. Salir sano y salvo de allá es una hazaña.

Cuando le notificaron que quedaba en libertad condicional, contuvo la felicidad para evitar una implosión. Le tomaron las huellas, las firmas, las fotos y, como solo había una ambulancia disponible, el comandante del establecimiento le pidió al conductor del vehículo que lo llevara a la terminal de transportes. Después de cruzar todas las puertas del perímetro de seguridad, Diego en sus adentros le gritó a ese sitio: “¡Hasta nunca, Tramacúa!”. Y salió victorioso de esa mole gris clavada en esa esquina perdida del país.

En la terminal de transportes de Valledupar reclamaría un giro que le hizo su familia y con ese dinero compraría los pasajes para regresar a su tierra. Le esperaban más de doce horas de carretera, casi 750 kilómetros. Llevaban diez minutos de camino cuando el conductor de la ambulancia frenó de repente, lo rodearon un par de motocicletas y cruzó algunas palabras, números y códigos con varios uniformados.

—¿Para dónde va? —preguntó Diego perplejo cuando notó que el hombre al volante estaba reversando.

—Me dieron la orden de regresar —respondió el conductor. Diego quedó frío en esa hoguera. No podía ser. Ya se había despedido del presidio y en cuestión de minutos estaba de vuelta, otra vez la Tramacúa estaba abriéndole sus rejas. “Dios mío bendito, no lo puedo creer. ¿Qué es esto?, ¿qué pasó?, ¿ahora qué hice?”. Lo sacaron de la ambulancia y lo metieron a un calabozo. Nadie le daba respuestas. Para no perder la razón en esa espera, empezó a rezar el rosario. “Dios te salve, María, llena eres de gracia...”; oraba a media voz con los ojos cerrados para disipar tanta angustia.

\*\*\*  
Cuando era joven recibió propuestas del Ejército, de la Iglesia o del combo del barrio. En esa época, Diego encontró su lugar en la tribuna. Solo quería entregarse a un escudo, a una bandera verde y blanca, a su equipo verdolaga. Gracias al fútbol conoció la pasión, la fe, la aventura, la amistad, otra familia. Sintió por fin que pertenecía a algo, que era miembro de un espacio que lo esperaba cada semana. Asimismo, conoció en vivo y en directo, de frente y por la espalda, la violencia, la droga, el exceso. Se sentía como un toro de lidia, no podía ver nada rojo porque tomaba impulso, corría, embestía. Desbocado, reactivo, feral. Convertía cualquier espacio en un ring de pelea. Se hizo hincha del insulto, de la revancha, del puño. De los viajes solía volver con un ojo cerrado, con el pómullo morado, con la camisa rota o manchada por sangre, con una navaja escondida para sí acaso.

El fútbol le programaba su tiempo. El Atlético Nacional era su punto de partida y su meta. Antes de ser barrista, Diego soñaba con ser marinero, navegar océanos, contemplar horizontes, andar de puerto en puerto. Pero a los quince conoció el estadio; a los diecisiete, la marihuana; a los veinte, la navaja; a los veinticinco ya era pirata. Así les decían a los integrantes del grupo más desadaptado a finales de los noventa. Lo conformaron los expulsados de todas las barras que formaban parte de la tribuna sur.

Diego terminó el colegio y trabajó como aseador de sofás, mecánico, mensajero, en oficios varios. Los empleos los perdía por ausente, por ebrio. Su prioridad era el Verde. Era tanta su fiebre que empezó a viajar para verlo jugar de visitante. Como no tenía dinero para financiar las excursiones, aprovechaba los peajes para montarse al escondido a mulas, camiones, planchones, *containers*, jaulas... cualquier vehículo del cual pudiera colgarse.

El siglo XXI lo cruzó viajando. Su primera travesía en mula la hizo a Pasto en el 2000. Así conoció Neiva, Bogotá, Santa Marta, Barranquilla, Bucaramanga, Armenia, Pereira, Manizales, Ibagué, Cali, Cúcuta, Tunja, Tuluá, Villavicencio, Barrancabermeja, Montería. Después de un periplo por Cartagena no



pudo volver a salir, a gritar gol desde una gradería, a jugar con el mar, a casar peleas, a contar estrellas, a sentirse dueño de la carretera. La última década la pasó quieto, encerrado en dos prisiones. Tres años en Antioquia, siete en el Cesar.

\*\*\*  
Iba en el tercer misterio del rosario cuando un dragoneante interrumpió a Diego.

—Carmona, vamos, venga, yo lo llevo. Le explicó que se había presentado una emergencia en un patio y necesitaban la ambulancia para un reo rebosado de sangre y con pocos signos vitales. Esta vez salió en moto y no se despidió de la cárcel, no le dijo adiós. Por prudencia, por miedo de tener que volver. Cuando por fin llegó a la terminal de transportes, la empresa de giros estaba cerrada. Le tocó esperar a que fuera el día siguiente para reclamar la plata y poder comprar el pasaje a Medellín.

Pensó en devolverse en mula, como en los viejos tiempos.

Cuando viajaba pegado de camiones, tenía que estar pendiente de cada segundo. Muchos compañeros perdieron la vida en el camino. A algunos los levantó un árbol, a varios los venció el sueño y los tumbó una curva, otros cayeron porque iban ebrios, algunos se tiraron en medio de un vuelo alucinógeno, a bastantes los acuchillaron otros hinchas viajeros. Ya no era ese joven de las aventuras. Lo que otrora era vértigo en ese instante era un riesgo que no valía la pena correr.

Ya no era el necio, la plaga, la papeleta, el buscapleitos, el hincha del Atlético Nacional que recorrió el país de estadio en estadio sin un peso, montando en

mula, aguantando hambre, frío, peligro, sueño. Ese hombre de 35 años ya no era el mismo joven de ojos negros y pestañas largas que fue capturado el 13 de octubre de 2009.

\*\*\*  
El día que Diego condenó su futuro tenía puesta una gorra con el escudo del Atlético Nacional. En la cuadra de su barrio había otro hincha del Verde. Su carácter tenía mala fama, lo apodaron el Flaco. De él se decía que le pegaba a la mamá. La primera vez que lo vio fue en la mitad de la calle dándole patada a una señora. Diego lo interrumpió con una seguidilla de golpes. Desde esa paliza, el Flaco lo buscaba con ánimo de bonche, en busca del desquite. Le mandaba razones, que la venganza era dulce como el aguardiente. Y como Diego se mantenía viajando casi nunca se lo encontraba. Pero cuando coincidían Diego lo ahuyentaba con temeridad, siempre estaba preparado para sacar pecho, mover la cabeza y palmoear. “¿Qué hubo?, ¿qué?, ¿qué quiere?, ¿qué se le perdió?”. El Flaco siempre se retiraba con una mirada de amenaza. Un domingo, Día del Padre, Diego llegó a la tienda de la esquina. Traía tos de tanto aguantar frío en la carretera.

—Por ahí está el Flaco buscándolo todo loco desde anoche —le advirtieron los vecinos.

—Ah, qué pereza, en un rato me abro —respondió.

Al mediodía apareció el Flaco en la esquina. Diego estaba sentado en la acera, junto a la puerta de una casa. El Flaco pasó por la calle del frente. Le ladró con la mirada, Diego le respondió con la suya, el Flaco se acercó escoltado

por dos acompañantes que lo alentaban como a un gallo de pelea. Diego le soltó esta provocación: “¿Ya está decidido?, ¡hágale!, ¡dele!, ¡con toda!”.

Mientras cruzaba la calle, el Flaco sacó un cuchillo de cocina. Diego esquivó el primer golpe afilado con los tenis. Se paró y logró meterse en la tienda. Allí encontró refugio, los vecinos hicieron una barrera. Hubo un cruce de insultos, de afuera hacia adentro y viceversa. “Salga, deje de esconderse”, gritaba el Flaco, hasta que se cansó de esperar y partió.

“Ya se fue, déjenme salir”, les dijo Diego a los que estaban en la tienda escudándolo. Apenas salió escuchó un grito que rompió el aire: “¡Cuidado!”. El Flaco estaba escondido, atento a su salida, iba directo a su espalda. Diego corrió. Se quitó la camisa, la envolvió en la mano, sacó su navaja y comenzó el duelo. El Flaco le tiraba a Diego le respondía. Ambos estaban calientes, las gotas de sudor y de sangre se las tragaba el asfalto. El Flaco lanzó un puntazo, Diego lo esquivó; el Flaco hizo un contragolpe, Diego lo rechazó, y, antes de otro movimiento ofensivo, Diego sacó un derechazo que le llegó directo al corazón. El Flaco lo miró, blanqueó los ojos y cayó bocabajo. En ese momento todo el corrillo se dispersó. Los escoltas del Flaco huyeron. Diego salió de la escena del crimen que había protagonizado. Entró a su casa tembloroso, se fue para la terraza. Lavó la navaja y la escondió entre un ladrillo del tejado. Empezó a fumar, a caminar de un lado a otro, tenía taquicardia, los pensamientos revueltos, no sabía qué hacer. La mamá de Diego subió llorando.

—¿Qué hiciste, Diego León?  
—Nada, ma.

—¿Qué hiciste, Diego León?

—Relájese, tranquila. Yo no hice nada.

—Y si no hiciste nada, ¿por qué un policía vino a preguntar por vos?

—¿Qué?... Dígame que no estoy.

Su primer reflejo fue saltar al tejado y escaparse de techo en techo. Hasta que encontró un árbol, se trepó y ahí se quedó hasta que llegó la noche. “¿Estará vivo o muerto?”, pensaba. “Era su vida o la mía”, intentaba convencerse. “Me calenté”, “si no es con la autoridad, es con los del barrio”, “qué güiro tan hijueputa”, “me tengo que volar”. Y en esas horas de turbulencia planeó el itinerario de su fuga. Así como la primera vez que viajó sin un peso, se iría en mula hasta Pasto, cruzaría el puente internacional de Rumichaca, pasaría la frontera hacia Ecuador, luego a Perú y de ahí se perdería en una selva a vivir con chamanes unos años, mientras pasaba la calentura. No se escapó en ese momento porque estaba sin camisa, con cachucha, pantaloneta, sin billetera, salpicado por sangre ajena.

Regresó a la casa como un gato por el tejado. Ya era de noche. Entró a su habitación empuinado, empacó en una tula una muda de ropa, agarró la billetera. Volvió a subir a la terraza. Ya estaba listo para volarse. Pero tanto silencio, tanta oscuridad, tanta soledad lo detuvieron. Bajó las escalas de nuevo. Entró con sigilo a la pieza de su hermana, después a la de sus padres, y no encontró a nadie. Era extraño tanto vacío. Se asomó a la sala y en el pasillo encontró la silueta de un cuerpo tirado. Era su mamá sobre el piso. Soltó su equipaje. Corrió hacia

ella, le gritó, la movió, le dio golpes en el pecho como si fuera un salvavidas. Sintió terror. Volvió a gritarle, a moverla, a suplicarle que reaccionara. Hasta que abrió los ojos.

—Ma, ¿qué le pasó? —le preguntó nervioso. Ella solo lo abrazó y empezó a llorar.

—¿Qué hiciste, Diego León? —le reclamó al oído—. ¿Qué hiciste?

Diego guardó silencio.

—¡Entréguese!, ¡por favor!, ¡entréguese a la Policía! —le rogó.

—¿Qué creés, ma?, ¿que me voy a podrir en una cárcel? —le respondió angustiado deshaciendo el abrazo—. Prefiero una cárcel que un cementerio. No, yo me vuelo, yo me voy.

La reacción de doña Amparo fue jalarle el pelo con tanta fuerza que se quedó con un par de mechones en las manos. Le corría la sangre por la sien, por las mejillas, por el cuello. Mientras lloraba empezaba a arrancarse otro tanto desde la raíz. Diego, acostumbrado a riñas, golpes, accidentes, caídas, fracturas, no resistió ver a su madre arrancándose las canas.

—Pare, hágale pues, yo me entrego —le dijo Diego impresionado, desesperado, abatido—. Pare, me entrego ya, pero deje de lastimarse.

Doña Amparo se detuvo. Retomaron el abrazo y con un suspiro mutuo fijaron un pacto. Antes de llamar a un abogado, Diego llamó a un partero de confianza para saber si de pronto el Flaco había sobrevivido.

—Parce, ábrase, que está es caliente. Ese man se murió.

\*\*\*

La Policía ya no lo buscaba porque el abogado notificó su intención de entregarse a la justicia. Le asignaron una cita para hacer su confesión cuatro meses después del suceso. Los que “cuidaban” el barrio no dejaban que nadie se metiera con la familia. “Pero si lo cogemos afuera, nos lo fumamos”, fue la razón que le mandaron a Diego. Había un interés latente por cobrar venganza o la recompensa por su cabeza. La puerta de su casa tenía muchos ojos encima. Que la cárcel fuera un refugio era una paradoja siniestra.

Diego ajustaba más de cien días sin asomarse a la ventana. Faltaban apenas

unas horas para la audiencia de legalización de captura, en la que iba a confesar. Como sabía que era su último día de libertad, le urgía embriagar esa ansiedad, no soportaba más muros, más techo. Salió de su casa con cautela, miró para lado y lado con el corazón turbado. Cuando escuchó el motor de un bus, salió corriendo y se montó por la puerta de atrás. Llegó al Centro de Medellín pálido, jadeante, descompuesto.

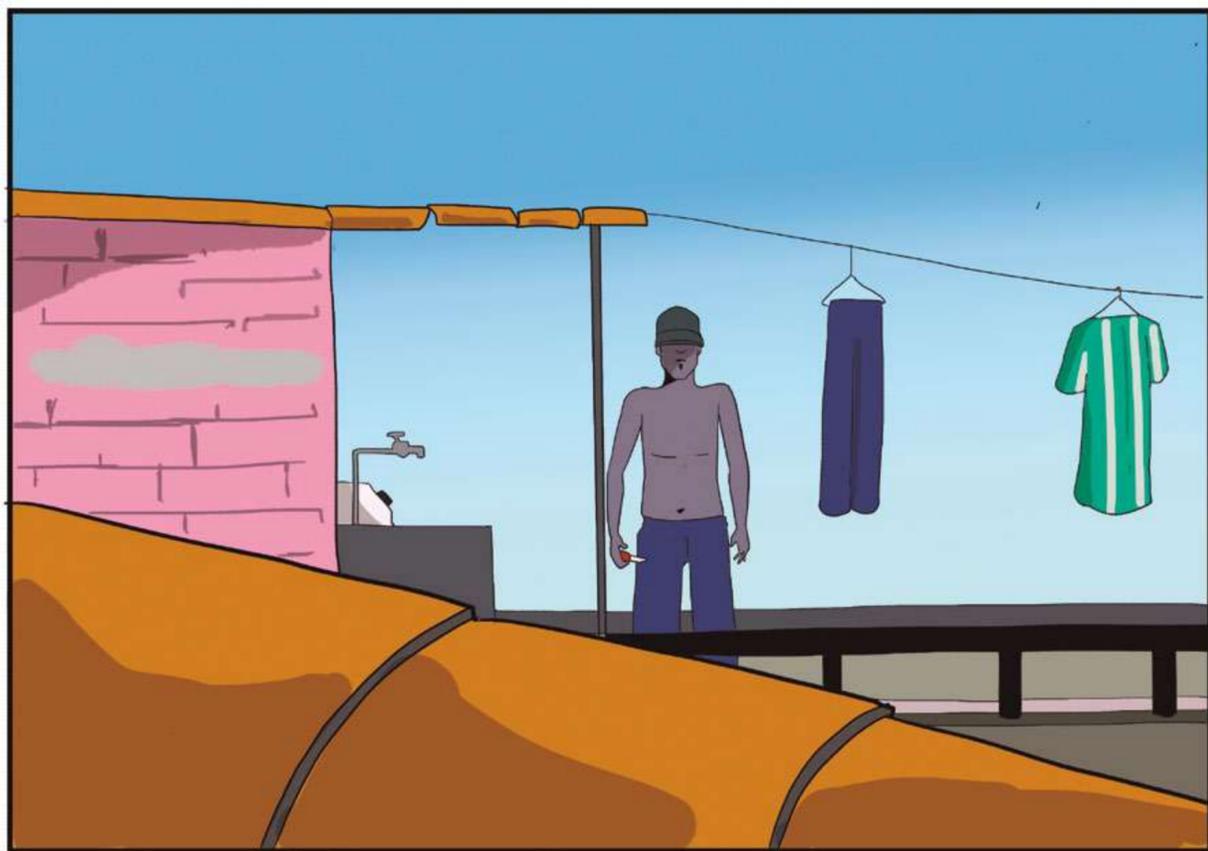
—¿Por qué está tan callado, güevón?, ¿qué le pasa? —le preguntó un conocido, compañero de juergas, en un parque mientras tomaba sus últimos ronnes y aguardientes, fumaba cigarrillo y marihuana.

No respondió. Disimuló. Hubiera querido soltar la bruma, el desasosiego, los dilemas que traía consigo. “Me entrego o me vuelo...”, “si me escapo, me va a tocar vivir escondido”, “si me encuentran, me matan”, “si me abro, no voy a poder volver”, “si me pierdo, mi mamá no va a soportar la tristeza”, “si alguna vez regreso, no la voy a encontrar viva”, “con esa muerte no quiero cargar”. No dejó salir ninguna palabra, no le dijo a nadie que al día siguiente en la mañana tenía que presentarse en la Fiscalía. “Si cuento, me arrepiento y no me entrego. Y ya no puedo arrepentirme, ya le hice una promesa a mamá”.

Amaneció aunque le imploró al sol que no saliera. Llegó puntual a la audiencia. Confesó lo que recordaba. Cuando le leyeron los cargos se enteró de que, en total, fueron cinco puñaladas las que dejó en el cuerpo del Flaco, también joven, también verdolaga. Escuchó cientos de meses de condena. Hizo cuentas, dividió entre doce. “Marica, no me imaginé que fuera tanto”, se dijo. Estaban hablando de una pena de 38 años.

Por haberse entregado le rebajaron la mitad. Por tratarse de una defensa propia le disminuyeron un poco. La pena quedó de 208 meses, es decir, diecisiete años y cuatro meses de prisión. Lo esposaron y lo condujeron a la cárcel nacional Bellavista. El martes 13 de octubre de 2009, Diego se despidió de la familia, del estadio, de Medellín, de la libertad, de la juventud que le quedaba.

\*\*\*  
Le suplicó al sol para que saliera pronto en el norte de Colombia. Al día



siguiente ese hombre recién salido de la cárcel cambió de plan. Antes de volver a la Capital de la Montaña, quiso hacer una escala en Santa Marta para cumplir el sueño de volver a tocar el mar. Después de seis horas por carretera, llegó a El Rodadero con los brazos abiertos. Guardó sus contadas pertenencias en una tienda, corrió sobre la arena ardiente, se tiró al agua y abrió los ojos por debajo aunque fuera salada, aunque fuera turbia, aunque después de tres horas de nado saliera con la mirada roja. Miraba al cielo cada tanto como los futbolistas cuando meten un gol. Agradeció, lloró, gritó, saltó, chapaleó, celebró, jugó, sintió la plenitud, a solas, delante de extraños que no se imaginaban de dónde venía. De lejos parecía un niño, de cerca, un señor. Solo él sabía con cuánta juventud contenida.

Hubo días tan pesados, tan afilados, tan desolados, en los que a gritos le pedía a Dios que no se excediera, “que calmad, que ya no era capaz de soportar tanta candela”. Una vez soltó insultos mirando hacia el cielo de su celda: “No, pues, qué chimba de Dios sos; decime, ¿por qué te olvidaste de mí?”.

Las cartas de su hermana, las fotos de su madre, las llamadas de su padre lo disuadieron cuando intentó rendirse. Esa terna le dio cuerda para seguir aguantando, no todo estaba perdido, la vida tenía que seguir a pesar del muro, el barrote, una condena, un traslado. Era cierto. Después de cada visita, a Diego lo atravesaba una rareza. De repente se creía capaz de volver a sonreír. Adentro aprendió a tejer, a concentrarse en la lectura, a contener peleas, a espantar sus demonios, a liberar la cabeza, a fugarse del cuerpo, a salir de su propio infierno, a enfrentarse a sí mismo.

Cuando el sol lo recargó, se salió, se vistió, se tomó un consomé de pescado y se despidió de esa bahía. Yendo a la terminal escuchó sirenas, tambores, trompetas a la redonda. Se acercaba una multitud, el carro de bomberos, una caravana celebrando el ascenso del Unión Magdalena. Los hinchas del equipo bananero vieron a Diego caminando con una gorra verde y empezaron a gritarle: “Paisa marica”, “verdolaga hijo de puta”, “sureño cagado”, “tu equipo no vale una monda”. Diego los miró, los escuchó en silencio, sintió un *déjà vu* azaroso,

respiró, siguió su camino. Diez años atrás su reacción habría sido otra. Con el tiempo, con la experiencia, con una condena encima, aprendió que también es de varones esquivar una riña callejera, es humano dejar pasar una ofensa. El fútbol seguía siendo su alegría, pero esa emoción ya no lo dominaba. Esta vez no iba a caer en la trampa, no valía la pena un desvío, su destino era Medellín en flota y no Valledupar en patrulla.

El 16 de noviembre de 2018 llegó a la terminal de transportes de Santa Marta tranquilo, plácido, imperturbable por esa dosis de mar. Compró el tiquete de ida presintiendo el abrazo de papá, la caricia de mamá, el besito en la mejilla de su hermana. Se imaginó un desayuno succulento: chocolate caliente, pan, arepa, mantequilla, quesito, huevo revuelto. No durmió un solo minuto en el trayecto. Como el bus iba casi vacío, rodaba de puesto en puesto para ver el paisaje a través de ventanas diferentes. Cuando la noche pobló la ruta de oscuridad, siguió despierto. Le quedó ese hábito de no dormirse en carretera. En la víspera de esa llegada, una canción del Grupo Niche le sonó por dentro cuando a lo lejos reconoció su tierra natal, el río, las montañas, su valle, unas luces “titilantes igual que estrellas en el cielo”. No veía la santa hora de estar allá. El sábado 17 de noviembre de 2018, Diego entró a primera hora a Medellín tarareando el coro de esa banda sonora que lo acompañó durante el retorno más anhelado de su vida:

Ya vamos llegando,  
me estoy acercando,  
no puedo evitar que  
los ojos se me agüen.  
Descendió del bus, miró para todos los lados. Estaba asustado, aturrido, nervioso, feliz. “¡Por fin, por fin, por fin!”, celebraba por dentro su regreso a Medellín. De todos los pasajeros, Diego era el más ligero de equipaje. Solo traía consigo su documento de identidad, sus recuerdos, sus ansias de retomar la vida. Pero esta vez de local y con la hinchada de siempre, la que lo apoyó en el tiempo

más adverso, por la que resistió esa condena: la familia. Su hermana lo reconoció solo de cerca después de mirarlo por varios segundos. Ninguno se contuvo. Les dieron luz verde a los suspiros, las carcajadas, los sollozos. Tomaron un taxi, no pararon de hablar, llegaron a la meta. Diego encontró a su madre en la puerta de entrada, su padre lo esperaba en cama. Los tres lo abrazaron como a un campeón que por mucho tiempo no había conocido la victoria. ©

\* Este texto hace parte del libro de crónicas *Estación Cárcel* de Carolina Calle, que será publicado por la editorial Remitentes en el 2024.

De: **Toda Confiar**  
Para: **Ti**

**¡Los beneficios más valiosos cambian tu vida!**

**¡Tú aportaste, tú también puedes ganar!**

- 1 Casa
- 1 Mejora de vivienda
- 2 Viajes a San Andrés
- 1 Viaje a Punta Cana
- ★ Dinero en efectivo
- ★ Anchetas

*Y muchos premios más*

Más información 

**confiar**  
coop



por ISABEL BOTERO  
• Ilustración de Mariana Parra

Estaba en esa edad rara, bisingra y deforme en la que mis piernas se habían alargado sin esperar al tronco, usaba unos “acostumbradores” blancos de algodón hediondos, mi nariz comenzaba su fuga, tenía piojos y me empezaban a salir pelos por todas partes. Ya no quería jugar a las Barbies, ni a la secretaria, ni a la cocinera. Tampoco quería seguir yendo a los entrenamientos de patinaje, ni hacer las tareas, ni nada. No quería nada. Solo estar asomada en el balcón chupando paleta de mango biche con sal.

Una tarde, aburrida de no hacer nada, saqué la bicicleta y estuve dando vueltas por el barrio con Mile y San. Estuvimos para arriba y para abajo, sin destino ni ganas, hasta que vimos un camión de trasteos parquearse al frente de la casa abandonada que llevaba meses con letreros de Se vende pegados en las ventanas. Del camión sacaron sofás, muebles de cuero, lámparas, colchones, una bicicleta estática, una moto 4x4, un oso de peluche gigante, una mesa

de billar y muchas cajas. Al rato, un carro rojo descapotable llegó y se aparcó a la entrada. Eran los nuevos vecinos: un señor de pelo negro engominado, chaqueta de cuero blanca y sudadera; una señora rubia teñida con gafas oscuras y ropa deportiva; un *french poodle* más grande de lo normal con un corte excéntrico y con unas manchas café debajo de los ojos; y una chica de piel trigueña de cámara bronceadora, pelo ondulado hasta la cintura, pestañas tan largas que tenían que ser postizas y labios rosados llenos de brillo. La Barbie humana nos vio paralizadas en la calle y nos lanzó una sonrisa de dientes tan perfectos y fosforescentes que dejó todo blanco, con chispitas brillantes flotando en el aire. Los tres caminaron contentos hacia su nueva casa y nosotras seguimos dando vueltas un rato más, como atontadas, sin confesarnos la impresión que nos habían causado.

Mis papás llegaron a casa por la noche. Se habían retrasado porque tuvieran que dar vueltas en el carro para que el bebé se quedara dormido. Era

malgenio, mi hermanito bebé. Casi siempre me tocaba relevar a mi mamá en la labor de dormirlo porque era muy quisquilloso. Había descubierto un truco, pero no siempre funcionaba: ponía la almohada presionando su cuerpo para que creyera que era yo y me levantaba con la liviandad de una pluma, pero al más mínimo cambio en la presión del colchón se despertaba y había que volver a empezar. Para acabar de ajustar, a los adolescentes del barrio les había dado por sentarse justo en el muro que daba a la ventana de ese cuarto. A veces los observaba detrás de la cortina. Hablaban bobadas, coqueteaban, se reían, fumaban a escondidas, comían chicle y se daban besos. Mi mamá se asomaba y les decía: “Muchachos, ¿no pueden buscar otro muro?”. Entonces ellos torcían los ojos, hacían alguna broma tonta y se iban de mala gana. Al otro día, regresaban.

Una de esas noches, escuché unas carcajadas diferentes a las que ya conocía. Me levanté y el bebé comenzó a llorar. Le puse el chupo y me asomé escondida detrás de la cortina. Estaban los chicos de siempre con la nueva vecina de la sonrisa Pepsodent. Ella estaba pegada al muro entre las piernas de un chico y compartían un cigarrillo. Mi mamá abrió la puerta: “¿Ya se durmió?”. Le dije que no. “¿Cómo se va a dormir con ese ruido?”. Entonces se acercó a la ventana y otra vez: “Muchachos, por favor...”. Se fueron sin rechistar y me quedé con ganas de ver más.

El descubrimiento de la nueva vecina me tenía perturbada y lo único que se me ocurrió fue ponerme a fumar. Mi mamá guardaba cigarrillos en la mesa de noche, así que una tarde tomé uno, lo encendí y fui a botar el humo por la ventana, entonces vi a unos soldados en el puente peatonal. Eran unos soldaditos bachilleres, lindos y tusos, de uniforme y botas. Me quedé mirándolos fijamente, con ganas de que me vieran fumando, pero no me vieron. Entonces, me terminé el cigarro sin aspirar el humo, boté la colilla al sanitario y tiré la cadena. Se me ocurrió ir a la tienda a comprar cualquier cosa, así que me subí el uniforme más arriba de las rodillas, me bajé las medias y me solté el pelo. Cuando comencé a cruzar el puente, las piernas se me derritieron y quise devolverme, pero ya era demasiado tarde. Los soldaditos se hicieron a un lado para que pasara y caminé sin mirar atrás. En la tienda, compré una cartulina blanca y unos chicles Motitas de banana. De regreso, caí en la cuenta de que debía cruzar el puente de nuevo o caminar siete cuadras hasta la 78 y bajar por la canalización y dar la vuelta al bobo y así lo hice. Cuando llegué al edificio, los soldaditos seguían allí, como si nada.

Por esos días era Halloween. Unos meses atrás mi mamá me había comprado un disfraz de ángel en una promoción. Era una túnica de satín blanco barato, unas alas tiesas que salían de la espalda y una aureola dorada. No me gustaba disfrazarme o, mejor dicho, me daba igual. Lo hacía para llenar las bolsas de dulces y comer hasta que me doliera la barriga. No como Mile, que los contaba y los dividía por 365 para saber cuántos se podían comer hasta el próximo año. Tocaron el timbre. Mile apareció disfrazada de muñeca de trapo con unas trenzas de lana y San de mariquita con una trusa roja y pecas. En el camino nos encontramos con vampiros, supermanes, mujeres maravilla, astronautas, abejas, chapulines, piratas, enfermeras y chilindrinas. De repente, nos cruzamos con la nueva vecina. Estaba disfrazada de Madonna. Llevaba un minivestido de encaje blanco, guantes de cuero negro, medias de red y botines de charol. Se había hecho un copete monumental, tenía los ojos delineados de negro, los labios rojos y se había pintado

el lunar. Sentí tanta vergüenza que no pude seguir. Me hice la enferma y regresé a casa con ganas de quemar el disfraz y, de paso, desaparecer de la faz de la Tierra para siempre.

Una noche más que mi hermanito no quería dormir. Mi mamá estaba cansada y nerviosa, entonces fui a relevarla. Volví a escuchar las voces en la ventana y me asomé. Estaban los chicos del muro con la nueva vecina. Mi mamá abrió la puerta de sorpresa y me descubrió espionando: “¿Otra vez?”. Le dije que sí y cerró la puerta. Al rato, entró mi papá, con la furia de las aguas mansas. Llevaba una cámara fotográfica en la mano. Se asomó a la ventana y comenzó a tomar fotos. El *flash* iluminó la oscuridad una y otra vez: ¡*Flash!* ¡*Flash!* ¡*Flash!* Los chicos salieron corriendo. “¿Sí se va a poder ver algo?”, preguntó mi mamá. “No. Ni siquiera tiene rollo”.

Al otro día, salí a montar en bicicleta y me encontré a la nueva vecina paseando a su perro. Pasé por su lado e intercambiamos un par de medias sonrisas. Ella tenía unos *shorts* apretados y una ombliguera. Yo, el uniforme gris ratón de educación física. Di otra vuelta a la manzana y nos encontramos de frente. Frené la bicicleta en seco y le dije: “No tenía rollo”.

—¿Qué?  
—La cámara de fotos. No tenía rollo.  
—¿Cómo sabes?  
—Es de mi papá.

Ella se sorprendió con mis palabras y yo también: lo había traicionado. Entonces me dijo: “¿Quieres una Cola-Cola?” y le respondí que bueno. Entramos, soltó la correa y el perro salió corriendo. La casa era enorme, llena de muebles blancos y aparatosos. Esculturas, cuadros y un bar con sillas giratorias. Sofás en ele y un equipo de sonido con bafles. Entramos a la cocina y le ordenó a la empleada que nos sirviera dos Coca-Colas con mucho hielo. La seguí por el corredor y llamé a un ascensor para subir del primer al segundo piso. Adentro, me llegó su olor a chicle de fresa.

Su cuarto tenía una cama gigantesca y estaba llena de cojines y peluches. Entre ellos, el oso. Las paredes estaban pintadas de colores con afiches de Madonna, Flans y otras bandas. Tenía un armario lleno de ropa y zapatos expuestos como en las tiendas y un tocador con espejo y cajones llenos de maquillaje. Cuando terminé de hacer la inspección, la empleada entró con una bandeja y dos vasos con unos pitillos largos y fluorescentes que daban vueltas en espiral. Abrió un cajón lleno de chocolatinas americanas, tomó una, me ofreció otra, encendió la televisión y pasó como cien canales. Cuando nos aburrimos, la apagó y me contó que se llamaba Nataly y que antes vivía en Miami y que hablaba inglés perfecto y me enseñó algunas groserías como *sannababich*, *moderfoker* y *fokiu*.

A partir de ese día, me convertí en su mascota. Estábamos en el mismo curso porque había perdido varios años, así que le hacía las tareas a cambio de sánduches de queso derretidos en waflera y Coca-Cola. Me maquillaba, me prestaba ropa, cantábamos y hacíamos coreografías. Mi canción favorita era:

No controles  
mi forma de vestir  
Porque es total  
Y a todo el mundo gusto  
No controles mi forma de pensar  
Porque es total  
Y a todos les encanta.

Mi mamá no estaba contenta con mi nueva amistad y menos cuando descubrió que me había afeitado las piernas. Me decía: “Es muy grande para ti. La vida tiene sus etapas, no quemes las tuyas tan rápido”. Ese argumento no logró convencerme, entonces probé con otros, hasta que un día me dijo: “Es mejor estar lejos de ciertas personas. No conocemos

nada de esa niña, ni de su familia. No te dejes deslumbrar”.

Era verdad que su mamá era muy discreta y casi nadie la había visto. Entraba en su carro directo al garaje y nunca se asomaba a la calle. En la casa se la pasaba en el gimnasio o encerrada en su pieza hablando por teléfono. El papá sí era más vistoso. Todos los domingos salía a lavar y a encerar el descapotable y ponía salsa en un equipo de sonido potente. Iba sin camisa, con la barriga afuera, chancas de caucho y bermudas caídas que le dejaban ver la ranura de las naígas y la culata del revólver.

Yo solo quería dejar de ser una niña. Me había distanciado de Mile y San y sentía que había ascendido a otro nivel. Sí. Estaba deslumbrada. Un día, mi mamá descubrió el filtro del cigarrillo flotando en el agua del sanitario y me castigó todo un mes sin salir ni a la esquina. En ese tiempo todo siguió más o menos igual de aburrido: los soldaditos siguieron en el puente, a un epiléptico le dio un ataque en la esquina y mi hermanito seguía sin dormir, hasta que una tarde el portero me entregó una tarjeta. Era de una cartulina rosada y mi nombre estaba escrito con una letra antigua en tinta dorada. Al abrirla, cayó una rosa disecada. La invitación decía: “Te invito a celebrar mis 15 años donde floreceré...”. O una cursilería parecida. La firmaba Nataly. El castigo estaba a punto de vencerse, pero mis papás hicieron unas cuentas raras y no me dejaron ir. Esa noche, por primera vez en mi vida, los enfrenté. Los recuerdo recostados orgullosos en su cama doble, que era pichurria en comparación a la de Nataly, como en el trono de un rey y una reina de un país en ruinas. Y yo, al frente, diminuta y roja de la ira, era una samurái dispuesta a morir por honor. No sirvió de nada.

A los días, la mamá de Nataly apareció por la casa con una torta y habló en susurros con mi mamá en la sala. Cuando se fue, me enteré de que me levantaban el castigo y que podía ir a los quince, pero con una condición: iría con mis papás. La fiesta fue un viernes en un club social. Ramos de rosas frescas decoraban las mesas y había pétalos regados por todo el mantel. Conocía a algunas chicas y chicos del barrio, pero eran de la otra barra y los del muro, así que me quedé en la mesa con mis papás, que pidieron ron y comieron pasabocas de lo lindo. De repente, todo se oscureció. Un par de hombres vestidos de negro entraron al salón cargando algo pesado hasta la mitad de la pista. Unas luces tenues se encendieron y pudimos ver que se trataba de un capullo con unos enormes pétalos rosados, llenos de purpurina y gotas de rocío, hechas de silicona. Unas campanillas comenzaron a sonar y los pétalos se fueron abriendo con lentitud hasta quedar como un loto. Nataly estaba en la mitad, acurrucada, y se fue levantando en cámara lenta, despertando de un sueño profundo. Tenía un vestido *strapless* rosa pálido de tul brillante y llevaba el pelo lleno de bucles y perlititas. Su padre apareció vestido como un pingüino y caminó hacia ella sosteniendo un cojín satinado donde exhibía unos taconitos como los de la Cenicienta. Al llegar a la altura de la flor, se arrodilló y le ofreció los tacones a su hija. Ella sacó un pie de entre el vestido y se calzó. Luego, el otro. Una orquesta escondida en la oscuridad se iluminó y comenzó a sonar un vals solemne y a salir humo de todas las esquinas. El padre le estiró la mano a su hija y comenzaron a dar vueltas por toda la pista en medio de la humareda, mientras un reflector de luz los seguía con rayos de colores. Un muchacho que nunca había visto, apareció y le pidió la mano al papá, y bailaron un poco más coordinados. El vals terminó, se besaron y la gente aplaudió conmovida. El

papá se secó las lágrimas y los mocos con un pañuelo que sacó del traje y dio un discurso lleno de emoción por haber perdido a su niña, pero haber ganado a una mujer. Luego, la mamá nos dio las gracias a todos los invitados y en ese momento comenzaron a llover rosas disecadas del techo. La orquesta arrancó con un valenato bien sentido y la fiesta se prendió. Por obvias razones, nadie me sacó a bailar.

El domingo estaba viendo televisión en la pieza de mis papás cuando escuchamos unos disparos, llantas de carro en el pavimento, como relinchos de caballo, seguidos de una gritería y, a lo lejos, un lamento. Mi papá nos ordenó quedarnos en la cama y se fue al balcón. Cuando todo se calmó, mi mamá y yo nos asomamos. El papá de Nataly estaba tirado en la calle al lado del carro bien enjabonado, rodeado de un charco de sangre, en bermudas, sin camisa, con el revólver en la mano. Nataly estaba arrodillada a su lado, con su pijama de osos panda, rodeada de una multitud de conocidos y desconocidos. Estaba pálida, *ojihinchada* y desgreñada. Era como si hubiera aterrizado en el reino de los mortales a la fuerza. La mamá logró levantarla con todas sus fuerzas y la sacó de allí.

Algunas tardes, después del colegio, estuve tocando el timbre, pero nadie volvió a abrir la puerta y en las ventanas volvieron a aparecer los carteles de Se vende. Nunca más la volví a ver y no pude devolverle su *walkman* con el casete de Flans que cantábamos a todo pulmón. ©



Puente de la avenida San Juan sobre el río Medellín. Fotografía Rodríguez, 1920. Archivo BPP.

# LAS CURVAS QUE PERDISTE

por IGNACIO PIEDRAHÍTA

Sabemos que no viniste al mundo canalizado, naturalmente. En vez de andar derecho y tan envarado como en la actualidad, te contoneabas con ritmo por el fondo del valle. Tenías la lógica ondulante del pensador que se atreve a dudar de sí mismo. Te movías sinuosamente formando playas y recodos en los que tu gente pescaba, lavaba ropa o se echaba a contemplar. Los que te adoramos solemos imaginar esa condición de soberanía que ejercías sobre la llanura. Y quizá por la emoción del momento te atribuímos curvas inmensas, circunvoluciones exageradas que tocaban ambos costados del valle. ¿Pero, cuál era realmente tu cadencia? ¿Qué tan amplias eran las vueltas perdidas de tu antiguo esplendor?

Puesto que no sé leer la simbología en la cerámica y los petroglifos de los aburráes, debo comenzar a rastrear tu carácter en el respeto que ellos te tenían. Si construyeron sus casas y enteraron a sus muertos en los cerros era

porque desconfiaban de ti. Seguramente te desbordabas con fuerza en época de lluvias y reclamabas tierras más allá de tus orillas. Inundabas las vegas atropellando y alimentabas los humedales donde abunda el mosquito. Sabían que tu carácter no se reducía a la mera expresión de tu cauce, y dejaban para ti toda la base del valle. Quizá porque eran pocos, o porque entendían algo que nosotros ignoramos, a ellos no les parecía que fuera un desperdicio dejar esa extensión de tierra sujeta a tus caprichos.

La primera mención que te hacen por escrito sale de la pluma de Juan Bautista Sardella, el cronista de Jorge Robledo, el conquistador. Ellos y unos veinte soldados fueron los primeros españoles en avistar estas posesiones, en 1541. En la relación de actividades de su corta estadía, el cronista se refiere a ti como

“un río que por medio de aquel valle desta provincia pasaba [...]”. Se nos olvida que sin tu presencia lineal es fácil perderse en esta hondonada, pues las montañas que la enmarcan juegan con las perspectivas. Cumbres y cuchillas cierran la mirada por los cuatro puntos cardinales y hacen creer que está uno dentro de un tazón circular. Tú vienes a cruzarlo por el medio y le das un sentido con una entrada y una salida. Estableces una simetría binaria que el sol obedece con puntualidad, plantando la semilla del amanecer y del atardecer sobre cada una de tus orillas. De tus curvas, sin embargo, Sardella no dice nada. Supongo que si hubieras sido un río de amplios meandros, algún adjetivo te habría colgado por escrito.

Te veo retratado por primera vez en 1791, en el plano de la ciudad atribuido al maestro pintor José María Giraldo. Si antiguamente no te dedicaban muchas palabras, tampoco en los viejos mapas

se trazaban con detalle. En ese primer esquema de la villa de Medellín aparecen pintado de azul. Es probable que fueras transparente en épocas de tiempo seco, y café con leche en temporada de lluvias, pero ese azul imaginario da cuenta de una pureza convencional de la que sin duda te sentías orgulloso. En cuanto a tu forma, el pintor te traza con cierta sinuosidad en tu recorrido, más no con curvas. El trazo de S estirada corresponde más bien al contorno general de tu curso a lo largo del valle: entras a él por el suroccidente, continuas relativamente recto hacia el norte y en Bello tuerces al nororiental. Acaso debamos ir pensando que tus curvas nunca han sido tan pronunciadas, en cuyo caso el pintor no se habría atrevido a rectificarte de esa manera.

Un poco después, un viajero y un poeta de estas tierras te describen usando imágenes de objetos alargados. En 1825, Carl August Gosselman te observa desde las montañas y dice que luces “cual una cinta de plata”. Y, en 1850, Gregorio Gutiérrez González retoma la comparación y te describe como un “cinturón de perlas y de plata”. Lo plateado

se refiere probablemente a la manera de reflejar los rayos del sol a mediodía por parte de tus aguas, que en medio del verdor sería una imagen poderosa. Pero allí lo que deseamos resaltar es la “cinta” y el “cinturón”, dos formas en las que prevalece lo dilatado más que lo sinuoso. Si hubieras ondeado en demasía, tal vez estos dos autores habrían elegido símbolos diferentes.

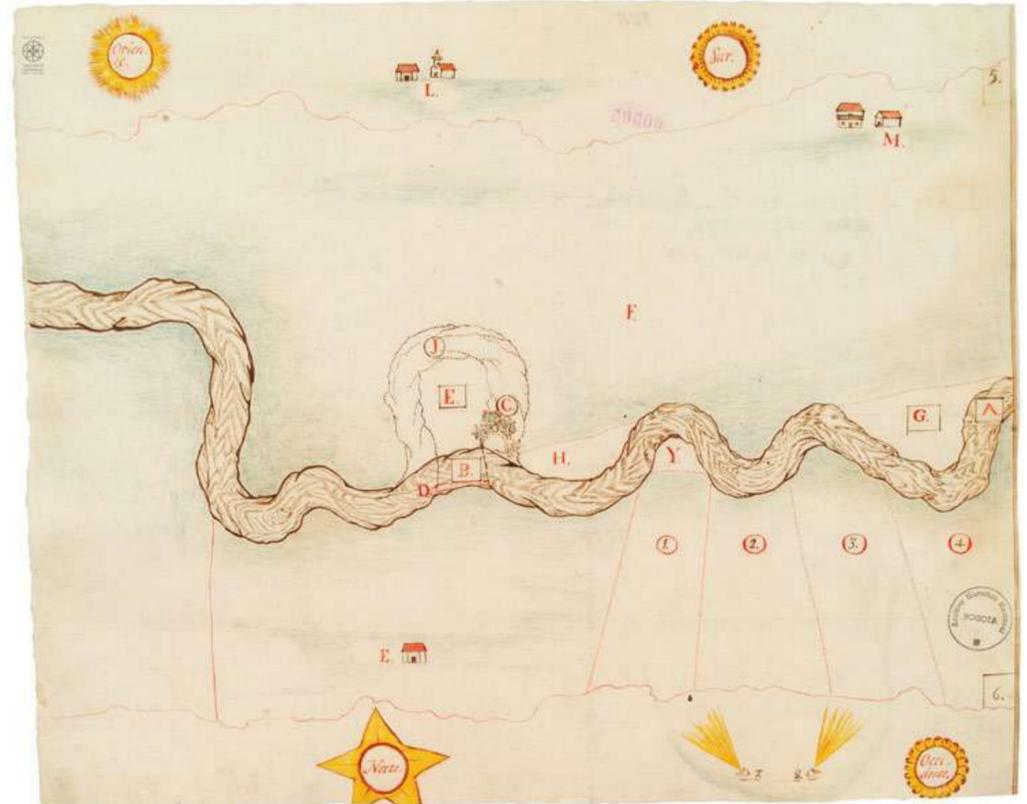
Pero tampoco es justo estirarte hasta que parezcas lo que eres hoy, pues está lejos de la verdad. Manuel Uribe Ángel, menos poeta que agudo observador, dice en 1862: “El curso caprichoso del río con sus giros y movimientos de serpiente”. Y agrega: “[Allí] está Medellín, blanca y brillante al lado de las curvas viperinas de su río”. Veinte años después, en su *Geografía de Antioquia*, se afirma en esa visión que tiene de ti: “Es difícil imaginar impresión más agradable que la que se experimenta [...] cuando se llega en tarde despejada al puente de Colombia, para contemplar, hacia arriba y hacia abajo, las caprichosas curvas del río Medellín y sus engalanadas márgenes”. Pienso que la culebra que tenía en mente el doctor Uribe Ángel no era en exceso tortuosa, como la que retrataría un Misisipi o un Magdalena en La Mojana. Más bien, una serpiente en camino que enroscada.

Un mapa de Medellín, levantado por los estudiantes de la Escuela de Minas en 1889, ofrece una descripción visual quizá más cercana a tu antiguo andar. En él te mueves con libertad por el valle pero sin curvas exuberantes. Girabas con soltura en cierto punto, aunque pronto virabas de nuevo al otro lado. No insistías en la amplia oscilación de los ríos que se deslizan por las tierras muy llanas. Así parecía ser, al menos, en la parte por la que discurrías cercana a la ciudad. Aparece por primera vez algo novedoso en tu retrato en este mapa: tu amplitud es irregular. En unas partes te estrechas un poco y en otras te explicas, en cuyo caso los estudiantes dibujan una pequeña isla en la mitad. Es natural que

en los lechos muy dilatados se formen playas en su punto medio, por falta de agua para llenar todo el cauce.

De modo que a tu andar de sinuosidad moderada se le agrega una forma como de ojos sucesivos, verificada por Tomás Carrasquilla en *Frutos de mi tierra*, en 1896: “El Aburrá, perezoso, ondulante, aquí angosto, desparramado allá, interceptado a trechos por los cañaverales y sembrados, se ve desde la falda, bien así como retorcidos recortes de hojalata”. El mismo Manuel Uribe Ángel respalda de manera indirecta esta descripción: “El río en su parte alta se llama de La Villa, en su parte media Porce y a su terminación Nechí. Aunque caudaloso y largo, no es navegable sino en su parte baja, porque la topografía del terreno lo constituye impedir rápido y correntoso”. Si a tu paso por Medellín entorpecías la navegación, esto quiere decir que eras un río con buena pendiente en el que no prima la vuelta grande y reposada, sino el andar desigual de medias curvas sucesivas.

También el tipo de material que llevabas en tu lecho puede dar pistas sobre tu carácter. Un río con cierta fuerza suele arrastrar arenas y piedra gruesa, diferente al individuo de amplios meandros, más dado al acarreo de sedimentos finos. Los trinchos artesanales con los que se comenzó tu canalización desde principios del siglo XX eran armazones de madera rellenos de piedra de tu mismo cauce. Las fotografías de la época muestran tus playas pedregosas, al igual que la superficie rugosa del agua que corre sobre un lecho de piedras. ¿Cómo eras, pues, querido río, antes de que te “metieran en ringlera”? Lo que hemos visto es que quizá no te comportabas igual que uno de esos afluentes que en las tierras bajas ocupan con sus vueltas grandes extensiones. Al menos en tu paso por la ciudad tenías ese tranco indeciso de los



Meandros en el río Aburrá, 1828. Archivo General de la Nación.

que van buscando a tías la mejor manera de andar. No era vacilación de tu parte, sino el carácter de tu filosofía.

Una foto tomada por Carlos Rodríguez en 1949 a la altura de la calle 30 muestra uno de los últimos momentos en los que gozaste de tu libertad ancestral al paso por la ciudad. Y, por otra parte, el punto de inflexión hacia tu decadencia. Sobre un costado de la imagen se observan algunas mujeres lavando ropa en una de estas playas de piedra. Más atrás, en el medio del cauce, hay un carro de bestia, seguramente recogiendo material de construcción. Y aguas abajo reposan cuatro camiones de escalera también dentro del propio río, en fase de aseo general.

La estirpe de las lavanderas venía de tiempo atrás, herederas de las primeras bañistas ciudadinas, retratadas por Saffray en 1860: “Si se continúa por la Quebrada, llegase bien pronto al río, y a un sendero frecuentado durante las mañanas por las bañistas. Desde las nueve a las diez se las ve llegar, sufriendo los rayos del sol, seguidas de sus negras”. Sus descendientes son hoy sabios habitantes de calle, únicos usuarios de tus aguas vergonzantes. Mientras tanto, las chivas motorizadas muestran el futuro de la ciudad. Sus sucesores reclamarían los cañaduzales de tus orillas en número de cientos de miles.

En adelante, las palabras con las que tus gentes se refieren a ti tienen poco de poesía y mucho de sentencia. En 1950 la administración de la ciudad dictamina la conveniencia de tu sometimiento, con el fin de “[...] evitar la erosión y el desgaste proveniente del agua a gran velocidad y ordinariamente cargada de sólidos abrasivos, manteniendo así la corriente de agua dentro de un cauce definitivo y permanente. La función secundaria del revestimiento es resistir los empujes del terreno o del agua en el sentido del deslizamiento o del volcamiento, según el caso [...]”.

A partir de entonces tu canalización ya no fue de piedra cargada y palos clavados en la orilla, de los que te mofabas en cada creciente. Pagaste cara tu osadía, pues con el progreso no se juega. Te doblegaron con concreto vaciado y maquinaria pesada. Comprendo que entonces comenzarás a sentirte minúsculo e impotente. Las palabras de Manuel Uribe Ángel en 1881, que decían que tú y la Santa Elena “además de adornos para el sitio, son de vital importancia para la comodidad y salud de los vecinos”, sonaban tontas y anacrónicas. Al negarte el cuerpo, ya no parecías río sino canal, algo que nadie sabe respetar. Y, sin embargo, allí estás, resistiendo. ¿Cuándo tendrás una nueva oportunidad? ¿Acaso llegará para ti una época en la que, como antes, te arrojes con alegría por el amplio espacio del valle que lleva tu nombre?

Quizá ese momento no esté demasiado lejano. Si es cierto que tus curvas no ocupaban todo el fondo del valle de Aburrá, donde ahora están las casas de sus habitantes, devolvete buena parte de tus posesiones no parece tan complicado. Bastaría con entregarte la parte que ocupan las autopistas que te oprimen, y río y ciudad podrían convivir. Se dice que en un futuro todos los automóviles serán autónomos, es decir, conducidos por inteligencia artificial. Puesto que la información algorítmica llegará a ser casi infinita, no es descabellado pensar que los robots, después de poner todo sobre la mesa, saquen la conclusión de que el río es más importante que sus propias costumbres adquiridas. Y entonces la red que gobierna los automóviles tomaría, sin considerar a los gobiernos ni a los lobistas de la construcción, la decisión de no volver a transitar por allí. Y, además, atacar sin misericordia a todo el que se atreva a poner un pie en esas franjas de tierra. Entonces retomarás al menos en parte lo que siempre te perteneció, y volverás a caminar de nuevo con la salud y la libertad del que tiene un mundo por delante. Sonreírás otra vez con la ingenuidad del niño que ve inmensa la senda por la que despliega su bulliciosa carrera. ©

# Insistir en la paz para detener la guerra

Por: Juan Prado - Corporación Jurídica Libertad



Esta publicación hace parte de la **#Campañaimprecindibles** de la Corporación Jurídica Libertad, una apuesta por visibilizar la labor de las personas líderes y defensoras de Derechos Humanos.

Escanea el código QR y conoce más.



A siete años de la firma del Acuerdo de La Habana algunas subregiones de Antioquia como Bajo Cauca, Norte y Nordeste, en donde hacían presencia las FARC-EP, padecen las confrontaciones armadas entre las Autodefensas Gaitanistas de Colombia, el Ejército de Liberación Nacional y el Estado Mayor Central-FARC. Desde 2017, estos territorios vienen reconfigurándose militarmente debido a los enfrentamientos por el dominio del Nudo del Paramillo o la Serranía de San Lucas, entre otros corredores naturales; así como el usufructo en la explotación de materias primas existentes como el oro, combustible de una guerra que amenaza la vida y permanencia de las comunidades agromineras en estas localidades.

El informe "Las Garantías aún no llegan" (elaborado por la Corporación Jurídica Libertad) expone la delicada situación en estas subregiones; siendo Antioquia, junto con Cauca y Nariño, uno de los tres departamentos con mayor número de masacres (4), desplazamientos, confinamientos (9), asesinatos de líderes, líderes sociales y reincorporados (11) en el primer semestre de 2023. Este escenario de guerra traza dudas frente a los intereses de los grupos armados, quienes al parecer están más preocupados en fortalecer sus finanzas que por avanzar en la política de paz con el gobierno nacional.

Organizaciones campesinas, étnicas y de derechos humanos insisten en el cumplimiento de 13 mínimos humanitarios para regular la degradación de la guerra. Así viene sucediendo en Segovia y Remedios, municipios del nordeste, en donde los "días están hechos de oro". Durante 2023, las AGC han avanzado por toda la región; son permanentes las incursiones de este grupo con el propósito de tomar Mina Nueva, un poblado ubicado en la vereda Panamá Nueve de Remedios.

## Un caserío cercado por la guerra

Para llegar a Mina Nueva se requieren cinco horas en escalera desde el casco urbano de Segovia. La vía, empolvada en verano y bastante pantanosa cuando llueve, se ha trazado con la misma maquinaria que devora montañas en busca del metal dorado. En el recorrido, se observan gasolineras pequeñas y varias aserradoras: las vigas de madera necesarias para construir el entibado del socavón y los túneles de las minas impiden la pérdida total de tradiciones campesinas en una economía que arrasa los vínculos con la tierra y el bosque. Muchos de sus pobladores se reconocen como pequeños y medianos mineros. Exigen del Estado la formalización para no ser señalados como "ilegales".

En este humilde caserío de ranchos y calles amarillentas pululan compraventas de oro, hoteles, restaurantes, iglesias, y decenas de motos que van en todas las direcciones. A las afueras de una tienda de abarrotes, Eladio Morales, integrante de la corporación Cahucopana, toma un respiro para describir el contexto humanitario del territorio:

"Años atrás lanzamos alertas tempranas sin tener eco alguno en la institucionalidad. Hoy Mina Nueva está rodeado. La situación es muy delicada, estamos contra la espada y la pared por la estigmatización y condicionamiento de los armados. Si no fuera por los mecanismos de autoprotección como caravanas y refugios humanitarios quién sabe qué sería de nosotros".

Los líderes sociales viven en zozobra permanente. Varios han despachado del caserío a sus familiares para evitar cualquier represalia contra ellos; la amargura de sus testimonios refleja la soledad e impotencia que sienten. En los últimos meses, en veredas vecinas como Lejanías, Rancho Quemao, Carrizal, el Chispero, la Jagua y Cañaveral Chicamoqué se han presentado desplazamientos forzados resultado del copamiento de las AGC.

"No negamos que esta zona ha tenido presencia de la insurgencia por más de 40 años. También sabemos que el interés es por los yacimientos de oro existentes. Por eso, solicitamos la formalización de la pequeña y mediana minería y sustracción de la ley segunda para legalización de tierras. Si hay titulación y formalidad acabamos con el interés de los grupos en los baldíos", expresó Ramiro Marbello, líder de la Asociación e Integración Agro-minera del nordeste antioqueño, a un grupo de campesinos, mineros e indígenas que llegaban a participar de la Asamblea del nordeste por la Paz.

## Asamblea por la paz pese al desaire gubernamental

La delicada situación social y humanitaria en el nordeste antioqueño no es nueva. Su historia reciente, ligada con la guerra sucia cuyo hito fue la masacre de 46 militantes de la Unión Patriótica en 1988, reproduce la dolorosa relación entre la sangre y el oro en Colombia. Multinacionales, actores armados y Estado son los incendiarios que aportan una buena dosis de gasolina al fuego voraz de la acumulación capitalista. Empero, pese a los desaires del gobierno nacional, el cual aplazó en dos ocasiones la realización de la Asamblea por la Paz, cerca de mil doscientas personas participaron los días 11 y 12 de noviembre en este espacio convocado por organizaciones campesinas y mineras del territorio. Sus anhelos de paz permanecen ondeantes pese al ruido atronador de los fusiles.

Durante la mañana se fue llenando el potrero acondicionado para la realización de la reunión. La jornada inició con una presentación de los estudiantes de la institución educativa Jhadai.

"Lamentablemente, las y los niños se han acostumbrado al miedo, la tristeza y la angustia por el contexto que nos rodea. Desde junio no han parado los hostigamientos. Estudiamos en medio de los disparos" manifestó con elocuencia la profesora Izdary Rojas a los representantes de entidades locales, nacionales e internacionales que acompañaron el evento.

El alto gobierno brilló por su ausencia. Ni los ministerios de minas, agricultura y defensa llegaron a la cita. El saliente comisionado de paz solo atinó a enviar un improvisado video, con un delegado que maniobró la situación como pudo. Con la resaca del desaire gubernamental viva, pero con el propósito de mitigar los impactos de la confrontación armada, los líderes sociales lograron negociar las condiciones para la instalación de la Misión de Paz en la subregión.

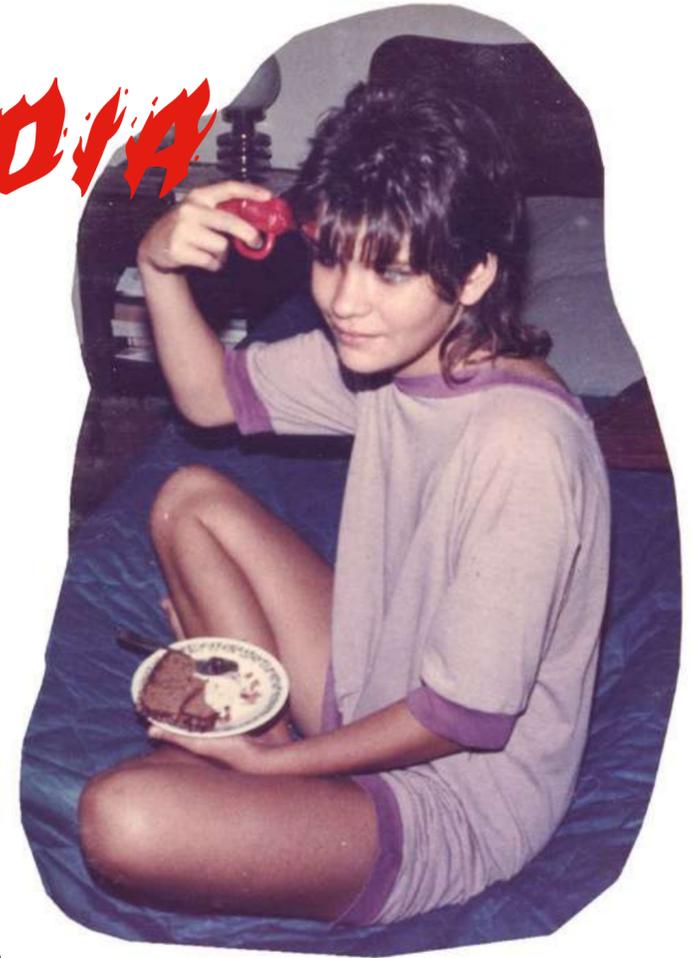
Misión de paz es un programa de la Oficina del Alto Comisionado para la Paz cuyos objetivos son reducir y proteger la vida, acompañar y fortalecer iniciativas de construcción de paz mediante la coordinación de la presencia integral del Estado en los territorios más críticos en materia humanitaria del país. La tensa reunión entre presidentes de juntas de acción comunal y el funcionario de esta entidad se crispó aún más ante los rumores de una posible presencia de las AGC a media hora de la asamblea. Rápidamente los líderes más curtidos reaccionaron e insistieron en acelerar el proceso. Las carpas blancas con funcionarios de los diferentes ministerios serán instaladas en las veredas Rancho Quemado, Panamá 9, Lejanías y Campo Bijao. Campesinos y mineros exigieron no dilatar la llegada de la misión porque sin duda alguna es una medida para aliviar temporalmente la tensión de la población.

Al finalizar la Asamblea, una pregunta quedó en el aire: ¿qué pasará en 2024 con la llegada de un gobernador inclinado a favorecer los intereses de las grandes mineras y con una marcada línea guerrillista en el ejercicio de la política?

# TODO ARDÍA

por SILVIA CÓRDOBA

• Fotografías Archivo familia Córdoba González



En la primera foto del día en que cumplí quince años, el 18 de enero de 1986, aparezo sentada sobre la cama de mi papá y mi mamá, con una pijama de rayas moradas y blancas muy delgaditas, era de algodón y me gustaba mucho; sobre mis piernas cruzadas sostengo en la mano izquierda un plato con un trozo de torta de chocolate, y en la otra mano, mientras sonrío, me apunto en la sien con una pistola de plástico roja.

Esa noche vinieron mis amigos, así, en masculino. En la sala de mi casa éramos dos mujeres y al menos diez hombres, todos de la barra de mi hermano y, por rebote, los novios míos. Hasta el 97 viví en un barrio en el que los muchachos salían a sentarse en un muro o en una esquina, y luego pasaban en manada de casa en casa visitando a las hermanas de unos y a las tragas de otros. De manera implícita, las mujeres estábamos excluidas de esas caminatas. A veces nos caían manes de distintas barras y cuando se encontraban dos peños de barrios distintos se podía casar una pelea.

Era común oír que cualquier fiesta de quince terminaba en un tropel, y escoger a quién invitar y a quién no era un tema complicado para cualquier quinceañera. Además de tener encarrretes en varias barras, yo estudiaba en un colegio mixto donde a veces se alargaban los tropes del fin de semana a la salida de clase. Era normal que a las peladas no las dejaran ir a quinces, y muchas veces había demasiada testosterona en las fiestas. Estaba también el tema de los colados, porque podían caer barras enteras y era el caos. Yo acababa de empezar cuarto de bachillerato, me veía divina y hacer una fiesta de quince me volvió popular tres meses.

En el 86, además de las fiestas de quinces, también oíamos hablar del M19, de Belisario Betancur, del EPL, del Cartel de Medellín, de las Farc, de Virgilio Barco, del ELN, del Palacio de Justicia, del Quintín Lame y de los sicarios, esos pelados que empezaron a bajar de los barrios altos a otras zonas de Medellín. Se nos helaba la sangre cuando oíamos que una moto daba vueltas por el barrio; fue cuando nos empezamos a encerrar por miedo.

Un mes después de mi cumpleaños fue la fiesta. En ese contexto Anita, mi mamá, sabiamente decidió que

mis quince se hacían en la finca, en zona rural de Rionegro. Invité amigos de distintas barras que no fueran los peleadores, compañeros del salón, amigas de los tres colegios en los que había estudiado y a las primas de mi edad. La lista de mujeres era más grande que la de hombres. Había ron, aguardiente, coca cola y comida: plato frío de cerdo, ensalada de papa con mayonesa y cilantro, pan de bolita y gelatina de colores. Además de la torta negra de mi mamá, con cubierta de masmero blanco, que es una obra de arte culinario. Organizamos todo de modo que las mujeres que quisieran quedarse tuvieran donde dormir.

Yo estaba vestida con un blusón rosado, un cinturón blanco grueso, unos RDJ blancos que usé hasta la universidad y unas baletas muy rosadas también; pero lo que más me gustaba era mi pelo, me acababa de hacer la permanente y por fin tenía rizos.

La fiesta empezó temprano. Fue una noche fría, pero no llovió. La gente estaba regada por distintas partes de la finca, había barras junto a los carros, en la casita de muñecas y en el patio afuera de la casa, y mis primas y amigas se acomodaron en el murito del corredor, donde armamos la pista de baile con unos parlantes enormes. Toda la noche sonó salsa, vallenato y música americana que se pasaba entre casetes y acetatos de una canción a otra para que no hubiera baches. Los muchachos se acercaban al corredor para conocer a las peladas y luego de bailar se devolvían a la seguridad de su tribu.

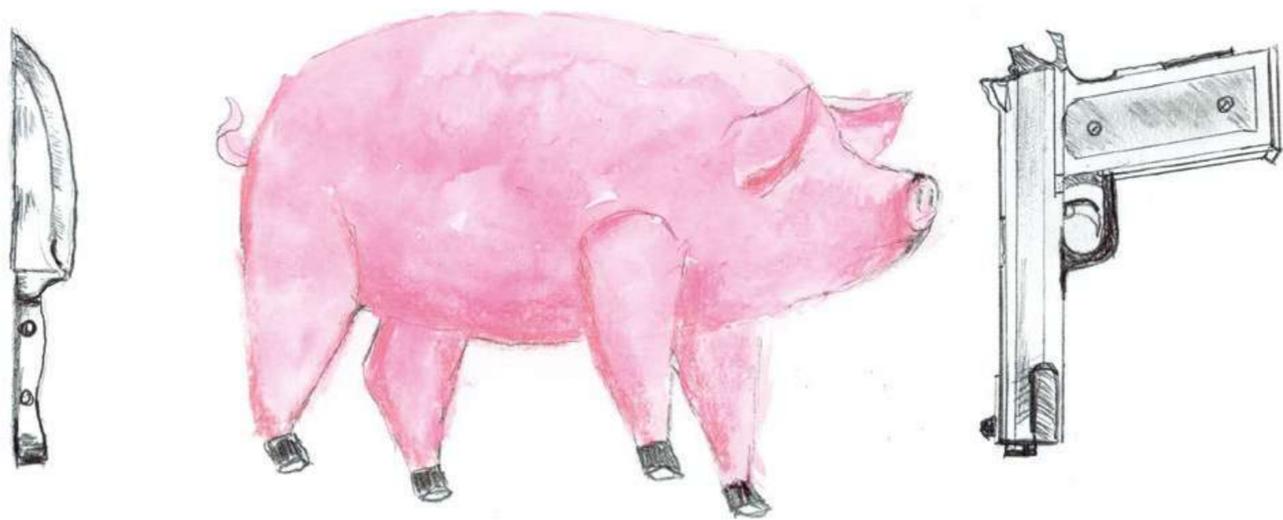
Bailé el vals con mi papá y mi hermano. Bailamos, bebimos, comimos, bebimos, nos reímos, bebimos. Me besé a escondidas con mis encarrretes de cada barra y me sentí como una princesa con mi pelo recién rizado. No hubo tropel. Al final de la fiesta mis amigas se acomodaron dentro de la casa, y afuera en el corredor, con ruanas y chaquetas, amanecieron los amigos de mi hermano.

En la última foto de mis quince, en la madrugada del 21 de febrero, aparezo nuevamente en una cama, dormida y borracha todavía. Era 1986, todo ardía en Medellín, y yo también. ©



# MATADOR

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ • Ilustración de Verónica Velásquez



Tenia dieciocho años ese día, cuando me pusieron el delantal de carnicero y me tocó pararme detrás del mesón, dispuesto a atender. Me dio hasta risa disfrazarme de un oficio del que apenas sabía un par de cosas, como esa de afilar el cuchillo con el filo del otro, y calcular a ojo el corte preciso de cada porción, a medida que se verifican los gramos en el tablero de la báscula. Avisé, me dijo el dueño, que en este pueblo si uno no aprende algo, le chupan hasta el tuétano. Esa fue su primera lección, con el tiempo me enseñó otras cosas, unas técnicas de corte que eran sobre todo mañas. De eso sabía mucho. Había que hacerle creer a los clientes que se llevaban la carne más pulpa y tierna, pero con disimulo iban con algo de fierro, aunque fuera un poquito, para compensar pérdidas. Así, con los días se notaba mi pericia, al mismo tiempo que las manchas de sangre en mi atuendo. Llegué al local apenas terminé el bachillerato, por recomendación de mi tío Gerardo. No es bueno que el joven esté solo, de balde por ahí, en el parque, mirando pal páramo o cogiendo malos vicios, busquémosle un destino a este muchacho, fue lo que dijo él, que también era mi padrino. Y don Miguel, el dueño, le hizo caso.

A final de año, el puesto se llenaba de clientes. La gente del pueblo hacía paseos a la quebrada, subían a la montaña y cruzaban por caminos de herradura hasta los otros municipios. La carne para sancocho y para asar se vendía mucho. Casi no me quedaba tiempo de ir a jugar fútbol a la manga. Estudiaba para presentar el examen de ingreso a la universidad. Y como casi no salía con los amigos, a ellos les gustaba ir a darme vuelta por el local, para mostrarme una moto que habían comprado o a mamar gallo viéndome siempre de cuchillo y untado de carne. Don Miguel se timbró, me dijo que no le gustaba que esos zánganos vinieran a distraerme, sobre todo después de que tuve un error en una cuenta y me tocó pagar el faltante. El único que le caía bien era Freddy, porque trabajaba. Era ayudante de otra venta de carnes, a una cuadra de allí. Yo lo

conocía desde chinche, él llevaba más tiempo en el negocio, era más amiguelo y sabía más chismes que yo.

Vino con el cuento de que para ese fin de año había tantas marranadas que los matarifes no se daban abasto para ir a todas las fincas. Es la tradición comprar un lechón o un cerdo grande, según el número de la parentela, contratar a un matarife, y asistir al sacrificio, antes de carnearlo para el festín. Freddy tenía tantos encargos de matanzas ese diciembre que no podía cumplir con todos, y me propuso que fuera a algunos de esos sacrificios a domicilio. Vino a decirme otra vez, mientras atendía esa mañana a una anciana.

—Ya te dije, ome, que yo no hago eso.

—¿Por qué?

—Pues porque yo no soy capaz.

Si no quería quedarme pesando carne toda la vida, menos quería vivir de matar cerdos. Pero aún no le decía a nadie que mi sueño era ser reportero, salir a la calle para ver lo que sucede y volver para contarlo, ¿por qué no?, ver mi nombre publicado en letras de molde, a ocho columnas.

Freddy iba a decirme algo más, pero como en esas entró don Miguel, dio la vuelta y se largó. Una clienta enfurruñada aguardaba. Terminé de cortar unas postas y seguí con el resto de los turnos. Menos mal que el viejo andaba animado por las ventas y metió mano para ayudarme a despejar la fila. ¿Y si no ganaba el examen en enero? A mi edad sentía este trabajo como un escampadero. A fin de cuentas, no había otro empleo a la vista.

—Aquí está su carne, señora. Ya le hago la cuenta.

—Muy buena, vea —dijo don Miguel a otra clienta, al otro lado del mesón—, se la doy larga, más de la libra, para que vuelva, ¿oyó?

Y además de atender los regaños del dueño, había que espantar las moscas con un trapo, o a los chandosos callejeros que velaban en la puerta.

Esa tarde, cuando salía, Freddy me alcanzó para decir que el interesado en mis servicios de matarife era un tipo de mucha plata. Había en su finca una pista de *motocross*, camionetas blindadas y guardaespaldas.

—Tiene con qué ligarte muy bien, hacele. Yo, la verdad iría, si pudiera, pero ese día tengo tres sacrificios ya contratados, y no me da el tiempo, ni yendo en la moto.

—Pero es que, güevón —le recalqué—, yo no sé matar.

—Yo te enseñó —me dijo.

Nos metimos al café. Freddy desbarató una cajetilla de cigarrillos, le pidió un esfero al cantinero y dibujó algo. Cómo se veía, por ese mamarracho, que lo suyo no eran las artes plásticas sino el atroz cuchillo. Era más claro hablando que pintando.

—Una cuarta más abajo de la pata izquierda. Usted le manda el cuchillo sin vacilar, de un solo envión, y eso es inmediato. El animal no se da ni cuenta cuando se muere. Sí patalea un poquito, pero allá le ayudan a tenerlo mientras tanto...

Nunca había matado ni un ratón a golpes, ni pájaros con cauchera, ni cucarachas con chancleta. Lo miré, irresoluto. Era carnicero de día y, en las noches, aspirante a escritor. ¡Qué contradicción! Y esa falta de coherencia en la vida no era nada fácil de resolver. Le repetí que no, que no iría a la finca esa.

—Pero ya les dije que ibas a ir —insistió—. Y esa gente es de respeto.

Quince días más tarde era el 31 de diciembre. El tiempo se escurría como vísceras en un balde. No había escapatoria. Por la mañana una camioneta blindada, cuatro por cuatro, me recogió en el parque. Ya los altoparantes molían música parrandera cuando el conductor emberracó por una cuesta. En el trayecto hasta la entrada conté tres porterías. Avanzamos por una vía destapada, de cascajo fino, entre un bosque de pino pátula. Fue cuando vi un aviso alto, pegado a otra poste. Se leía: "Amigo visitante, sea bienvenido. Por su seguridad y la de los demás, séntase vigilado". El conductor era parco en exceso, con esa reserva calculada que raya en el desprecio. Apenas abrió la boca al final para decirnos que habíamos llegado. Parqué el campero frente a una arcada enorme de piedra, con herrajes ostentosos y dos faros de estilo colonial recién envejecido, a lado y lado de la portada.

El estruendo de los parlantes atronaba con alguna canción norteña de

delirio arrabalero. Pero apenas caminé por el prado, entre los arbustos del jardín, vi que eran los músicos de un mariachi completo, con los trajes de luces y los sombreros mexicanos de terciopelo. Vi niños que correteaban y a dos mujeres, tal vez las madres, que se desgañaban para imponer su voz por encima del volumen de la música. Era un caserón con forma de herradura. A la izquierda, donde terminaba el zaguán, pude ver la piscina repleta de gente y una parrilla que humeaba. Desde el techo del segundo piso un señor de guayabera blanca me saludó con la mano e hizo una señal para que aguardara. Al momento, bajó las gradas con dos hombres armados. Debieron ver la expresión cándida de mi juventud porque soltaron una risa. El anfitrión me estiró su mano regordeta y embambada con pulseras de oro.

—Qué tal hombre, mucho gusto, Abel Franco... Freddy me habló muy bien de usted.

Reparé en mi jíquera de cabuya donde traía el arma envuelta en un periódico. Me palnoteo dos veces en el hombro y luego ordené.

—Bueno pues, sírvanle un aguardiente al matarife.

Y cuando pasamos por el lado de los músicos ni siquiera los determinó. Tampoco había nadie que les pusiera atención, era apenas la música en vivo, contratada de fondo para la fiesta.

Caminamos por el prado hasta un declive que caía en el pequeño valle por donde corría un arroyo. Desde el altico vi a dos campesinos. El más bajo llevaba al lechón atado de un lazo. El animal berreaba y tiraba de la cuerda en un intento desesperado por liberarse. Mi padre siempre dijo que los animales de campo presenten su final. También había una señora en un banco, con ollas y cucharas, para aparar la sangre del ajusticiamiento, sangre para morcillas que tenía que revolver para evitar que se volviera grumo antes de tiempo. Así lo hacían mis tías. Y al igual que ellas, también tenía un montón de helecho seco para chamuscar la piel del cerdo. No sé cómo hice para ver esto, si en ese momento no había sino oír en mi cabeza las instrucciones de mi amigo como un acto de fe. Había que insertar el cuchillo en medio

del cuello, a una cuarta de la pata izquierda, en la parte honda que se forma antes del esternón del puerco.

—Tómeselo pues —dijo don Abel.

Sentí el ardor del guaro como un metal fundido en la garganta. Entonces, los dos gregarios, el bajito y el alto, inmovilizaron al cochinito en el piso, a la espera de mi estocada final. Me arrodillé, calculé el lugar y embestí. El cuchillo entró en la piel, pero en ese instante, el animal se estremeció con una fuerza inaudita, en un bamboleo violento que le permitió zafarse de sus verdugos. Dio un salto, mientras un chorro de sangre como de manguera rota regaba el campo. Se detuvo frente a la quebrada, pero desistió de cruzarla para correr a lo largo de la orilla. Fue cuando don Abel sacó un revólver de su cinto. Debí palidecer creyendo que el finquero me iba a disparar a mí, por inepto, pero luego lo vi perseguir al cerdo por la cuesta, entre los rosales y una mata de plátano, y cuando iba a seguir por el lado de la piscina, le apuntó y disparó.

El cerdo agónico cayó cinco metros adelante, levantó los cuartos traseros en el aire y estiró dos patas, ya tal vez como un acto reflejo. Los ayudantes fueron a recogerlo y lo arrastraron con ademanes patosos. Las mujeres se quedaron aturridas, no tanto por el disparo como por la reacción repentina del dueño del jolgorio. Los mariachis callaron por fin.

Entonces, los dos hombres arrastraron el lechón hasta la quebrada donde la mujer esperaba con las ollas, con gesto azarado, como si no entendiera con qué sangre llenaría las tripas de las morcillas. Don Abel desgranó una carcajada, se acercó y me abrazó con un achuchón extraño. Cualquiera al verlo hubiera creído que yo era su pariente más querido. Creo que ya los tragos se le habían subido a la cabeza.

—¡Qué hijueputa tan liso!, ¿cierto? —comentó—. No se quería morir.

Me pareció raro que excusara mi falta de pericia en la destreza del marrano.

Y volvió a decir:

—Venga pues, ¡muchachos, otro aguardiente para el matarife!

Cinco o seis años más tarde, mientras trabajaba como reportero en la ciudad, recibí una llamada. Se me

conminaba a suprimir las noticias que contaban las villanías, por decir poco, del Cartel. El propio *capo di capi*, decía, por boca de un trovador, en verso telefónico, que estaba jugando con mi vida. La orden era que me retirara de inmediato de ese empleo. Ya desde antes de oír ese mensaje, nuestra redacción funcionaba en casas clandestinas. Cada cierto tiempo nos mudábamos para otro barrio. Y en el intento desesperado por salvar el pellejo, le pedí a don Miguel que me permitiera trabajar por las tardes en la carnicería. Era mi negocio fachada, si así puede llamarse, para disimular lo que seguía haciendo por las mañanas en la redacción.

Mi antiguo patrón comprendió mi situación, acaso porque ya era un carnicero profesional del que podía fiarse. Me las apañaba con un radio transistor de bolsillo y un audífono. Entre la picada de carne para el sancocho, los cortes de entretela y los troceos de punta de anca, me atrevía a hacer llamadas para verificar datos o para pedirle a una fuente que me confirmara unos nombres.

Fue en ese tránsito, en medio de las rutinas de corte y pese, con los parroquianos de la clientela, que irrumpieron dos jóvenes de gorra y camisetas holgadas, color pastel, de los ochenta. Iban armados y dispuestos a acabar con todo. Me ordenaron salir a la puerta. El parrillero me tiró al piso y me puso la suela del tenis blanco, como bota de astronauta en la mejilla.

—¿Cierto que seguís trabajando en el periódico?

—No, hermano —dije con voz suplicante desde el piso—. ¿No ven que trabajo aquí?

—Eso es caspa. Y no te quebramos porque un amigo del doctor dijo que te conocía, y que no te hicieran nada. Pero si seguís en esas ya sabés a qué atenerte. ¡Mosquita muerta!

Me quitó la presión del caucho de la suela, y aún en el suelo, antes de irse, me descerrajó un escupitajo en la mejilla.

Todavía, en mis noches de buen retiro, me despierto con la imagen de ese tenis en mi cara. Freddy no duró mucho después de que se enroló como escolta. Tampoco supe si fue él quien habló por mí. ©

Y fui en busca de la imagen como San Juan de la Cruz buscó su medio cuerpo raptado convidado por la noche

Había llovido recuerdo y era el 2008 preciso el periódico estaba servido a los pies de la piadosa imagen del niño de la guanábana criatura y yo sin un quinto en el bolsillo

Apenas una esquirra de sombra asomaba en mi mentón un espartillo en el labio superior párvulo punkero bamboleábase y decoraba mi sonrisa y mi dolor

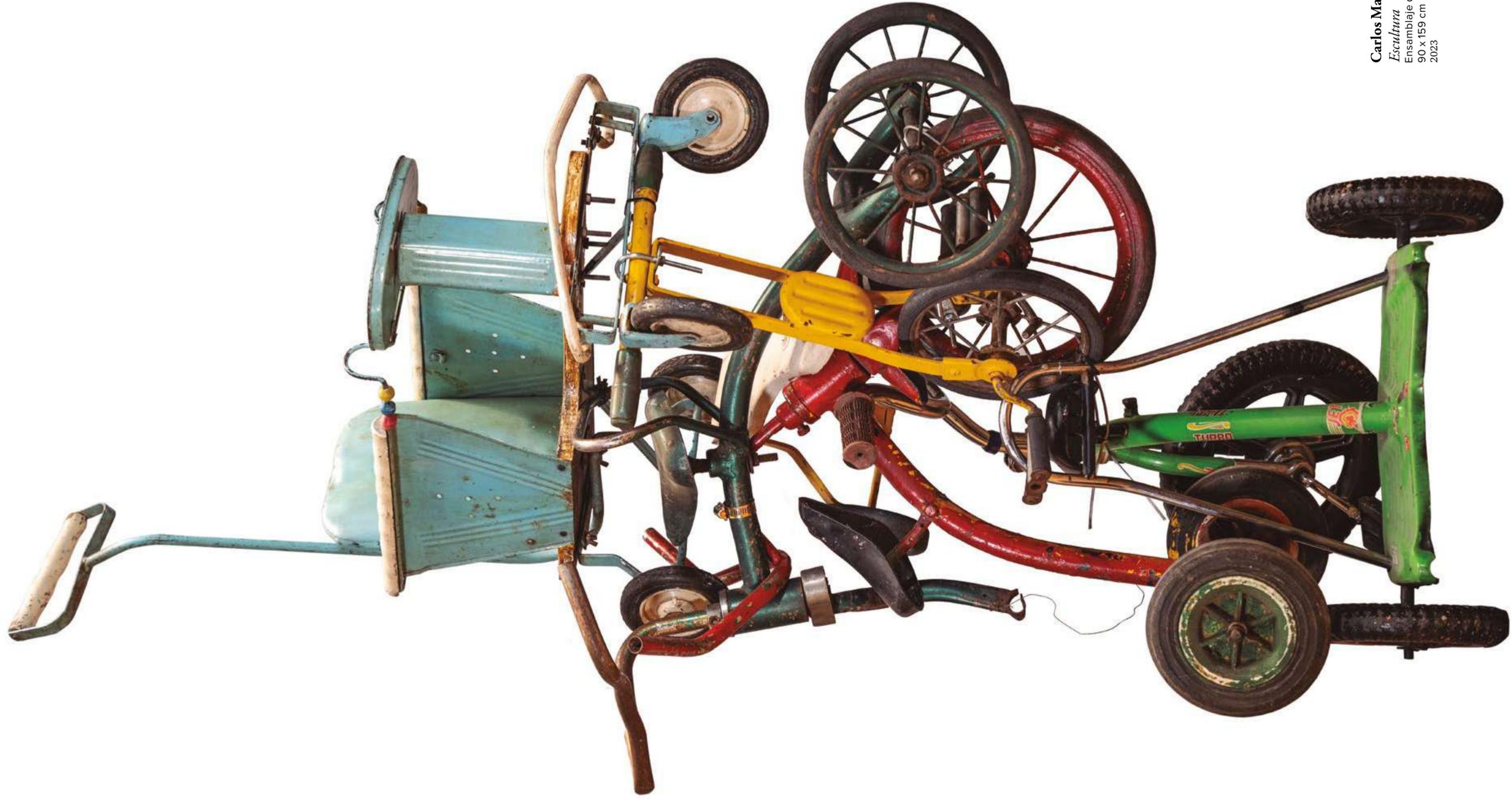
Osé atravesar el frontispicio tomé un periódico con la mano buena y ninja y como si nada por un resquicio me escabullí entre los contertulios hacia las afueras

En proclive sombra del Caucho humeante hice un carrizo espeluznante ojeé en el Periodista Parque las páginas impresas en las entrañas La Patria

No sabría yo en esa tierna noche de edad inocente que después de unos años quince para ser más elegante trabajaría hombro a hombro en esta edición itinerante con hombres y mujeres probos y borrachos y vagos casi indigentes

Con alevosía leí los números y repetí el performance de ir cada luna aceitando mis pezuñas por el impreso por eso de mantener las bellas costumbres a la vieja usanza entre estas cumbres

Hoy ya rico y poderoso le deseo al Centro del Universo otros quince años de efulgios y controversias y en honor a los que desfilaron por los desfiladeros de sus páginas les dedico estos fastuosos versos



**Carlos Mario Aguirre**  
*Escultura*  
Ensamblaje de triciclos y carrito de juguete  
90 x 159 cm  
2023

# VETERINO

por PABLO ARANGO

A la memoria de Javier Arango

*De bueno a malo*, una obra del excombatiente Juan Carlos, de la serie *La Guerra que no hemos visto*. Un proyecto de memoria histórica de la Fundación Puntos de Encuentro del artista Juan Manuel Echavarría.

Papá decía que daban la impresión de no haber nacido, como si los hubiera brotado la tierra. Porque los dos exhibían eso que a falta de mejores palabras podría llamarse desapego, una mirada que no deja adivinar un alma allá adentro, como si estuvieran vacíos nada más. A él sí lo conocimos y podemos contar su historia, si es que los desalmados tienen una. Ella en cambio apareció de pronto; e incluso en el funeral de ambos, cuando esperábamos conocer alguno de sus contactos con el resto de los vivos, nos quedamos esperando. Excepción hecha de una mujer y una niña que no tenían por qué estar ahí pues no eran familiares del muchacho muerto; y solo un lazo familiar, un vínculo de sangre y dolor podía hacer que alguien se apareciera a enterrar esos muertos que nadie quería ni siquiera muertos, pues todos en el pueblo preferíamos continuar como si no hubieran existido. Entonces supusimos que eran el contacto de ella con la vida, una madre y una hermana, quizás, o una hermana con sobrina. Pero tampoco fuimos capaces de acercarnos para preguntar.

No sería correcto decir que lo alcanzaron a advertir desde que nació. Hay una edad en que los niños no parecen pertenecer a la especie, y entonces los ademanes, los gestos que en un hombre

serían signos claros de demencia o imbecilidad se reciben naturalmente como cosa de niños. Pero no muy tarde tuvieron que haberse dado cuenta de que algo andaba mal con el muchacho. Don Olimpo todavía, cuando por accidente alguien menciona el nombre del muchacho, que ni siquiera era un nombre sino un apodo que se le había adherido con la misma fuerza de un nombre; él, don Olimpo, todavía asume esa actitud de quien no entiende nada. La misma actitud, la misma mirada que tenía cuando el muchacho comenzó a caminar de su mano por las calles del pueblo. Y papá dice que, a pesar de todo lo que pasó, no hay ninguna justicia en la actitud de quienes miran todavía, y miraron en aquel entonces, a don Olimpo como un culpable; y que si él, don Olimpo, no pudo entender, entonces nadie entiende tampoco, y nadie tiene el derecho de juzgar, porque un juicio solo puede hacerse sobre la base de la comprensión. Al menos eso decía papá, a quien le tocó juzgar, de todos modos.

Lo que todos aceptaron y aceptamos ahora es que la falla se debió a que el muchacho tuvo que ser sacado a la fuerza, como si no quisiera salir de su madre; y hay quienes después de que pasó todo han interpretado esa dificultad inicial como una advertencia que nadie en el pueblo fue capaz de descifrar

oportunamente. Del forcejeo le quedaron dos hendiduras, una a cada lado de la frente, que acentuaron su rareza.

Nadie supuso que había que contar con él, o que tenía que hacer algo. Quizá asumimos como cosa natural que era una carga que le tocaba llevar a don Olimpo y su familia, algo que debía resolverse de puertas para adentro; nadie pensó que el niño se convertiría en hombre, porque ya dije que era como si no fuera exactamente de la especie. En esa condición creció para nosotros, y supongo que también para la familia, bajo la idea general de que era como un perro que merecía de todas formas algo más que los perros. Lo vimos crecer y lo dejaron ir a la escuela con el resto de nosotros. Pero hubo un momento en que el muchacho ya no podía continuar con nosotros, que pasamos al colegio, y entonces quedó solo; aunque sería más exacto decir que simplemente se separó.

Don Olimpo se comportaba casi como el resto del pueblo, solo que a él sí le importaba, y por eso tenía esa mirada de desconcierto desde que el muchacho había crecido lo suficiente para que el desarreglo fuera visible. Supongo que por eso nunca intentó enseñarle algún oficio y simplemente lo dejó estar por ahí. Y por eso tampoco hizo nada cuando el muchacho comenzó a viajar y a viajar en todas las chivas para todas las

veredas, y a perderse por días y semanas. Él, el muchacho, a quien a esas alturas todos le decíamos Veterino, olvidado ya su nombre —como si nunca hubiera sido bautizado, o como si la ceremonia de bautizo hubiera quedado fallida—, fijado el apodo porque le gustaba decir que sabía mucho de veterinaria y llegó a matar dos novillos de don Olimpo en su alucinada práctica; él, Veterino, decía que era el ayudante de los choferes, y ellos, los choferes, lo dejaban que dijera y que colaborara en lo que a él se le ocurría. Y fue como un alivio, o así pensamos que había sido no solo para don Olimpo sino para él mismo, si es que era capaz de algo como el alivio.

Entonces se perdió por una temporada larga, mucho más larga que las otras, dos años quizás, y seguramente fueron don Olimpo y la familia quienes realmente sintieron la ausencia, porque el resto de nosotros vinimos a notarlo después, cuando reapareció y nos sentimos perplejos al comienzo y luego vino el miedo.

Lo primero fue un rumor: que había aparecido por los lados de San Daniel, La Esperanza y el resto de las veredas de esa zona; que se le veía a veces en uniforme, un camuflado, con fusil al hombro y, lo más raro, con hombres bajo su mando. Al comienzo lo risa; o no, más bien una línea curva de la boca que indica desprecio y burla, porque no pensamos ni éramos capaces de imaginar que él —que no había alcanzado a ser para nosotros ni siquiera un caso de la desorientación, tan perdido que apenas si habíamos notado su aturdimiento— tuviera de dónde sacar los fines y los medios que se necesitan para ejercer el mando de hombres armados.

El secuestro de Ancízar Muñoz borró la línea de la boca y dio paso a la perplejidad. Empezamos a imaginarlo seriamente, concreto, muy sólido y distinto, como si hubiera regresado de un estado fantasmal, abajo, en las riberas del río Pensilvania, en la base de la montaña de Morrón, si no de jefe de una cuadrilla armada, por lo menos sí de informante privilegiado, testigo de años desde la carnicería de don Olimpo, primero, y desde la estación de chivas después, de los sucesos del pueblo y, obviamente, de la prosperidad de los prósperos.

Entonces fue el miedo. Tres secuestros más: Alonso Ramírez, Gonzalo Villada y Jaime Zuluaga. Todos, por supuesto, en la zona rural. Así que comenzamos a vivir encerrados en el caso urbano, y ni siquiera eso: apenas en los estrechos límites desde la cárcel hasta la Escuela Boyacá. Incluso los que no teníamos mayor cosa tuvimos miedo, porque empezamos a sentir el odio, la locura o lo que fuera que lo estuviera animando; quizás espolado por un desprecio que nosotros no alcanzamos a percibir con claridad pero que él sintió que había recibido en medio de nosotros, multiplicado por su demencia. Y los mismos choferes que lo habían acogido empezaron a temer también porque ahora se paseaba por las calles de San Daniel golpeando, matando aquí y allá. El último carro que llegó hasta allá antes de que se suspendieran todos los viajes fue el jeep de Molano. En él iba Carlos Valencia, condiscípulo de Veterino y de nosotros en la escuela. Cuando llegó a San Daniel se bajó y se lo encontró tomando en una de las cantinas de la plaza. Se pusieron a beber juntos y, a eso de las cinco de la tarde, Veterino sacó un revólver y le pegó dos tiros: uno en la pierna derecha y otro en el pecho. Lo había llevado hasta la salida de San Daniel, en dirección hacia acá, hacia Pensilvania. Valencia quedó tendido en la carretera, vivo todavía, y Veterino dio la orden de que lo dejaran ahí, sin darle agua ni nada. Más de una hora duró la agonía de Valencia, mientras Veterino se tomaba otros tragos y regresaba

para rematarlo de un tiro en la cabeza a las siete de la noche más o menos.

Luego apareció ella, de pronto, de la mano de él; él, que parecía destinado a no conocer otros sentimientos de sus semejantes que la indiferencia, luego la perplejidad y el miedo. Primero apareció con una falda que le llegaba a la mitad de la pantorrilla, desteñida, no exactamente blanca, sino con el rastro de algún color que el sol ya había arrancado. Esa falda y un saco azul oscuro, como de uniforme de algún colegio de monjas, debajo del cual no supimos qué llevaba. Y era raro, porque en San Daniel hace calor y las muchachas no suelen usar sacos tan cerrados. Pero ella apareció así, sacada seguramente, pensábamos, por él de alguno de los páramos vecinos, con esa indumentaria. Pero no de los páramos más cercanos porque entonces alguien en el pueblo habría identificado algún aire de familia, o habría sabido que la muchacha era prima o sobrina de alguno de nosotros. No pudimos establecer de dónde había salido, ni siquiera el día del entierro cuando aparecieron esas dos mujeres, o esa mujer con niña, y una mezcla de pudor y miedo nos impidió preguntar. Tenía el pelo más bien largo, un poco más abajo de los hombros, seco, como quemado por el sol, con la textura de los árboles enanos del páramo. La vimos llegar así, de la mano de él. No supimos tampoco ubicar una edad. Muy pronto el vestido le fue cambiado por un uniforme igual al de él.

Nunca nos planteamos la cuestión de la belleza, aunque ese era nuestro primer tema cuando aparecía una muchacha nueva. Todo lo que supimos en el pueblo sobre ambos fue por las noticias que nos traían los pocos viajeros que se veían obligados a cruzar la línea de allá para acá o viceversa, por asuntos de negocios que se habían convertido más en cosa de vida o muerte. Lo cierto es que nunca nos planteamos la cuestión de la belleza de la muchacha, y los reportes que recibimos tampoco permitían adelantar nada. Pero no era solo por falta de información, era más bien como si la pregunta no tuviera lugar en este caso. A pesar de eso, llegamos a suponer que había amor, o algo como el amor entre los dos. Andaban de aquí para allá, o más bien, andaba él de aquí para allá con ella detrás, retraída, casi muda, con una obediencia absoluta hacia él, que no sabría decir si era su amante o su jefe o su amo o varias de esas cosas a la vez. Porque aquí también se revela lo insuficientes que resultan las palabras para designar las emociones humanas, eso que viaja en medio de la piel y la carne. Todos pensamos que era algo como el amor, pero sabíamos que no podía ser eso. Y no tuvimos más palabras para designarlo.

Lo que supimos fue que él se había enlistado en la guerrilla y que, luego de un tiempo de preparación, los altos mandos de la región consideraron que era el adecuado para dirigir todo un frente armado en la zona rural del pueblo. Al parecer demostró un coraje inusual para un recién enganchado. Quizá en medio de esa horda implacable en que se había convertido la guerrilla su locura no fue percibida; o quizá después de todo lo que hicieron llegaron a estar más allá de lo que el resto vemos como locura.

Los secuestros fueron sucedidos por las exigencias normales de plata, y las familias pagaron. Pero él no estaba sujeto a las condiciones que hacen posibles los contratos, incluso entre bandidos. Así que lo único que recibieron las familias, después de pagar sumas adicionales, fueron los cadáveres: podridos, con señales de tortura y un disparo en la cabeza.

A papá, por ser el juez, le tocó llevar todos los procesos, sin reos o algunas veces con dudosos elementos de la última fila, y en todos los casos la sentencia fue rápida e idéntica: era Veterino. La atmósfera era tan opresiva a esas alturas

que todos comenzamos a sentir un cosquilleo incómodo que interpretamos como el nacimiento del valor. Más tarde se revelaría, sin embargo, su verdadera naturaleza. Los primeros intentos fueron tímidos: unas cuantas vindicaciones verbales en noches de tragos, gritos en voz con sordina y una línea de la boca que ya no indicaba burla y desdén sino más bien una bravata impotente. Algunos se decidieron entonces por avanzadas un poco más temerarias, e incluso un par de comerciantes se acercaron a papá para pedirle que apelara a sus contactos en Manizales para organizar el homicidio. (En medio de la opresión, fue un momento de hilaridad enfermiza. Papá les dijo: “Lo malo es que donde eso llegue a pasar, ustedes serán los primeros en salir a decir: cómo será de peligroso este juez que mandó a matar a Veterino”). Y, mientras tanto, ellos seguían paseándose por toda la zona, con sus trajes vicarios de soldados u oficiales del ejército, dueños de un mundo que apenas habían descubierto y en el que no había otros seres vivos que ellos mismos, o ni siquiera eso.

La idea ya se había instalado entre nosotros y solo fue cuestión de tiempo. Los comerciantes comenzaron a reunirse para buscar una salida. Pero la solución estaba ahí desde el comienzo, y solo fue retrasada por la clara indignidad, el miedo larvado de reconocer que ninguno de nosotros era capaz de hacer nada; y disfrazamos todo con la idea nunca expresada abiertamente de que de todos modos habría que matar a una muchacha. Y como nadie la expresó, nadie se opuso o señaló que tal vez no era necesario; y si se hubiera dado la ocasión nadie habría dicho nada tampoco, porque a esas alturas la imagen de ella estaba tan adherida a la de él que no llegamos a verlos como individuos separados. Y no eran solo ellos dos, sino también la cuadrilla armada, que suponíamos tan descompuesta como él. Entonces apareció con claridad lo que todos nos habíamos imaginado pero no queríamos aceptar: el auxilio de los paramilitares de La Dorada.

No se supo quién los contactó, pero llegaron. Y todos estuvimos de acuerdo, o por lo menos nadie fue capaz de expresar el desacuerdo. Solo se hicieron visibles después de terminado el trabajo, pero esa es otra historia. Un enfrentamiento directo con Veterino y su cuadrilla estaba fuera de lugar. Así que transcurrieron seis meses entre su llegada y el resultado final. Fueron dos muchachos, infiltrados como campesinos en la zona de acción de Veterino. Lograron identificar cierto patrón en sus paseos; y para ese entonces él ya estaba tan lejos de la vida real, tan enloquecido en su nuevo papel de asesino, que el descuido vino rápido. Los bajaron a los dos, a él y a ella, por los lados de San Juan. Iban en una camioneta, él manejando, solos, sin la escolta. Y seguían proyectando una imagen tan sólida de horror y poder, que los paramilitares no se sintieron capaces de torturarlos, como era su costumbre, para mandar el mensaje de rigor al enemigo. Un tiro en la cabeza para cada uno. No hubo gritos ni ruegos ni llanto. Los dos se dejaron matar del mismo modo en que los habían visto todo este tiempo: con esa mirada sobrehumana de las máquinas que no deja adivinar un alma allá adentro; con el desapego que le habíamos visto entre nosotros y que no supimos interpretar, ni siquiera don Olimpo. En el funeral, don Olimpo debió de sentir la mirada de reproche de todos nosotros, desde balcones y ventanas o detrás de las cortinas, porque no quisimos asistir; y fue cuando alcanzamos a ver a la mujer con niña y supusimos que eran los parientes de ella; y papá dijo que era injusto con ellas y con don Olimpo, y salió sin pensarlo, con rabia, a acompañar el cortejo. ☺





Fotograma *El amor, el deber y el crimen*. Productora Invasión Cine.

## ¡Usted es el hombre!

### Cintas y conquistas del primer galán colombiano

por ÓSCAR IVÁN MONTOYA

**N**o gozaba de la presencia de Manolo Cardona, tampoco del talento de Robinson Díaz, y apenas poseía una pizca de la atractiva rudeza de Marlon Moreno. Sin embargo, Roberto Estrada Vergara tenía lo suyo, el perenne para protagonizar dos de las más importantes películas colombianas de los años veinte: *Aura o las violetas* (1924) y *El amor, el deber y el crimen* (1926); y de ser actor secundario en *Como los muertos* y *Conquistadores de almas*, ambas de 1925. Roberto Estrada era un comerciante de tabaco sin ninguna experiencia en cine o teatro, pero gracias a su semblante varonil y decidido fue seleccionado para protagonizar *Aura o las violetas*, dirigida por la dupla de Pedro Moreno Garzón y Vincenzo Di Doménico.

Apalancada por la "danza de los millones", proveniente de la indemnización por el raponazo de Panamá, y unida a una sólida y creciente bonanza cafetera, Colombia vivió, a su manera provinciana y folclórica, sus años locos, como se les llamó a los años veinte del siglo XX. Este cambio en las condiciones materiales posibilitó transformaciones en la vida espiritual: una incipiente emancipación femenina, el arribo de las últimas tendencias de la moda, y una atmósfera que impulsaba el emprendimiento y la iniciativa en los negocios. Bajo ese influjo algunos empresarios se percataron de que producir

películas podía ser una aventura promisoría. El aire de cine culminó con el pequeño boom de diecisiete películas rodadas durante los veinte. Ningún libro o publicación consultada contiene la fecha de nacimiento y muerte de Roberto Estrada Vergara.

#### La sonrisa de un millón de dólares

La primera película de ficción en nuestro país fue *María* (1922), adaptación de la novela de Jorge Isaacs, dirigida por el español Máximo Calvo y el mexicano Alfredo del Diestro. Fue un éxito de taquilla y recorrió varias ciudades de nuestro país y algunos países latinoamericanos. Siguiendo esa ruta, los hermanos Francesco y Vincenzo Di Doménico, veteranos empresarios italianos instalados en Colombia desde comienzos del siglo XX, se dieron a la tarea de adaptar *Aura o las violetas*, éxito literario del panfletario José María Vargas Vila. Para ejecutar este propósito, encargaron a Pedro Moreno Garzón como guionista y director, mientras Vincenzo Di Doménico se

encargaría de la fotografía y demás aspectos técnicos.

El primer obstáculo fue conseguir los actores. Mientras en la Unión Soviética experimentaban de manera genial con el montaje, y los expresionistas alemanes se sumergían en las aguas turbias del alma humana, y los surrealistas hacían saltar por los aires la unidad de tiempo y lugar, en Colombia estábamos enfrascados en decidir si la actuación era una profesión honorable o un oficio de gente ramera y amoral. "En ese tiempo existía el prejuicio entre la gente de que los 'cómicos', como se les llamaba a los actores y actrices, eran personas muy poco honestas, y que por el solo hecho de presentarse profesionalmente en un escenario y, por afinidad, en una película, era muy mal mirado", recordaba Pedro Moreno Garzón en una entrevista. A última hora, para el papel de Aura tuvieron que recurrir a la hija de unos extranjeros, Isabel Von Walden, quien por su condición carecía de prejuicios y moralina contra el cine. Para el personaje del innominado protagonista también sufrieron sus escollos, hasta que

dieron con Roberto Estrada Vergara, "joven de aspecto agradable, distinguido, 'durito' de actuar como una piedra, debido a su falta de experiencia de actor, falla que compartía con su compañera, aunque para ambos el resultado final fue bastante satisfactorio".

Aparte de su aspecto agradable, Roberto Estrada tenía buena estatura, sonrisa reluciente, ojos expresivos y facilidad para relacionarse con las mujeres. Era buen jinete y jueguista y pendenciero cuando lo exigía el argumento. Él mismo contó en una entrevista para *Cromos* la manera un tanto improvisada en que se topó con su carrera como actor: "Yo tenía un almacén de tabacos, con escasa pero escogida clientela. Alguien me dijo que debería poner un expendio de boletas para el Olympia. Una noche cerca al Bulevard (posible avenida Colón) regresaba yo de dar un paseo por el Parque de la Independencia con Eustasio Díaz, cuando nos encontramos con Moreno Garzón, el secretario de la compañía Di Doménico. ¡Usted es el hombre!, me dijo. Y sin dejarme hablar de las boletas para mi tienda de tabacos me propuso el contrato para mi primera película. *Aura o las violetas* fue mi debut".

Los Di Doménico eran una familia italiana con amplia experiencia en el rodaje de noticieros y documentales, veteranos de la distribución y la exhibición de cintas, y como si fuera poco, creadores de Sicla (Sociedad Industrial Cinematográfica Latinoamericana), además

de dueños de teatros en varias ciudades de Colombia, como el mítico Olympia de Bogotá. De *Aura o las violetas* solo se conservan dieciocho minutos de casi dos horas de metraje. Para su producción se adecuaron los patios traseros del Olympia, donde construyeron parte de las escenografías y las viviendas de los dos protagonistas, se recreó el ambiente de familias de clase media alta bogotanas, con sus muebles, decorados y papel de coladura en las paredes, iluminadas con luz solar a falta de mejores fuentes.

La película se benefició de la fama de Vargas Vila, aunque no faltó la espectadora insatisfecha que le escribió directamente a su protagonista para echarle en cara la falta de cojones de su personaje y su desaliño: "Después del estreno de *Aura*, recibí un anónimo de mujer, que decía: 'Me he decepcionado completamente de usted. Un hombre de calzones no se suicida con la mano izquierda ni en pijama. ¡Tan cochino!'".

Pero llegó el momento en que la sombra de Vargas Vila se convirtió en un problema. Enterado de los enormes dividendos que estaba dejando en taquilla, regresó a Colombia después de casi treinta años de ausencia para ponerse al frente de un proceso legal. En una entrevista con el poeta Rafael Maya expuso sus razones: "Acabo de nombrar apoderado en Bogotá a Antonio José Restrepo para que haga valer mis derechos. Yo no soy una viuda pobre para que una empresa cinematográfica me robe. Sí, señor, porque eso es un robo. Yo sé que los señores Di Doménico hermanos han explotado mi obra escandalosamente. Ya veremos".

Los hermanos Di Doménico debieron llegar a algún arreglo con el escritor pues un mes y medio más tarde, desde Cuba, hizo gala de una nueva locuacidad: "*Aura o las Violetas* acaba de filmarse en Bogotá. Se comenzó por hacer sin mi autorización. Se terminó, y entonces llegué. Se pusieron de acuerdo conmigo y solo por el permiso pagaron un millón de dólares". La verbosidad del escritor no era solo literaria, pues, aunque el dólar y el peso colombiano en esos años se cotizaban a la par, la cifra con la cual fantaseaba Vargas Vila era inviable. Ese era el valor total aproximado de la empresa Di Doménico. Tiempo después, Vargas Vila volvió a Colombia, atraído por "el deseo de ver en película su novela", y en una rueda de prensa respondió al interrogante sobre su historia en la pantalla: "Muy bien la película. Está tan bien tomada que hace llorar como la obra".

#### Galán de reparto

En *Como los muertos*, Roberto Estrada es Alfredo, un estudiante de medicina, primo del protagonista. La película, siguiendo la tónica de *María* y *Aura o las violetas*, es una adaptación de una obra teatral del mismo nombre, escrita por Antonio Álvarez Lleras, el más importante dramaturgo nacional del momento. Para la producción, los Di Doménico construyeron los que pueden ser considerados los primeros estudios cinematográficos del país. Así lo recordaba su director Pedro Moreno Garzón: "Era un estudio cubierto de vidrios para aprovechar la luz del sol, pero al mismo tiempo varios reflectores alemanes marca Age suplían las necesidades de iluminación; una copiadora automática inglesa, un gabinete de fotografía, un salón de proyecciones y otros elementos complementaban el equipo técnico. Y, además, camerinos para los actores, sección de maquillaje y vestuario...".

Aun así, la película es bastante floja en su lenguaje cinematográfico, en especial en el uso de las fuentes de iluminación, que se nota rudimentaria, aunque hay que abonarle los rodajes en exteriores y una buena secuencia de acción en la persecución de la campesina



Fotogramas de *El amor, el deber y el crimen*. Productora Invasión Cine.

enferma de lepra. Sobre el aspecto técnico se refirió su director: "El defecto principal de esta película fue el juego de los reflectores de sol, que en veces es demasiado notorio [sic]". En resumen, se narran dos hechos pasados a partir de la técnica del *flashback*: la historia de la hija de un campesino que es llevada al leproso, y la de Ricardo, un joven poeta que desapareció sin dejar rastro. Por escasez de metraje es poco lo que se puede decir de *Como los muertos*, salvo que se ve un mejor manejo de encuadres, planos y cámara que en *Aura o las violetas*, y que en esos fragmentos las actuaciones son más desmenuadas y menos teatrales.

Del mismo año es *Conquistadores de almas*, película desaparecida y de la que solamente sobreviven tres o cuatro fotogramas, y la publicidad en la prensa de la época. La película, como las obras anteriores, está basada en la obra preexistente de Ramón Rosales, que en su momento fue prohibida por sus ácidos comentarios sobre la sociedad colombiana y sus dirigentes. Según su argumento y testimonios de algunos espectadores

que la vieron, la película tenía un fuerte trasfondo social y un señalamiento directo al contexto feudal en que todavía se desenvolvían las relaciones en el campo colombiano. En esta producción Roberto Estrada es Berna, un jornalero de una finca cañera que sostiene amorosamente con la campesina Lola, la actriz Teresita Nieto, quien también es pretendida por el patrón, don Enrique, el actor checo Frank Turek. Sobre su participación en esta película, Roberto Estrada recordaba en una entrevista: "En *Conquistadores de almas*, me tocó el papel de peón. El Berna, como dice el autor. Y en el ingenio de San Antonio, donde fuimos a filmar, los campesinos saludaban atentamente a los demás actores, pero a mí me miraban de reojo, tal vez porque llevaba traje de peón". La película, una vez estrenada, pasó fugazmente por la cartelera, es posible que la ocultara la censura que pesaba sobre la obra teatral.

#### Con el corazón roto

*El amor, el deber y el crimen* es la más moderna y, a la vez, la más redonda de las películas colombianas de los años

veinte. Está basada en un texto de Heliodoro González Coutin, y de su metraje se conservan 28 minutos. Después de tres largometrajes rodados por la dupla Moreno Garzón y Vincenzo Di Doménico, se notaba una evolución en el lenguaje y las actuaciones, seguramente contagiadas por la presencia de la bella actriz italiana Lyda Restivo, conocida como Mara Meba, que tenía una trayectoria interesante en su país. Se estaba conformando un equipo artístico y técnico con más experticia y carretera. Así lo recordaba Moreno Garzón: "Puede decirse que ya se cuenta con cinco o seis que forman una buena base para la constitución de una 'troupe' cinematográfica completa: Cerón, Burgos, Benincore, etc."; y junto a ellos "Estrada, joven de condiciones inmejorables para el arte de la pantalla", todos reconocidos por el público de entonces. En *El amor, el deber y el crimen* Roberto Estrada es el pintor Pepe Retana, que se enamora de Lyda de Casablanca, quien está comprometida con el personaje de un rico comerciante interpretado por el actor Roberto Burgos.

La película es recordada por la apasionada escena entre Lyda de Casablanca y Pepe Retana en el estudio del pintor, y por ser la primera vez que en Colombia se ponía en escena un asesinato. A esto se le sumaba no tener un argumento costumbrista que solo aspiraba a mostrar “bambucos y alparagatas”, como anotaba un cronista de la época. El público fue indiferente a pesar de ser una película novedosa, que prescindió de los intertítulos e incorporó una cámara dinámica, el uso de los viajes por la ciudad como motor de la acción, una notable utilización de los primeros planos, sobre todo en las secuencias del carnaval, y bellas tomas tanto en exteriores como en interiores. Lo mejor de la película es, sin ninguna duda, la actuación de Mara Meba, desenvuelta y sensual, con una gestualidad propia del cine, y un cuerpo gozoso y torneado debajo del vestido de seda, estremecido por el fox, el charleston, y todas las pasiones habidas y por haber. Camina sola y desenfadada hacia su trabajo, acepta el acercamiento de un hombre extraño en la calle, es eficaz en sus labores y se defiende del acoso de un compañero de trabajo, visita la casa de su pretendiente y asiste con él, sin chaperona, a los carnavales.

La ciudad luce más moderna en su arquitectura y sus costumbres en pleno siglo XX: finas tomas del Parque de la Independencia, del edificio de Bellas Artes, de los automóviles y los teléfonos. La filmación en exteriores desde un segundo piso, donde se ven los protagonistas desfilando entre la multitud urbana, disfraces, serpentinatas y comparsas; la toma desde la ventana trasera de un auto que deja ver las imágenes de la calle; y la acertada escenografía, vestuario y fotografía son algunas de las virtudes de esta película. Roberto Estrada estaba en su mejor momento, correcto ante la cámara, asediado y sonriente con las mujeres, encarador y decidido frente a sus adversarios, tiene su instante de clímax cuando acepta el desafío de su contrincante, se baja del auto, lo golpea y lo deja tirado en el piso. Los gestos y la coquetería de Mara Meba en ese instante son sublimes y armonizan a la perfección con unos encuadres bien iluminados. Al respecto de su trabajo en esta producción la actriz dijo: “Sobre todo, tiene escenas dramáticas de primera fuerza. Será un gran éxito, se lo aseguro a usted”. (Suena el teléfono, ella contesta, habla y cuelga). “Es Moreno Garzón. Dice que mañana haremos una escena en la calle. No sabe usted cómo aborrezco esas escenas. El público aquí es muy necio. Sobre todo, los chiquillos”.

Afirmaba el cineasta Luis Ospina que Colombia era un país sin galanes, pues a todos los hemos matado, desde el comunero José Antonio, pasando por el candidato Luis Carlos, y finalizando con Pepe Retana en *El amor, el deber y el crimen*, donde es asesinado en lo que parecen los alrededores del Cementerio Central. Fue la cuarta película de la dupla Moreno Garzón y Vincenzo Di Doménico, y lamentablemente la última, y debido a la falta de continuidad se perdieron los avances conseguidos a lo largo de la década. A esto se sumó la pernicioso presencia de Cine Colombia, empresa creada en 1927, que se encargó de comprar y cerrar los laboratorios existentes en todo el país, ya que su negocio era la distribución y la exhibición, y no la producción. Álvaro Concha Henao, en su *Historia social del cine en Colombia*, lo resume bien: “Se había perdido el capital, la continuidad y con ella las incipientes habilidades adquiridas. El país no pasó de las primeras letras (...) La desbordante competencia norteamericana y los problemas causados por la depresión del veintinueve se encargaron de clavar la puntilla en la cerviz de algún desavisado”.



Fotograma *El amor, el deber y el crimen*. Productora Invasión Cine.



Fotograma de *Aura o las violetas*. Productora Invasión Cine.

## Un fantasma con mucho encanto

Casi cien años después de caer abaleado en *El amor, el deber y el crimen*, Roberto Estrada Vergara regresó a las pantallas en *Mudos testigos* (2023), de la mano del fallecido Luis Ospina y del cineasta y escritor Jerónimo Atehortúa. Película *collage* de corte vanguardista, muy en el estilo del legendario cineasta caleño, con interesantes aportes de su codirector, quien fue el encargado de terminarla y darle el toque final. La película se armó con fragmentos de las tres películas existentes en las que participó Roberto Estrada, a las que se le agregaron pedazos de otras producciones colombianas de la misma época: *Garras de oro* (1927), *El Valle del Cauca y su progreso* (1926), *Bajo el cielo antioqueño* (1924), *La tragedia del silencio* (1923), *Alma provinciana* (1926), *Madre* (1925), *María* (1922).

La película se divide en tres partes, las dos primeras conservando la

narrativa de las películas de las que toman sus protagonistas y su principal línea argumental: los amores prohibidos de Efraín y Alicia, con el mismo final trágico de *Aura o las violetas* y *El amor, el deber y el crimen*. Pero es en el tercer capítulo donde se emancipa su argumento y su forma, donde el espíritu de la película toma otro rumbo y se interna en una deriva existencial que no estaba en ninguna de las obras preexistentes. De algún modo libera a estas producciones, novelas y películas de su destino lloricón y necrofilico, y les insufla un aire moderno, emparentado con autores contemporáneos como el Wim Wenders de *París, Texas* o el Roberto Bolaño de *Los detectives salvajes*.

Efraín y Alicia huyen hacia el Casanare, como los protagonistas de *La Vorágine*, hasta perderse en una suerte de laberinto, en un viaje más interior que finaliza con Efraín y Alicia deambulando en la selva amazónica. La errancia, el azar, el viaje como aventura, sin metas, sin mapas, sin normas. *Mudos*

es la nostálgica representación de una época, un homenaje a nuestros pioneros, una muestra genial del uso de los archivos, pero es, ante todo, un acto de fructífera profanación de nuestro pasado cinematográfico, una “llave de entrada a nuevos terrenos”.

Roberto Estrada, al igual que Arturo Cova de *La Vorágine*, al que se lo “devoró la selva”, desapareció de nuestra Historia sin fecha de nacimiento ni de muerte, pero dejó una huella imborrable en nuestro cine y rebasó su condición de hombre anclado a una época, para convertirse en la primera estrella del cine colombiano.©

Este cuento es el ganador del primer puesto del concurso "Estando en una librería" por la celebración de los 30 años de Al Pie de la Letra.



# EN ROJO

por CINDY ANDREA PEÑA ARTIZÁBAL

*Mi soledad se alegra con esa elegante esperanza*  
J. L. Borges.

Estando en una librería pensaba en el esmog berlinés, en toda la mugre de la ciudad. Rara vez el cielo está despejado, y las veces que lo está son las casas enteras las que se ven llenas de polvo. La oscuridad ya llegó, todos lo sentimos en el frío interior de nuestras conciencias. Solo quedan rondando por ahí las fisuras, los borrachos, los perdidos, los adictos, todos aquellos que se han dejado ir hasta el fondo, sin poder salir ya más, sin querer hacerlo tampoco, las calles inhóspitas se han convertido en su morada. Ahora creo poder entender por qué noviembre es el mes de las ánimas y los santos difuntos, no solo por los fantasmas que rondan por todas partes tras el velo descubierto, sino también por el aire espectral que cobra la existencia. Sin darme cuenta, de a poco, la ciudad me ha ido arrancando pedazos de carne, dejándome la piel, que por suerte todavía siento, a pesar de todo.

Ante el miedo que provocó la gran pandemia desatada por un virus, una microbacteria devoradora de pulmones, que causó tantas muertes, yo no me dejé arrastrar por la marea, sino que decidí quedarme donde estaba, aunque fuera la opción más absurda, desistiendo de regresar a la casa de mis papás en Colombia; eso que para mí era como volver al nido, a los cuidados y mimos del hogar, pero también a la vigilancia materna, que ahora ya había adoptado a una nueva cría. Así que he resistido todo un año azaroso hasta llegar al final, en el mismo lugar, sin saber muy bien por qué o para qué. Sin embargo, pese a la soledad y la incertidumbre, me quedan los libros, que me rescatan con su magia una vez más. Esta vez fue *Una librería en Berlín* de Françoise Frenkel la que me llevó a un mundo nuevo.

La realidad es que en este país soy pobre, tengo un trabajo intermitente y a veces no pago mi arriendo. Pero eso no importa, ahora tengo una bici —me la prestó mi amigo Jon—, es una GT de un púrpura metálico, tiene una llanta todoterreno adelante y una delgada atrás, con cambios pero sin luces, ni timbre, aunque lo importante es que tiene frenos, y en ella voy a todas partes, pues no puedo darme el lujo de pagar el pasaje de tren, un solo ticket son dos euros con noventa céntimos, así que sobre mi caballo de acero cruzo todo Tiergarten, me desvío en Mehringdamm y giro hacia Neukölln y me pierdo, cada vez. Siempre hay una calle que paso, un nombre que confundo, un giro que no doy. Obviamente tampoco pago internet móvil, con qué plata y para qué, total casi siempre estoy en casa. Nunca me he encontrado con la policía de tránsito de bicis. A veces me pregunto si estaré abusando de mi suerte, pues la verdad es que conduzco como una loca, tengo piernas fuertes y me gusta ir rápido, con el motor en mis músculos, cruzando en rojo mientras todos esperan. La ciudad es la que da el ritmo y Berlín se deja recorrer fácilmente: es plana, sin muchos sobresaltos, el suelo es como una alfombra que esconde debajo todos los escombros; solo tengo que seguir las señales, mirar atrás y a ambos lados, los autos me ceden el paso, los semáforos siempre dan un minuto de espera, y lo más increíble de todo es que los otros aguardan el cambio de luces del Ampelmann, nadie se adelanta, la gente parece ir sin prisa, solo los autos pierden la calma, por eso cuando la luz pasa a verde algunos se desquitan y aceleran a fondo, haciendo chillar el caucho sobre el asfalto.

Hace unos meses que regreso siempre al mismo lugar, a la librería española en Schönlein, ese búnker de libros que también está cambiando, expandiéndose. Ya no tengo que llegar a esa estación tan deprimente y sucia del U-Bahn en Hermannplatz, sino que llevo por cualquier calle, freno ante la ventana blanca, tomo agua y me pongo mi estúpida máscara, entro y entrego los libros que terminé. Ya lo dije antes, soy pobre, no tengo plata, comprar libros en euros sería un lujo, pero no hay problema, hicimos un trato, pagué veinte euros por una suscripción de un año y a cambio puedo llevarme tres

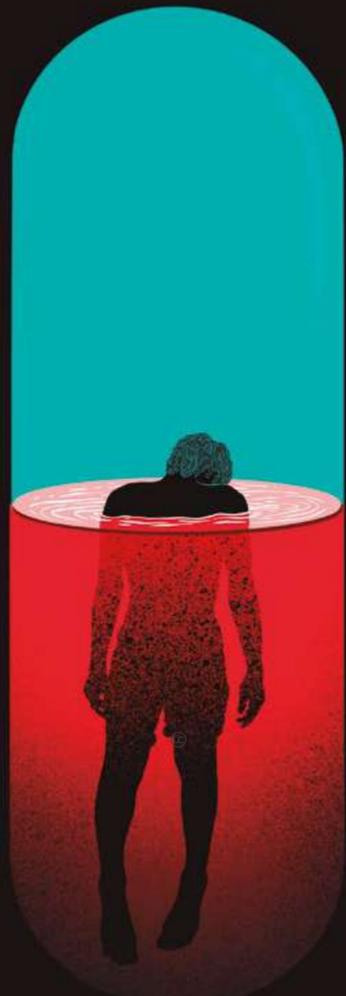
libros prestados. Regreso al paraíso, a pesar de lo tosco y fingido del trato de los dueños, de la cordialidad fría y de la evidente avidez por vender. Es en este espacio comprimido donde puedo escoger en qué mundos, en qué vidas y en qué historias me sumergiré durante las próximas semanas.

Hoy devolví *On the road*, pobre libro maltrecho, edición Losada del 75, conmigo se terminó de despedazar, primero empezó por la endeble portada, que se quebró hasta desprenderse, por sí sola parecía un cuadro, no me fijé en el autor del dibujo, un sol amarillo como yema de huevo, líneas remarcadas en negro que formaban un coche y formas apenas insinuadas que se convertían en cuatro pasajeros sobre el descapotable azul, conduciendo sobre la blancura de la nada. Luego se partió en dos partes y justo ahí se soltó una hoja en la que Dean saltaba por todas partes, como siempre, y yo no podía parar de releer, de volver a desplazarme con total frenesí junto a ellos, tenía que continuar por la ruta, seguir en esa carrera disparatada por el continente americano, con el deseo de encontrar en ella las palabras para describir mi propio viaje hacia ese otro fin del mundo, tan diferente a este que vivimos en el presente.

Por eso vuelvo al sótano, este refugio posapocalíptico que se ha ido agrandando con la crisis. Es como una ventana a través de la cual me encuentro ante un banquete de palabras de pensadores de todos los tiempos, cada uno tiene algo para decirme, por eso me cuesta elegir con quién voy a dialogar, qué gustará por los próximos días. Hay tantas opciones y solo puedo escoger tres. Sopeso con cuidado cada elección, quisiera regresar pronto para llevarme los que terminé por descartar en esta ocasión, pero casi nunca pasa, prefiero dejarme llevar por los deseos del momento, por mis impulsos inconscientes, por el mero capricho del instante. Es en los libros donde está todo mi amor, toda mi pasión; siento a través de ellos, como una espiritista que logra ver a través de los muertos todo lo que fue, lo que pudo haber sido, lo que podría ser. Tal vez si tuviera más dinero podría enterarme también de lo que pasa ahora, saber qué es lo que dicen mis contemporáneos, dialogar con escritores todavía vivos. Sí, si tuviera dinero podría ir y quedarme entre las dos habitaciones de adelante, comprar alguna novedad en vez de adentrarme en la parte trasera de préstamos. Pero es que todo es tan caro cuando uno es pobre, y solo lo digo aquí porque cuando el pobre levanta la voz se siente como una queja y los otros alrededor se incomodan, porque creen que pide caridad, cuando del único que espera algo es del destino.

Al principio me había convencido de que estaba de paso, que seguiría con mi vida nómada, que junto a N. acumularíamos capital y seguiríamos con nuestra marcha, hacia el este, el gran oriente: Asia. Cré que Berlín sería solo otra ciudad más, sin saber que terminaría por quedarme varada en la nueva capital de Europa. Gabo me lo había advertido: “Berlín es un disparate”, me dijo, y yo lo pasé de largo. “Nunca se me cruzó por la mente terminar en semejante lugar, y sin embargo aquí estoy”, pensé de regreso a casa. “Ya no hay turistas, se acabó la temporada”. Percibí de nuevo las miradas inquisitivas y solo entonces logré entender lo que veían: “No soy una turista, he traspasado el tiempo límite, ¿por qué estoy aquí? No sé..., aber Kein Mensch ist illegal!”. Cada tanto me repetía aquella frase entre susurros, como una oración más que como una justificación. Ya me lo había advertido una escritora mexicana en La Escalera, otra librería hispanista de la ciudad: “Algunos vienen para quedarse y no pueden, mientras que otros que están de paso terminan por arraigarse”. Tal vez sin darse cuenta me lancé un conjuro, porque más de un año después sigo plantada en el mismo lugar. Nada tiene Berlín ya para ofrecer, con sus puertas cerradas, su polvo y sus edificios lúgubres, y aun así aquí sigo, como atrapada en un cuento kafkiano.

## FENTANILO: LA SUSTANCIA ES LO DE MENOS



por JULIÁN QUINTERO. ATS / ÉCHELE CABEZA\*

\* Ilustración de Tobías Arboleda

La historia del fentanilo en Colombia ha estado plagada de inexactitudes, amarillismo, desinformación y un sinnúmero de imprecisiones que nos han hecho perder la esperanza de un cambio en el abordaje del tema de drogas. Creíamos que cada vez éramos más abiertos a entender el tema de drogas y autoridades y medios habían aprendido a no imponer el miedo sobre la educación, pero no, el fentanilo fue el ejemplo perfecto para darnos cuenta que hemos fracasado en comprender el fenómeno del consumo de drogas. El mal viaje durará otros años.

### La cuarta crisis de opioides en doscientos años

La crisis que estamos viviendo ahora por los opioides no es nueva y tampoco extraña, posiblemente sea la más mortal por la potencia de la sustancia, el contexto consumista y el prohibicionismo exacerbado que la dejó expandir, pero ni es extraña ni nueva y no será la única. Para no irnos muy lejos el origen de la prohibición moderna inicia en las guerras por el opio, a mediados del siglo XIX, cuando los ingleses se engancharon al opio que venía de la India a través de China y terminaron creando fumadores de opio por todo ese continente con ánimos de imperio o república popular. Cuando el emperador Daoguang se dio cuenta del impacto de la sustancia en su país, prohibió la venta y los ingleses iniciaron la guerra y China terminó perdiendo a Hong Kong mientras los gringos y británicos sentaron las bases de lo que fue la Convención Internacional del Opio de 1909, el inicio de la prohibición contemporánea.

Al mismo tiempo, a mediados del siglo XIX, en Estados Unidos se vivía la guerra de Secesión que contó con la entrada triunfal de la morfina, que, junto con la invención de la aguja hipodérmica en 1953, logró apaciguar el dolor de las heridas de la guerra, pero cambió radicalmente el uso de los opioides, pues el opio pudo ir directo a la vena y aumentó la posibilidad de la dependencia. No hay datos ciertos pero se cree que

más de cuatrocientos mil soldados terminaron enganchados a la morfina después de la guerra, ya no para curar el dolor físico sino para aliviar el trauma de la guerra en el alma.

Y hablando de guerra y de gringos, más recientemente, son muchos los historiadores que le adjudican gran parte de la derrota de Estados Unidos en Vietnam al uso de la heroína. El profesor Lukasz Kamienski en su libro *Las drogas en la guerra* cita estudios que indican que cerca del setenta por ciento de los soldados norteamericanos regresaron con algún nivel de dependencia o relación con la heroína, algo que supo aprovechar muy bien el mafioso neoyorquino Frank Lukas, que con su Blue Magic (la marca de su heroína) abasteció a los veteranos norteamericanos de Vietnam durante varios años. Mucha de esa heroína entró a Estados Unidos camuflada en los ataúdes donde regresaban los cuerpos de los cadáveres de los soldados muertos en combate.

### La crisis norteamericana del fentanilo alimentada por China

Los Estados Unidos han sido expertos en fabricar problemas y echarles la culpa a los otros, pero con el fentanilo les ha costado un poco más de lo normal. La actual crisis del fentanilo en su país tiene origen en la conjunción de varios factores. El primero, un rasgo cultural consumista que busca resolver los problemas con el gasto, adquiriendo cosas, acabando con las existencias; y en el caso de los fármacos muchos lo reducen a la *magic pill*, una pepa para todo, una pastilla para levantarse en la mañana, otra para adelgazar después del almuerzo, otra para concentrarse, la pastilla de la vitamina, otra para relajarse, una más para activarse, otra para el dolor y la última para dormir. Los gringos todo lo pueden resolver con una pastilla, las drogas lo resuelven todo.

El segundo aspecto de la actual crisis lo componen el espíritu capitalista (Wall Street) que combinado con la falta de control del Estado (FDA), la avaricia de las farmacéuticas (Purdue Pharma) y la corrupción de los médicos lograron engañar al pueblo norteamericano al vender la idea de que la oxycodona era un opioide de baja concentración, sin riesgo de adicción, cuando era todo lo contrario. De modo que empezaron formulando el medicamento para dolores por cáncer, cirugías y accidentes, y terminaron recetándolo para el dolor de cabeza, la muñeca inflada del tenista ocasional, los incómodos dolores de espalda del trabajador de hogar el fin de semana... A esto se suma que Estados Unidos es uno de los pocos países del mundo donde los medicamentos de alto riesgo pueden ser publicitados en la televisión en cualquier horario, así que mucha gente se levantaba en las mañanas a ver el programa con las modelos ya olvidadas por las pasarelas y encontraba un comercial que decía: "El fármaco que no sabías que necesitabas". Esta historia se puede encontrar al detalle en muchos artículos de prensa, series de bajo costo y audiovisuales muy bien hechos como *El crimen del siglo*, del ganador del Oscar Alex Gibney.

Un tercer aspecto de la crisis norteamericana es la prohibición como estrategia principal para abordar el uso de drogas. Una vez los médicos y las farmacéuticas, con la anuencia de Estado, volvieron "adicta" a la oxycodona a una generación, hasta el punto de empezar a matar de sobredosis legal, lo primero que hizo el gobierno de Estados Unidos fue lo que mejor sabe hacer, prohibir la sustancia. Esto provocó que las personas se lanzaran al mercado a negro para conseguir otros opioides que

les ayudaran a sobrellevar su síndrome de abstinencia, su dependencia, y allí lo primero que encontraron fue la heroína, también muy costosa en Estados Unidos por la prohibición, un gramo puede valer 120 dólares con una pureza del veinte o treinta por ciento, mientras una pastilla de oxycodona costaba entre diez y veinte dólares.

Es allí cuando rondando el final de la primera década del siglo XXI aparece el fentanilo en el mercado ilegal norteamericano, un opiáceo sintético cien veces más potente que la morfina y cincuenta veces más que la heroína. Los traficantes encontraron cómo darles un poco de "descanso" a los gringos. No venía en su presentación tradicional en polvo, sino suplantando o adulterando las pastillas de oxycodona, es decir que cientos de miles de personas creían que tomaban oxycodona, cuando lo que estaban era tomando fentanilo. También es una crisis de identidad por llamarla de algún modo, una crisis de marcas y copias, y allí es donde ocurre una de las situaciones más dolorosas de esta crisis: miles de personas han muerto sin saber que estaban consumiendo fentanilo, convencidas de que estaban tomando una pastilla de oxycodona, esa misma pastilla que el médico de familia les formuló para un dolor de rodilla.

La prohibición no había terminado de hundir a los estadounidenses cuando empezaron a caer muertos por decenas en la vía pública, las habitaciones de sus casas y los parques de las ciudades blancas y pobres del centro de Estados Unidos. La estrategia más efectiva y ya probada por los europeos, y también en Colombia en algunos casos, ha sido la reducción del daño, o sea, acciones que reconocen que hay consumo y que se puede mitigar su impacto negativo con información y servicios. El enfoque prohibicionista no permitió que las cuatro acciones para detener la epidemia del fentanilo se aplicaran rápido y de manera masiva, y cuando se permitió ya era demasiado tarde. Hoy en día en Estados Unidos solo hay una sala de consumo supervisada legal, mientras en el mundo existen hace veinte años en más de treinta países y nunca ha habido una sobredosis fatal adentro de sus instalaciones. En Estados Unidos solo hasta hace un año se reconoce y se permite el análisis de drogas para las personas consumidoras como una medida de reducción de daños, mientras en Colombia lo hacemos de manera legal desde el año 2015.

La naloxona es el medicamento que revierte la sobredosis de los opioides y en Estados Unidos, hasta hace tres años, solo se podía usar a nivel intrahospitalario. El gobierno norteamericano persiguió a organizaciones como Chicago Recovery que desde hace más de diez años la distribuye en las calles entre las comunidades consumidoras, salvando cientos y cientos de personas cada día. Hoy la naloxona en Estados Unidos es de venta y uso libre, la regalan en los sectores de consumo a quienes la solicitan.

A todo este panorama toca sumarle la geopolítica y el posicionamiento global de la China como potencia mundial, su guerra cultural. China sabe muy bien el impacto negativo de los opioides en su sociedad, lo vivió con los ingleses en el siglo XIX y los japoneses usaron la heroína como arma de guerra a principios del siglo XX, hasta que llegó el partido comunista en 1949 y cortó de tajo el uso de opio en su país. Es una de las causas del radicalismo de China contra las drogas, en especial contra el opio. Hoy en día China es de los pocos países que tienen la pena de muerte para el tráfico de drogas, fue a través de esas "infiltradas" que los ingleses y los japoneses los arrodillaron en el pasado. Pues la misma que les aplicaron a ellos, les están aplicando hoy a los norteamericanos. China es el principal productor

y exportador de fentanilo y, en general, de precursores químicos para la fabricación de todo tipo de drogas en el mundo; China e India son las potencias mundiales de ese negocio.

Estados Unidos siempre ha invadido de manera diplomática o a la fuerza los países que producen las drogas que a ellos les gustan, lo hizo con Afganistán, también con el Plan Colombia y también con México; pero a China no la puede invadir o bloquear y por eso han planteado una guerra diplomática que poco les ha funcionado, mientras China se frota las manos y espera sentada viendo en el televisor cómo todos los días la prensa del mundo asocia la decadencia del capitalismo consumista con seres humanos sufriendo, caricaturizados como zombies, por calles norteamericanas.

Y ahí es donde Petro muerde el anzuelo norteamericano y se pone a hablar de fentanilo sin tener velas en ese entierro.

### Fentanilo a la colombiana... y la magia del tusi

Mucho nos costó que la prensa, el gobierno y los consumidores entendieran que una cosa son los análogos de fentanilo de fabricación ilegal que están matando a los gringos, y otra cosa son las ampollitas de fentanilo líquido, de fabricación legal, que se mueven en el mercado ilegal colombiano. Para tener una crisis como la norteamericana se necesitan varios componentes previos y de contexto como los enumerados más atrás, como dicen por ahí, "menos mal somos pobres" y no somos objeto del deseo de las farmacéuticas, no somos una sociedad de la píldora mágica, tampoco nuestra prohibición es tan radical y China no nos ve como objeto del deseo de su guerra cultural. Aparte de eso, tenemos una de las heroínas más baratas y de más alta calidad del mundo, tampoco somos una sociedad agotada que esté buscando el descanso de los opioides, más bien somos unos emergentes que apetezamos más de la estimulación y la empatía del éxtasis.

No obstante este contexto sí hay que estar pilas, el fentanilo de consumo ilegal, no la copia de la crisis en Estados Unidos, lo encontré por primera vez hace unos diez años en las calles del centro de Bogotá, me lo mostró una amiga usuaria de heroína que acude el programa Cambie, intercambio de jeringas, y me dijo que se vendía en las ollas cuando había escasez de heroína, que por ser de baja concentración no daba "rush" pero que sí quitaba "el mono" (el que lo entendió) y ahí se movía el fentanilo al lado de las benzodiacepinas, el tramadol, la metadona; un medicamento más. También en investigaciones de consumo hemos identificado que un porcentaje importante de los consumidores de fentanilo farmacéutico son del gremio de la salud, que pese a la insistencia de ellos por ocultar el fenómeno, son muchos los casos de dependencia, hurtos de medicamentos, sobredosis mortales y hasta suicidios en los profesionales de la salud derivados del consumo de fentanilo y otros medicamentos.

Todo iba relativamente normal con el consumo de fenta hasta que aparecieron los medios de comunicación alarmados con la crisis del fentanilo en Estados Unidos. De pronto, llegó la insistencia en hacernos creer que esto va a ocurrir en Colombia, entonces hicieron su entrada el fiscal Barbosa (con sus mentiras) y el presidente Petro (con sus estrategias de negociación con los gringos) y terminaron poniendo el fentanilo en el centro de la discusión. Esto no solo escandalizó a los padres de familia y radicalizó el gremio de la salud, hubo otras tantas consecuencias: (i) aumentó el precio de las ampollitas ilegales

en las calles que antes se conseguían a cuarenta mil pesos y hoy están a cien mil o más, (ii) aumentó la información que sugiere que se lo están agregando al tusi, tanto por las autoridades como por los fabricantes, (iii) aumentaron las consultas sobre el consumo de fentanilo y la reducción de daños en esta y (iv) aumentaron los reportes en fiestas y centros de salud de síntomas similares a la sobredosis por opioides.

Lo más paradójico del uso del fentanilo en la preparación del tusi es que por su concentración tan baja y la presentación líquida en ampollitas de fabricación legal, al ser mezcladas a altas temperaturas, es probable que se evapore sin tener ningún efecto en las personas, si fuera el producto análogo sintético de fentanilo de fabricación ilegal ya hubiéramos tenido fiestas con diez o quince muertos en una hora como ocurrió en Estados Unidos cuando apareció el fentanilo. El uso del tusi se da especialmente en contextos de fiesta donde lo que se busca es estimulación, alerta, energía, y el fentanilo, cargado de depresores del sistema nervioso, lo que hace es ralentizar, volver arrítmicas y torpes a las personas, llevarlas a un letargo incómodo que va en contra de lo que desean quienes buscan la fiesta. Al parecer ese preparado está saliendo poco a poco de estos contextos, simplemente porque no es una sustancia de fiesta.

### Lo peor está por venir

Lo más probable es que la crisis del fentanilo como la conocemos en Estados Unidos no llegue a Colombia, pero ni los medios de comunicación, ni los políticos y menos el gremio de la salud física y mental más radical y prohibicionista van a aceptar esta derrota, la derrota de una burbuja que cada vez resiste menos la evidencia. De modo que deben crear un demonio y este se llama tusi, que es la sustancia ilegal a la que deberíamos estarle prestando atención en Colombia, y que es en el único punto donde nos podemos acercar un poco a la crisis norteamericana, porque tenemos gente consumiendo fentanilo (y otras sustancias peligrosas) sin saberlo.

Detrás de este polvo rosado tipo exportación, rodeado de reguetón, guaracha, sexo y descontrol, se esconde una mezcla más peligrosa y tóxica. Entre el año 2012 y el 2018, lo que encontrábamos en el tusi normalmente era ketamina, MDMA, cafeína, sin embargo, desde el año 2019 la mezcla es literalmente indescriptible. En nuestro último informe profundo del año 2022 encontramos cafeína, ketamina, MDMA, MDA, paracetamol, metanfetamina, cocaína, MDEA, oxycodona, morfina, levamisol, dimetilpentilona, alprazolam, catina, clonazepam, DOB, mefedrona, pirovalerona, entre otras, y muchas interacciones entre ellas son tóxicamente mortales, por ejemplo la mezcla de benzodiacepinas y alcohol puede resultar fatal.

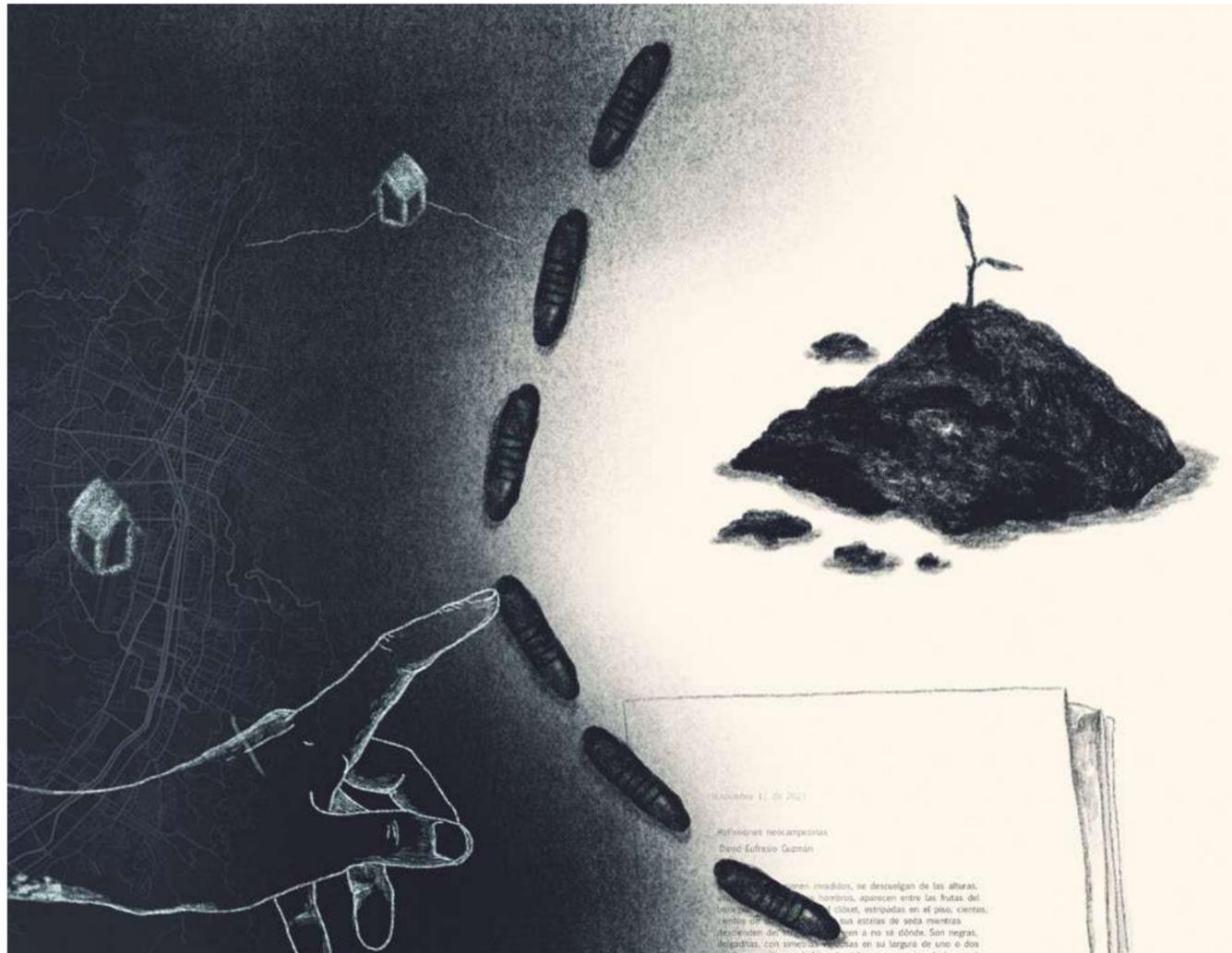
A nadie sorprenden los más de sesenta extranjeros muertos en Medellín en contextos de *pussy, tusi y jacuzzi* en el renovado narco-sexo-turismo paisa. Pero sí se desata el pánico porque hay cinco muertes por fentanilo reportadas por Medicina Legal en Colombia en los últimos doce años. Muy seguramente porque al anestesiólogo se le fue la mano.<sup>62</sup>

\*Sociólogo investigador y director de la Corporación Acción Técnica Social / Échele Cabeza.

El campo también aturde con sus tranquilas miserias. Las babosas como vecinas pasivo-agresivas y las vacas maliciosas e insaciables. Las nubes pueden dejar de ser paisaje para convertirse en eternas cataratas sobre las ventanas. Todo es rudo en la montaña. De modo que a lo lejos la ciudad puede verse blanda y acogedora. ¿Regresar? ¿Cruzar definitivamente el paso migratorio del peaje?

# Reflexiones neocampesinas

por DAVID EUFRASIO GUZMÁN • Ilustración de María Alejandra Pérez



Las orugas nos tienen invadidos, se descuelgan de las alturas, avanzan sobre nuestros hombros, aparecen entre las frutas del bodegón, en el baño, en el clóset, estripadas en el piso, cientos, cientos de orugas que dejan sus estelas de seda mientras descienden del techo y se dirigen a no sé dónde. Son negras, delgaditas, con simetrías verdosas en su largura de uno o dos centímetros. Ya nos había advertido un campesino de la vereda cuando llegamos a vivir a la montaña: “No siembren esos dragos que esos dragos se llenan de unas maripositas negras muy fastidiosas y después se arrepienten”.

Pero cómo no los íbamos a sembrar si los habíamos rescatado del borde de la carretera y sabíamos que el drago era un árbol nativo, de hecho al menos dos habían brotado naturalmente gracias a quién sabe qué, porque, ahora que lo pienso, esto aquí era puro potrero, no había flores ni frutos ni pájaros que posibilitaran aquellos ejemplares de drago cuyas hojas ahora son clave para la proliferación del gusano. La idea de conectarnos con el campo tenía que ver con eso precisamente, incluía dejar fluir el entorno, dejar que la tierra que colonizábamos retoñara libre, a su manera, con lo suyo, para nosotros también retoñar como seres renovados, abiertos a los aprendizajes y a las nuevas experiencias que nos propusiera nuestra versión campesina.

Cada tanto pienso en las personas que llegaron a estas frías montañas del noroccidente, en especial en las que se asentaron aquí en esta cara de la montaña, de espaldas al valle de Aburrá, hace apenas unos setenta años. Una de esas personas fue el padre de Leo, el vecino que anunció la plaga de mariposita negra. Cuenta él que aunque esta zona pertenecía a una gran hacienda estaba virgen y durante meses tuvieron que abrir trochas y tumbar selva y árboles para poder traer el ganado y las reucas con los corotos y los materiales de construcción. Más adelante fueron retroexcavadoras para marcar una carretera rústica que se uniera a la única que ya existía y que aún hoy llega al corregimiento de San Félix, incluso con un tramo pavimentado como representación del futuro de ese viejo momento. Tanto esfuerzo de esa gente para facilitar nuestra llegada a un lote que Leo puso en venta porque no quería trabajar más con vacas. Por eso, apropiarse de un descampado, siete décadas después, nos sugería lo contrario de lo que hicieron los colonos antioqueños: sembrar en vez de talar, arborizar en vez de peinar, vivir con las especies de la región en vez de desplazarlas o aniquilarlas. Podría verse como agradecimiento a la tierra que nos acogía o como rescaramiento tardío, así fuera simbólico, pero simplemente eso era lo que nos dictaba el espíritu que trajo el hogar a la montaña.

Siempre me identifiqué con la vida urbana. Nací y crecí en la ciudad. Para mis abuelos, que eran campesinos, cumplir el sueño de establecerse en Medellín después de años de esfuerzos y sacrificios significó mejorar su calidad de vida, más oportunidades para ellos y para sus vástagos, que en ese momento eran cuatro, pero vendrían otros siete. Salieron del campo a mediados del siglo pasado y en un periodo de veinte años pasaron de vivir en un barrio de estratos 1 y 2 a un estrato 6. Unos dirán evolución, otros, superación o destino. Mi mamá, que fue la penúltima hija, vino al mundo cuando ya vivían en la ciudad, aunque en la casa todavía se respiraran aires y costumbres

campesinas. El campo está atravesado en nuestra historia. Y pienso estas cosas porque para algunos de mi generación, incluso para mis tíos, funciona al revés: el sueño del que se oye es trabajar duro y ahorrar para luego irse a vivir a un ambiente natural. El mito del retiro soñado. Pero en esta época no hay que esperar para jubilarse, ese otro mito. Ahora, gracias a las pantallas, es factible contemplar ese paraíso, irse a vivir a una finquita, alejado del ruido, del cemento, de la contaminación, del ajeteo y las luces citadinas para buscar esa armonía perdida que llevamos dentro y que tiene que ver con el arroyo limpio y la fuerza de la montaña, con hundir las manos en la tierra. De alguna manera, con nuestro origen.

\*\*\*

No sé en qué momento las orugas se van a convertir en mariposas. Por ahora las veo avanzar de la misma forma en que miden cuartas el índice y el pulgar de una mano. Sus patas son tan diminutas, casi como pelillos, que prefieren arrear el cuerpo formando un rizo una y otra vez en un baile lineal en el que la cola persigue la cabeza sin poderla alcanzar. ¿Para dónde van? ¿Cuántos días más tendremos que convivir con ellas? ¿Cuándo se convierten, pues, en maripositas negras? Confieso, ante la invasión, cansado de esquivar los gusanos colgantes cada vez que salgo a hacer algún trabajo en el lote, cansado de quitarme la seda de la cara, de expulsarlos del escritorio, de mi cuerpo, sujetándolos con cuidado de no estriparlos para que no derramen sus verdosos fluidos, confieso que he pensado en talar los dragos. Y me desconozco. Y me pregunto, ¿por qué descartamos el consejo de Leo sin ni siquiera considerarlo? Tal vez porque algunas veces, para que sea nutritiva, la experiencia debe provenir de lo vivido en carne propia. De los propios experimentos y decisiones. Tampoco queríamos heredar los prejuicios de los nativos. Dejar los dragos y aprender a convivir con las orugas es lo que corresponde, aunque debo aceptar que entre mis dedos ha muerto más de una. Debo admitirlo, el urbanita que vino al campo a tener una relación más respetuosa y equilibrada con la naturaleza ha matado orugas. Ha matado vida.

\*\*\*

A veces pienso qué fue lo que me aburrí de la ciudad y los motivos no dejan de sonar como las simples quejas de un tipo amargado. Y creo que en últimas, mi esposa y yo terminamos viviendo en la montaña por una suma de factores, no tanto por huir tajantemente de la ciudad, aunque sí era un deseo buscar en algún momento una vida sosegada, silvestre, tener una huerta. Y este llegó de pronto con esas fuerzas que mueven el mundo y que tienen que ver con el azar y la suerte: un amigo conoció a Leo y compró sus tierras y luego las dividió. Y nosotros, que veníamos de un intento fallido de radicarnos en Viamao, una zona rural cercana a Porto Alegre, nos subimos en ese tren de la vida adulta: endeudarse, comprar un lote, construir una casa, un tren con un destino final de ensueño, vivir en el campo. También fue la necesidad que tiene todo ser humano de cambio, de moverse, de ampliar sus experiencias y probar cosas nuevas lo que nos llevó finalmente a dar este paso que empezó de tenis y va de botas pantaneras, porque si algo había aquí cuando llegamos eran boñigas y eran pantanos, ingredientes no muy de postre para esa dulce y romantizada idea de la vida paradisíaca en el campo.

Una de las cosas que más me animaba de venir a vivir a la montaña era la

ausencia inmediata de vecinos. Paz del otro lado de la pared. No vecinas taconeando a la medianoche, a las cinco a eme, no vecinos cantando en la ducha ni licuando batidos a las seis, no rumbas de 48 horas seguidas, no peleas familiares ni de borrachos. Los primeros días disfrutamos la casa como si fuera una isla imperturbable, sin voces humanas ni amenazas, hasta que hicieron presencia las vacas de don Orlando, que pastan cada quince días en el potrero de enfrente. Aparecieron en estampida por la servidumbre y lo que de golpe fue fascinación por verlas felices de llegar a comer pasto nuevo se convirtió en malestar porque algunas empezaron a engullir los arbustivos que recién habíamos sembrado a lo largo del lindero. Y pese a que había cerca eléctrica, casi nunca funcionaba, por problemas técnicos o negligencia, entonces nos embarcamos en una lucha para proteger los más de cien eugenios que compramos para tener un cerco natural.

Una madrugada sentimos una vaca dentro del lote y salimos a espantarla y estrenamos nuestras voces arrieras. Desde entonces la batalla con ellas ha sido intensa, de aprendizaje, de ensayo y error, y a estas alturas creo que nos comunicamos mejor con ellas que con el dueño. Y creo que esto confirma que donde convivan humanos siempre habrá, dentro de todo lo bueno, conflicto, desacuerdo, egoísmo, no importa si es el propio paraíso. Celebro eso sí que los eugenios están crecidos, algunos un poco menguados de tanta lengua carrasposa al ataque, pero los hemos sabido cuidar con mallas blandas y obstáculos que las vacas respetan a veces. Otras veces entran y despedazan, y si quisieran podrían vivir aquí haciendo daños de distinto tipo. Después de casi ocho años de convivir con ellas, de intentar que gatos intrusos no entren a robar comida o a orinar los cambuches de los nuestros, puedo decir que la lucha contra los animales es una lucha perdida. Al menos en la medida de lo que somos capaces de hacer. Vivir en el campo ha significado ceder, conceder, entender qué es eso de no sentirse superior a otra especie, pero a la vez enfrentarla.

Por eso la idea de talar los dragos me sonó tan contradictoria. Solo muestra el desespero que antecede a una derrota. Tampoco me imagino contratando a alguien con motosierra después del acuerdo que hicimos entre vecinos para bajarle al ruido. El silencio venía en decadencia en este vecindario. Las guadañas, trapeadoras del campo, sonaban y sonaban y es como si el ruido hubiera quedado incrustado en el aire gracias a esa costumbre paisa de estar barriendo hasta las mangas, de mantener todo reluciente, cada rincón del jardín. Sanpic adentro y rastrillo afuera. Los bafles, por su parte, que sacan al sol en la parte baja de la montaña, amplifican para ella la música expulsada, a veces radio, a veces rumba, a veces despecho, siempre Youtube con comerciales incluidos. Y la máquina de ordeño, terrible ronquido una hora por la mañana y una hora por la tarde, que reemplazó en nuestras narices la bucólica imagen del campesino ante la ubre venosa, masajeando los pezones. Es como si los ruidos de la ciudad nos estuvieran mordiendo los talones. Los ruidos y los humores. Y los humos de los carros, que circulan por estos andurriales de pantano y cascajo soltando el peor esmog, veneno de carro sin controles, por no hablar del olor a glifosato que una vez al mes se mezcla con el exquisito aroma de la flor del borrachero.

Entonces, ¿aire limpio, silencio, conexión con la naturaleza? A veces sí, a

veces no. Lo irremediable es que el campo está aquí y la ciudad, lejos. A una hora en carro con tres kilómetros de carretera destapada, un peaje y una vía llena de fallas geológicas y pareysigadores. Y después de unos años, cuando tu identidad neocampesina tiene algo de forma, tu espíritu citadino empieza a sentirse encerrado, aislado, y vos con ganas de meterte a un callejón, a un antro a tomar cerveza, a un circo repentino. Esa identidad que un tiempo repugnó como habitante de ciudad pide no ser olvidada, pía como polluelo hambriento, y esa distancia con la ciudad que alguna vez uno necesitó para reencontrarse empieza a verse cada vez más grande, y si se busca un equilibrio entre lo citadino y la versión campesina es una distancia que se convierte en obstáculo. Y quedas en el aire. Porque tenés algo de la ciudad adentro y ya tenés también algo del campo adentro, pero satisfacer ambos espíritus al mismo ritmo resulta costoso en plata y en tiempo.

La vida es irónica. Uno se viene a vivir al campo y la cercanía con la naturaleza y los animales te desarrolla una sensibilidad hacia todo ser vivo para terminar viendo cómo los nativos maltratan, por ejemplo, a las vacas que les dan el sustento. Ver cómo les arrebatan las terneras a sus madres y cómo broman dolorosamente y saber que venden para mortadela y salchicha los terneros. A lo que viene uno es a sufrir, les digo. O la angustia de escuchar el cacareo a deshoras de unos pobres gallos en cautiverio que solo sacan para inyectarles vitaminas en los muslos desplumados y para llevarlos a los ruedos donde pierden un ojo, una espuela o la vida. No es en el campo en donde se evitan las imágenes crueles, pero al menos está el calor que ha dejado la ciudad, porque lo que se ve en la ciudad, en una esquina en el Centro o en cualquier calle, tampoco es bonito para el alma. Nuestro mundo tiene mucho de bello, pero también de horrendo. Aquí o allá, cada paraíso tiene sus miserias.

\*\*\*

Mientras escribía este texto las orugas fueron disminuyendo hasta que empecé a encontrarlas deshidratadas a medio camino en algunas paredes o aun colgando de los techos o los árboles. No sé qué especie son exactamente, pero sé que son monófagas, solo comen hoja de drago. Puede ser que en condiciones normales se trate de un estado de pupa previo a convertirse en mariposa negra y por algún motivo el ciclo no pudo cumplirse, tal vez por el calor de este año, que ha sido inusual aquí, o quién sabe, pero me ha hecho pensar en que la tensión que hemos empezado a sentir entre la vida de ciudad y la vida campesina es parte de la metamorfosis que nos propuso la vida. Y pienso que quizá no logremos cumplir la transformación y quedemos como promesas de algo que nunca se supo qué era, o como criaturas que se mueven con igual gusto por el pavimento o por el prado.

De los cinco dragos, tres quedaron pelados como si hubieran soportado un invierno de otras latitudes. Algunas hojas permanecen secas y perforadas, lucen como obras de orfebrería indígena, hojas de oro con finos encajes que dejaron las pequeñas mandíbulas de la oruga. Algunos tramos de seda sobreviven a la lluvia y al viento y poco a poco se rasgan de los brazos del drago. Parecen en una época de soledad e introspección. Muy pronto volverán a florecer y, según Leo, en cualquier momento veremos brotar bromelias en sus ramas rugosas y llenas de líquenes. Le creo. Ya sabemos que es un árbol que acoge vida nueva. ☺



Río Magdalena, 1986. León Ruiz.

## Ellos son el río

Yo quiero el río, no tanto a esas aguas sino a la gente que vive cerca de ellas, los que trabajan aquí, los que luchan, cantan, aman y se mueren aquí.

León Ruiz

**León** Ruiz era un niño cuando su abuela Leonor lo llevó a recorrer el río Magdalena. Por primera vez reconoció la inmensidad del agua en el vapor Medellín. Con la mirada tímida e ingenua de un infante, logró apasionarse por un mundo nuevo, un barco para él solo, un ser diminuto en un escenario hídrico nunca antes visto. Desde ese momento sus ojos quedaron cautivos por el paisaje, los pescadores y la cotidianidad a lo largo y ancho del río. Un viaje con la mujer de su vida, en el que descubrió las proezas de la navegación fluvial y las maravillas que emergen de un río colombiano cargado de historia.

Cuando León ya se había consolidado como uno de los grandes maestros de la fotografía análoga, quiso revivir la experiencia, ahora con la mirada de un hombre maduro de 53 años que quería redescubrir su gran recuerdo de infancia. Se lanzó a una aventura semejante a la de los expedicionarios conquistadores, quienes en el siglo XVI se abrían paso en las aguas de un río desconocido, que más adelante bautizaron con nombre de mujer: Magdalena. El mismo que abrió el corazón de León hacia un destino mágico, pero a la vez arriesgado.

En abril de 1986, con su cámara y un diario, desafió un momento álgido en el país, se embarcó hacia la experiencia más importante de su existencia como un inexperto marinero de agua dulce. La violencia y los desastres naturales habían dejado huella en noviembre de 1985: la toma del Palacio de Justicia y la avalancha que arrasó a Armero todavía resonaban con fuerza. Sin embargo, León se insertó en un entorno femenino, recorriendo el Magdalena en Leonor, una improvisada canoa que nombró en homenaje a su abuela; la embarcación fue construida de manera artesanal con catorce tablas

de madera pegadas con clavos de seis pulgadas y calafateadas con estopa y brea, impulsada por un motor Suzuki de cinco caballos de fuerza. Un medio de transporte de dudosa seguridad para desafiar las corrientes voraces, pero que lentamente le permitió adentrarse a la fantástica profundidad de las regiones que cobijan el río.

El viaje comenzó subiendo el páramo de Las Papas hasta la laguna de La Magdalena donde nace el río, cruzó el estrecho, visitó San Agustín y un poco antes de llegar a Neiva se montó en Leonor. En medio del viaje lento y perturbador por los peligros que auguraban los forasteros del camino, se convirtió en un etnógrafo empírico que analizó los detalles más imperceptibles de la travesía. Su mirada aguzada registró la magnificencia de un río que da vida a quienes habitan en sus orillas, los rasgos de la gente de a pie, un variopinto universo visual que da luces de la historia del río y su gente.

Fue así como León configuró un diálogo visual con el río Magdalena, reflejando por medio de imágenes la pasión desmedida hacia un río que lo acogió con dureza, que le enseñó a ser temerario y a confiar en la bondad de los desconocidos. Mientras disparaba su cámara iba escribiendo, tejiendo un entramado de palabras e imágenes que lo convirtieron en un cronista versado en el alfabeto de lo simple. Entabló una conversación pausada y minuciosa con un río urgido por ser escuchado, reconoció en esas aguas el valor de la gente del común, quienes son un fragmento del río, un pedazo de su caudal. Porque como dice él mismo, "ellos son el río", los que buscan el sustento en el agua, los mineros que lavan oro en las orillas despobladas, las familias que lo hospedaron en sus cambuches. Todos ellos son la historia viva de un río de amores y pesares.

En este diario narra las proezas, aciertos y sufrimientos de un trayecto desafiante. Describe con rigurosidad lo inadvertido, sumerge al lector en su viaje. Inquieta en el alma de las personas a través de palabras que trazan su paso de una región a otra. Otorga protagonismo a una lista interminable de personajes con los que formó vínculos, entre ellos, Moisés Duque, el piloto de Leonor. "Moisés es un hombre de veinticuatro años, mestizo, de tez morena, cabello lacio que se le desordena fácilmente, ojos pequeños de mirada penetrante, boca fina, nariz chica, bajo de estatura y delgado. Se ve musculoso y no tiene un gramo de grasa". Así describió León a su compañero de aventura, un pescador andariego con quien naufragó y le perdió todo en el espesor del río, posiblemente el personaje más memorable de su relato, porque con él vivió el viaje hasta el final.

Durante 36 años las palabras de León estuvieron en el anonimato, hasta que salió a la luz esa polifonía de voces y escenas que vivifican la esencia del río Magdalena en su máximo esplendor. Un documento mecanografiado que se convirtió en el libro *Señas desde la orilla 1986*, la ópera prima del naciente sello editorial Museo del río Magdalena, texto que dialoga con las más de 2500 fotografías que conserva el Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto, asociadas al recorrido de León Ruiz por el río Magdalena. Un encuentro entre la fotografía y la crónica de viaje que descubre el país en el río, en el valor histórico de sus palabras y en sus finas composiciones fotográficas. Evidenciando que el río Magdalena, además de ser patrimonio de la humanidad, es la gente que lo habita, lo recorre y lo abraza. 

El ingeniero electricista William Giraldo Jiménez es el vicepresidente de Proyectos de Generación y Energía de EPM, y es también la cara más visible en la Central Hidroeléctrica Ituango. Esta es parte de la historia del hombre silencioso que carga a sus espaldas la obra de la que depende la seguridad energética del país.



## Así es el ingeniero que lideró la operación rescate de Hidroituango



El ingeniero William Giraldo, junto a su familia, durante la condecoración como Gran Maestro de la ingeniería antioqueña. FOTO EPM

El ingeniero William Giraldo Jiménez no tiene redes sociales, no lee periódicos ni ve noticias. Es su manera de blindarse para que nada externo lo perturbe. "Me importa un comino lo que se diga del proyecto afuera porque yo estoy aquí adentro y sé de primera mano lo que está pasando".

El proyecto del que habla es Hidroituango, la central hidroeléctrica que desde finales de este año le entrega al país 1.200 megavatios de energía con cuatro de las ocho turbinas de generación encendidas. Cuando opere al máximo será la central de generación más grande de Colombia.

Desde 2018, Giraldo lidera el equipo de Hidroituango que tenía — tiene — la misión de sacar adelante el proyecto luego de la contingencia de ese año. Y a fe que lo han logrado si nos remitimos a los datos: cuando lo recibió luego de la contingencia estaba al 72 % y ahora supera el 92 % de avances.

"El proyecto en 2018 estaba fuera de control y hubo que valorar y asumir riesgos. Por supuesto que es un proyecto diametralmente opuesto al de la contingencia, pero faltan retos grandes por lograr y con todo esto aprendí que los pequeños triunfos no se celebran porque detrás de una victoria vienen dos problemas juntos porque los problemas son cobardes".

### El capitán, pero no el único del equipo

El ingeniero encargado de Hidroituango no ve noticias, pero ocasionalmente las protagoniza. Una búsqueda rápida permite dimensionar su visibilidad luego de 35 años en la empresa: *William Giraldo, el ingeniero que sorteó las noches más oscuras de Hidroituango*, tituló *El País de España: William Giraldo: El hombre detrás del encendido de las turbinas de Hidroituango*, escribió *El Tiempo*. Para él es parte de su cotidianidad, un día más en la oficina. La rutina de lo extraordinario:

"Yo soy uno más en esto. Aquí en Hidroituango hay muchos ingenieros, expertos, trabajadores del común, desde albañiles hasta electricistas, que le han puesto el pecho. Sin esas miles de personas que hacen un trabajo callado esto no se salva porque uno solo no hace nada".

El pasado 17 de agosto, en la conmemoración del Día del Ingeniero, Giraldo fue exaltado por la Sociedad Antioqueña de Ingenieros (SAI) con la condecoración "Gran Maestro de la ingeniería antioqueña", un reconocimiento que le da satisfacción, pero que tuvo poco tiempo de celebrar por los retos que aún tiene Hidroituango:

"En estos días en mi soledad pensaba eso: que la vida me tenía sin disfrutar los logros porque siempre esperaba qué más adversidades venían. No tengo temor a las cosas y a lo que venga, pero siempre hay que estar alerta porque este proyecto es muy complejo".

Lo que sí disfruta en sus descansos cuando no está en Hidroituango es de su familia, de las actividades culturales en Medellín, de un sancocho succulento y de sacar tiempo para trotar, leer o escribir. Su liderazgo en el proyecto tiene mucho de evidencia científica y algo de mística: ya van más de cinco años y continúa como el capitán del barco.



por  
MARÍA  
ALEJANDRA  
BUILES  
• Gestora Archivo  
Fotográfico BPP

# Historia de una mujer asesinada

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA • Fotografía por el autor

Todo comenzó hace dos años, en octubre de 2021, una tarde de domingo en la que María Estella, de apenas diez años, falleció en extrañas circunstancias tras un supuesto accidente de tránsito en Tarazá, Bajo Cauca antioqueño, cuando se desplazaba en bicicleta por la carretera que va a la Costa Atlántica.

A la pequeña le encontraron varias contusiones en la cabeza, los brazos y el torso, producto de la presunta caída, aunque la bici permaneció casi intacta, salvo unas cuantas peladuras en el marco.

El padre de la niña, Argiro Domicó, volvió de jornalear con café y hoja de coca dos días después y, con su hija ya sepultada, no aceptó la noticia y culpó a la madre de su deceso. Corrió al cementerio con media de aguardiente y la lloró durante horas. Luego regresó a su casa y golpeó a Eva María, su mujer, hasta que a ella no le quedó más remedio que esconderse debajo de la cama y esperar que al energúmeno se le pasara la rasca.

Aquella fue la primera alerta de la tormenta que se avecinaba sobre ese humilde hogar embera katio, formado en 2010, tras la separación de Eva María de su antiguo compañero, Noraldo, quien también la golpeaba cada que le daba la gana, por sospecha o por influjo de sus borracheras con chicha o aguardiente.

Eva María había nacido en 1970, en Tarazá. Era hija de Enrique y Evelia, y vivía en un tambo ubicado en pleno monte, en un sector conocido como Cañón Iglesias. Era la menor de seis hermanos. Víctor, Ismael, José Manuel, Leonardo y Aurora completan la lista.

Sembraban yuca, tomate, frijol, maíz y caña, pero también ganaban dinero recolectando café o raspando coca. Entonces eran más cercanos a las tradiciones embera y se mantenían lo más alejados posible del pueblo blanco o mestizo.

En aquella comunidad indígena, de la que hacían parte otras cien familias, todos los adultos se hacían cargo de la crianza de los niños durante la primera infancia, luego, cada madre se

encargaba de su hija o hijas y cada padre hacía igual con los infantes hombres.

Tenían un sabio jaibaná para lidiar con las enfermedades físicas y espirituales, y un par de líderes que los representaban ante las autoridades de Tarazá. La vida era buena, simple, quizás monótona, pero que vida no lo es.

Eva María, vaya nombre. La primera mujer y la madre de Cristo combinándose en el espíritu y las angustias de una mujer del campo, abstraída de cualquier tipo de ilusión y sometida al más cruel estoicismo. Solo sus hermanos tuvieron la fortuna de formarse en los salones, mientras que ella, al igual que su hermana Aurora, estaba destinada a esperar a un hombre para procrear hijos y cuidar su tambo.

Así llegó Noraldo, el padre de sus dos primeras hijas. La eligió cuando apenas tenía catorce años y la embarazó a los catorce y medio. Convivió con ella ahí mismo, en Tarazá, hasta que decidió abandonarla, llevado por los celos. Siempre que llegaba al hogar, caído de la

perra, le recriminaba supuestos coqueteos con otros hombres de la comunidad embera, e incluso con algunos mestizos de los sembrados de coca, o con pescadores que a veces la veían pasar por la plaza, los sábados o domingos.

La cogía a golpes y a planazos de machete hasta que el cansancio y el efecto del licor lo tumbaban sobre el catre en que dormía, casi siempre solo, pues Eva María se acostaba con sus niñas todos los días.

“No le pega para matarla, le pega para reprenderla, es su derecho como marido”, decían los vecinos, y las autoridades tampoco reparaban en aquel maltrato, pues “así son los indios: violentos, brutos y mentirosos”.

Eva María lloraba poco y bajito, para no espantar a sus hijas, un esfuerzo inútil para mantenerlas alejadas de toda esa violencia. De niña, jamás le habían pegado, ni siquiera sus hermanos mayores. Todos la cuidaban, la querían, aunque de un modo apático, gris.

Hasta su primer marido, su único recuerdo de peligro fue cuando, con apenas diez años, vio pasar un imana con un *pikhoromia* en la boca. Los ojos amarillos de aquel jaguar se posaron sobre ella unos segundos, luego, el felino se perdió entre la selva con su presa y Eva María se quedó mirando la manigua un rato más, temerosa de volver a ver aquella fiera.

Muchas veces había visto pasar tropas de hombres armados, y también había escuchado el sonido recio de las balas, pero nada de eso le generó tanto miedo como los ojos amarillos del imana. A pesar de las golpizas, Noraldo tampoco le producía terror. Tenía resuelto que cuando sus hijas crecieran, lo dejaría y se iría para Ituango, a vivir con sus hermanos mayores, quienes para entonces ya habían emigrado de Tarazá y dos de ellos se encontraban estudiando en Medellín.

Aurora, su hermana mayor, también se había casado y vivía en el barrio El Carmelo de Ituango. Al igual que Eva María, era sumisa y tranquila. La única diferencia entre ellas eran los pensamientos. Aurora estaba cómoda con ser una mujer abnegada y esclava de su esposo y de su hogar, pero Eva María había recibido mucha influencia de las mujeres blancas, y quería, como ellas, tomar vuelo por sí sola, huir de su injusta condena.

Conocía a una profesora, una joven de Yarumal, madre soltera, que viajaba con su hijo hacia donde la enviara el magisterio. Muchas veces, esa profe le había dicho que podía irse y vivir de las artesanías, o que, si quería, ella podía enseñarle otras cosas para que se ganara la vida honestamente y lejos de ese hombre horrible que la maltrataba.

Le gustó escuchar esas palabras y por eso tenía planes de marcharse, pero no con dos bebés. Sus hijas tenían que poder caminar solas. Entonces esperó.

Eva María estaba harta de su marido y quería abandonar la comunidad embera de Tarazá. Quería irse lejos y abrirse paso como una madre soltera, al igual que su amiga profesora, pero Noraldo se le adelantó. El hombre encontró a otra mujer y huyó con ella hacia Valdivia. Y Eva María, otra vez soltera, aplazó sus planes.

Pasó un año feliz con sus hijas. Recolectaba café y hacía collares, canastos y pulseras que luego vendía en el parque principal de Tarazá. Sus hijas aprendían de ella y le ayudaban. Todavía era una mujer joven y bonita, y por ello atrajo la atención de varios hombres, entre ellos Argiro Domicó, líder de la comunidad embera, quien muy joven había sido cabildante y en ese entonces, en 2010, era gobernador.

Argiro se enamoró a primera vista y comenzó a cortejarla día tras día. Los padres de Eva María habían fallecido hacía poco y los hermanos mayores no estaban ahí para advertirla o cuidarla. Finalmente, ella cedió a las intenciones de Argiro. Por algún motivo, pensó que eso del amor no era tan malo como se lo había dado a conocer Noraldo, y se dio otra oportunidad. Y así comenzó su tragedia, la tragedia Domicó.

Eva María también era Domicó, al igual que toda su familia, e incluso su antiguo compañero, Noraldo. La razón de la exigua diversidad de apellidos se fundamenta en que los embera tratan de no mezclarse con otras comunidades, aunque a veces, en los matorrales, las calenturas provocan deslices irreparables.

La unión libre con Argiro comenzó según las costumbres del lugar. El hombre se la pasaba ocupado en asuntos políticos y cuando regresaba al tambo, lo único que hacía era usarla para tener sexo, luego salía, se emborrachaba y volvía a irse de viaje. Su ausencia era tal que por poco ni se da cuenta que la había embarazado, a mediados de 2010.

Un día retornó, ebrio y cansado, y entonces notó la prominente barriga. Se

sintió feliz, pero le exigió, absurdamente, que la criatura debía ser niña, porque si no, la iba abandonar.

Esa misma noche se decidió el nombre: María Estella y, pocos meses después, nació la criatura.

La llegada de la niña hizo que Argiro se quedara más tiempo en el tambo, y en su toscos y serio semblante asomó un liviano gesto de ternura. Durante un par de meses dejó la bebida y le hizo promesas de amor a Eva María. Poco después, se llevó a toda la familia a vivir en una casa de material en Tarazá.

Argiro no era un embera tradicional. Se vestía de *jeans* y camisetas con estampados. Se compraba tenis de marcas extranjeras y escuchaba música moderna en las cantinas. Iba a los puteaderos, comía en restaurantes y usaba relojes y cadenas de oro.

Eso de usar la *burubú* y el *chindau* (túnica y sombrero) no era para él. También había dejado de respetar a los grandes jaibanás e incluso las leyes divinas del gran Karagaba, el dios de todo en la cultura embera.

Pese a todo, el rumor general era que Argiro era un buen líder y un entrañable gobernador, por lo cual gozaba de amplias licencias en sus asuntos espirituales y maritales.

María Estella modificó brevemente la personalidad de Argiro quien, por el amor a su hija, les tomó cariño a las dos hijas de Eva María y Noraldo.

“Las voy a cuidar a todas Eva, no se preocupe”, solía decirle, y hasta se comparaba con Noraldo. “Vea que yo no la maltrato como él, vea que yo sí soy un hombre digno”. Y Eva María creyó en todo eso, se enamoró y, tres años después, volvió a quedar embarazada.

Con el tiempo, empujado por los tragos y algunos problemas como político, Argiro comenzó a olvidarse de sus responsabilidades como padre y la ternura de su semblante se desvaneció.

La vida cambió. Las hijas mayores de Eva María ya se habían ido de la casa y María Estella se la pasaba en la escuela o jugando en la calle. Argiro se pasaba semanas viajando o trabajando en el campo y cuando recogía dinero suficiente iba a gastárselo en las cantinas, con otras mujeres. A Eva no le quedó más remedio que volver a vender artesanías, llevando siempre a su hija menor en una suerte de marsupio.

Cuando los amores furtivos lo abandonaban, Argiro volvía a su casa y se aprovechaba de la vulnerabilidad de su mujer, usándola como si fuera un objeto comprado en una tienda sexual.

Sus hijas lo veían todo en silencio. Si Eva María no se quejaba, Argiro le perdonaba los golpes y tras satisfacer sus anhelos volvía a irse y cerraba la puerta con furia.

A Eva María le hablaba el recuerdo de su amiga profesora, ¿y todos esos proyectos que había pensado junto a ella? Irse a donde nadie la conociera y comenzar de nuevo con sus *munkauc* (hijas).

Les contó de su situación a sus hermanos mayores, quienes ya estaban dando pasos hacia el liderazgo de la comunidad embera, sobre todo Leonardo, quien ya se había postulado para cabildante. “No debe quejarse Eva María, usted cumplió con su destino. Tiene hijas y un hogar. Respeta a su marido”, le respondían.

La única que entendía su padecimiento era Aurora, su hermana, pero sus consejos tampoco eran satisfactorios. “A mí pasar lo mismo, Eva, la mía marido también me pega, pero mientras no quiera matar, aguanto”, le decía con su español a medias entre la selva y los pueblos.

Aguantar, aguantar hasta que llegue la muerte, como reza el sacramento del matrimonio. Pero es que ella no se había casado por la iglesia católica. Su unión era libre. Podía marcharse si quisiera.

La cabeza le daba vueltas, pero mirar a sus hijas, ya grandes, dos de ellas con familias propias, le dio la valentía suficiente para volver a pensar en irse, en huir de esa vida estrecha y sofocante.

Cuando María Estella cumplió los diez años, Eva pensó en decirle a Aurora que la recibiera en Ituango, temporalmente, mientras decidía qué camino tomar con sus dos niñas. Pero entonces ocurrió el accidente. La niña salió a jugar con sus amiguitos y uno de ellos le prestó una bici de *cross*. Salió a dar una vuelta y no regresó. Un camionero encontró su cuerpo tirado sobre un pastizal y la bici a la orilla del camino. La niña estaba muerta.

El dolor que sintió Eva María no lo puede imaginar nadie. Su rostro ensombreció, sus ojos se apagaron. Argiro también se derrumbó con la noticia, pero proyectó toda su rabia contra la madre devastada, quien ya no respondía a sus golpes. Desmañada, dejaba que él la insultara y le pegara, sin siquiera llorar. Eso acrecentaba el odio de Argiro, quien desde ese día prometió matarla.

Ella nunca lo denunció, ni pensó en hacerlo. Lo único que la mantenía con vida era su otra hija, y sus deseos inconcebibles de irse muy lejos. Así que aprovechó una de las largas ausencias de su marido y, sin avisarle a nadie, tomó a su hija en brazos y un bolso con unas cuantas mudas de ropa y se fue para Ituango.

Llegó al barrio El Carmelo a comienzos de 2021, y consiguió un pequeño apartamento en alquiler, al lado de la casa de Aurora. Y aunque la muerte de María Estella le producía fuertes dolores en el pecho, como si su corazón fuera a reventar, poco a poco fue recuperando la paz.

Aurora la respaldó esos primeros días cuidando a su niña para que pudiera salir a buscarse unos pesos vendiendo artesanías. Leonardo también estaba cerca. Su hermano había terminado sus estudios y había sido elegido para el cabildo del resguardo indígena Jai Dukamá del corregimiento de La Granja. Tenía cierto poder entre su pueblo, pero el gobernador era Fabián Domicó, hermano de Argiro.

Dicho resguardo queda en zona rural de La Granja y cuenta con más de 1300 hectáreas de tierra, donde habitan cerca de cuatrocientas personas. Ese resguardo tiene doscientos años de historia, según cuenta Leonardo. Los embera que habitan en el barrio El Carmelo, en el sector de La Montañita, aunque marginales, están incluidos en ese resguardo y, por lo tanto, están cobijados por sus autoridades.

Cuando Eva María llegó a Ituango, Leonardo le comentó la noticia a Fabián, quien de inmediato se la comunicó a su hermano Argiro. Casi un mes después, el marido se trasladó a Ituango para buscar a su mujer y a su hija. Traía la muerte dibujada en la frente.

“Un día de estos voy a matar a esa mujer”, pregonaba borracho en las cantinas, mientras lloraba. “Les juro que la mató”, repetía.

Argiro comenzó a merodear la casa de Eva María y de cuando en cuando la obligaba a abrirle. No volvió a dormir con ella y tampoco la golpeaba, por la cercanía de Aurora, pero cuando la veía en la calle, la perseguía para insultarla y le lanzaba piedras.

El tormento era diario, pero nadie se preocupaba porque Eva María estaba, supuestamente, bien rodeada y protegida. Y es que no solo Aurora vivía cerca, también su hija mayor, Nelcy. Además, Leonardo viajaba todos los fines de semana desde La Granja.

Algunos vecinos de El Carmelo sí pusieron en alerta a las autoridades varias veces, debido a los gritos de Argiro en plena calle, prometiendo la muerte de su exmujer. En un par de ocasiones lo metieron a los calabozos, pero la influencia política de su

hermano Fabián lograba que lo dejaran en libertad. Los únicos momentos en que Eva María no se sentía amenazada eran los de cosecha, porque Argiro se iba para el monte a jornalear y tardaba meses en regresar.

La pandemia la protegió brevemente, pero el virus también pasó, aunque dejando su marca, y la terrible normalidad volvió a acecharla.

A finales de 2022, Argiro entró a la casa de Eva María, la golpeó brutalmente y huyó. No volvió a aparecer hasta mediados de 2023. Leonardo, minimizado por la autoridad de Fabián, no dijo nada y perdonó el ataque.

Sin embargo, Argiro todavía no estaba satisfecho. Sus deseos de matar a Eva María seguían vivos. Eva María puso en alerta a sus vecinos y denunció las agresiones en la Estación de Policía de Ituango. Los oficiales tomaron nota de su nombre, del nombre de Argiro, pero advirtieron que, de no producirse ningún hecho flagrante, no podían hacer nada. El ciclón de sus remordimientos, su amargura, las ideas sobre el dominio ejercido sobre su mujer lo hicieron cada vez más turbio y perturbado.

El pasado 30 de octubre, a las 9:00 de la mañana, Argiro llegó a El Carmelo a pie. Subió las interminables faldas hasta la casa de Eva María y tocó la puerta. Ella le abrió, por temor a un escándalo, y él se abrió paso dando patadas y golpes. La mujer estaba cuidando a su nieto de tres años, el primer hijo de su hija Nelcy.

Argiro la arrastró a golpes hasta el solar de la vivienda y la tiró junto a un limonero. Luego sacó un cuchillo y arremetió contra ella. El niño comenzó a gritar de espanto y Eva María rogaba por auxilio, mientras interponía las manos para evitar las puñaladas. Pero Argiro la dominó fácilmente y le clavó el puñal en el cuello. Se sentó sobre su pecho, pleno de ira y, cuando estaba dispuesto a propinarle un nuevo cuchillazo, entró Aurora.

“Déjela, deje a la Eva, déjala”, dijo angustiada. Eva María gritaba: “Ayúdenme, ayúdenme”, pero la sangre la ahogaba.

Aurora se lanzó sobre Argiro y forcejó con él hasta donde pudo. Logró arrebatarle el cuchillo, pero él se deshizo de ella con un codazo y la amenazó. Entonces ella salió corriendo en busca de ayuda, pero ningún vecino atendió sus ruegos. Algunos, incluso, le cerraron la puerta. Atormentada por la impotencia, volvió a la casa y vio como Argiro rasguñaba como una fiera las heridas abiertas en el cuello de Eva María.

Aurora volvió a salir y pidió que llamaran a la policía. Buscó en las aceras un palo o una piedra. Volvió a ingresar en la casa de su hermana y vio a Argiro tomar una piedra grande del solar. En ese momento todo se volvió borroso para ella, quien a punto estuvo de desmayarse. Argiro se irguió frente a Eva María y dejó caer la piedra con fuerza sobre su cabeza. Aurora volvió a la calle, sin saber qué hacer, recorrió media cuadra y se devolvió. Argiro ya se había marchado por entre los muros de las otras casas. Eva María estaba muerta.

Eva María, la madre de la niña muerta, murió por los pecados del hombre. Y fue precisamente ese hombre, justo el que le había prometido amor eterno, quien la mató.

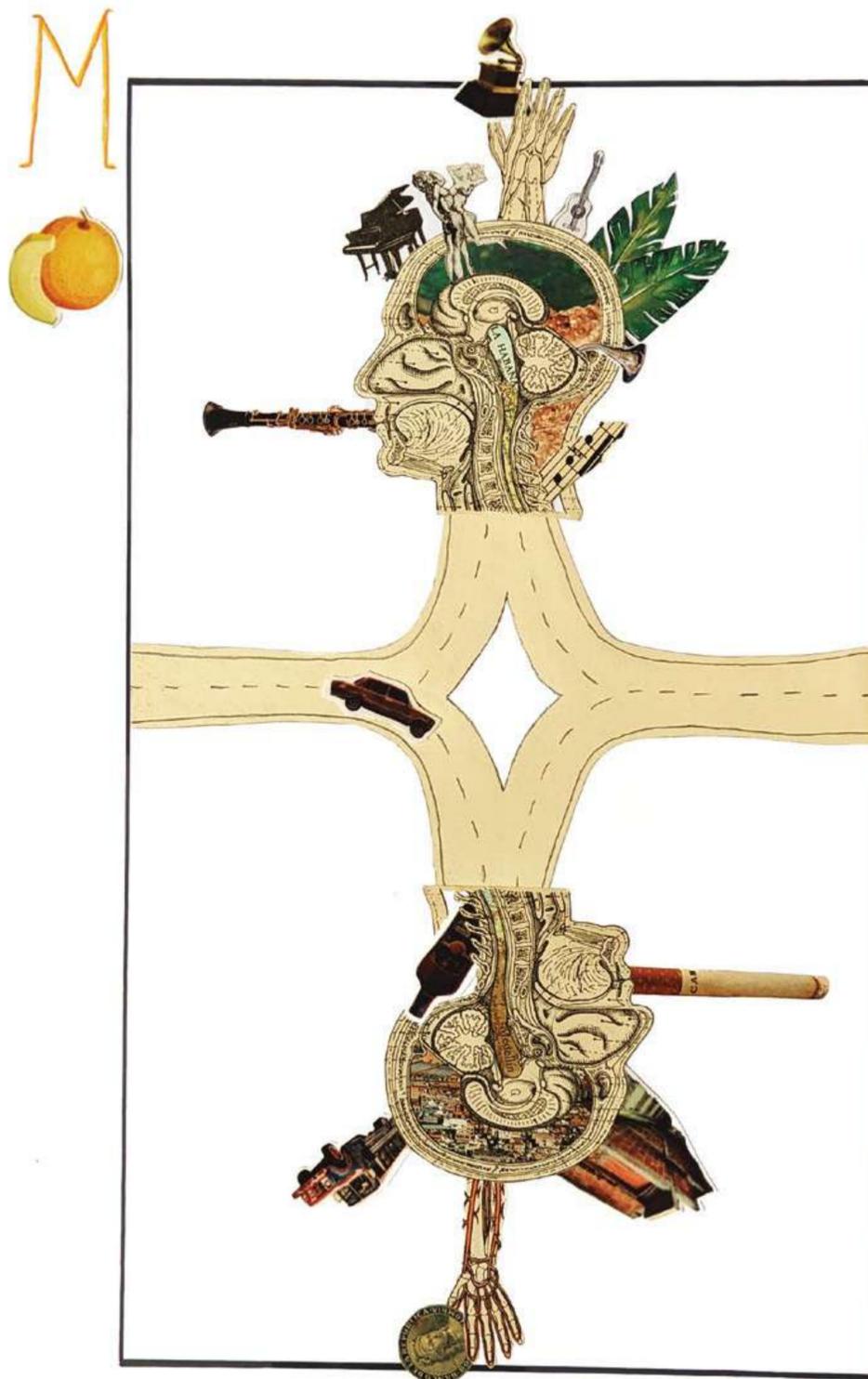
Al final, los ojos amarillos del temible jaguar volvieron a encontrarla, aunque en otra selva. Esta vez, ella fue la presa que el animal se llevó en su hocico. ©



Aurora, hermana de Eva María, al frente del lugar del feminicidio.

# MELÓN, EL MELODIOSO

por ALEX JIMÉNEZ • Ilustración de Natalia Osorio Bonilla



Uno no es lo que quiere  
Sino lo que puede ser  
José José

**A**hí está Melón, tal vez agonzando.

Durante una de las treguas que la economía le arrebató a la pandemia, Melón “el Melodioso” Pérez, productor de Alessandro Tanz, maestro en guitarra, piano y trompeta, tenor impecable y ganador de cuatro Premios Grammy, estuvo en mi carro una noche. Le abrí la puerta, ebrio de ilusiones, alrededor de las siete. A las siete y cinco ya estaba planeando la manera de bajarlo. Meses después de ese episodio, la calle lo escupió delante de mí. Me miró a los ojos y no me reconoció. Cuando estuve a unos metros, di la vuelta y me percaté de su aspecto casi indigente. Creo que puedo explicar esa debacle vertiginosa con los pocos detalles que conozco de su vida. Conversé otras veces con él. Me presenté siempre con un nombre distinto y no se dio cuenta, ni siquiera cuando usé alias absurdos, como Margarito Yourcenar o Francisco Káfkaro. Hay un par de bajezas que no me contó y que encontré en la red después de la noche que lo conocí.

Proveniente de una familia de músicos, aprendió a armar melodías en el piano antes que a pronunciar palabras. En ese prodigio podría estar el corazón de su desventura. Significa que un niño pasó más tiempo junto a un instrumento que junto al afecto de sus padres. Según los uítoos, los niños beben la plenitud del lenguaje y del cosmos en la leche tibia de la madre. Melón no tuvo más opción que mamar de las teclas del piano. Podríamos decir que en esa ruta llegó a ser un genio, a la manera del ajedrecista de Zweig. Es decir, casi como un insulto: alguien cuya hipertrofia lo hace diestro en un área que no está en capacidad de comprender. En las conversaciones que sostuvimos, en las entrevistas que encontré en la red, no percibí un solo destello de asombro, sensibilidad o inteligencia. Pero cuando le entregaban una guitarra en el

Parque Despoblado, la gente lo rodeaba con teléfonos celulares, deslumbrada ante el nivel de destreza casi circense. Bernard Shaw decía que nadie podía ser un especialista sin ser, en estricto sentido, un idiota. No lo digo con sorna. Él cargaba ese drama, aunque no se diera cuenta. El mío tal vez sea darme cuenta.

Melón creció entre hambre y canciones, con el temor de que su techo colonial en La Habana no le pudiera dar sustento a más termitas. Su vida, como la mía, era cantar en fiestas, bares y restaurantes. La adolescencia lo encontró bien afianzado en su negocio. Formó una familia y empezó a tocar en el mismo hotel donde Hemingway escribió *Por quién doblan las campanas*. En uno de esos conciertos se le apareció el ángel de la guarda. Según la teoría de los seis grados de separación, yo podría hablar mañana con la persona más poderosa del planeta. Solo cinco seres humanos nos separan de cualquier otro en el mundo, sea quien sea. En ese hotel un productor lo vio y lo invitó a trabajar en la parte latina de una canción de Alessandro Tanz. Esa canción, *Corazón dolío*, llegó al número uno de la radio de habla hispana. Melón había pasado de ganarse la vida en el hotel Habana Hemingway a trabajar con una disquera monstruosa. A los veintidós años, edad en que la corteza cerebral prefrontal no ha acabado de madurar, un muchacho había alcanzado lo que consideraba la gloria. Imaginé que empezaría a ganarse la vida como músico de sesión. Entonces Alessandro Tanz le propuso ser el productor de su siguiente álbum, contra el deseo de la disquera de contratar al gran Quincy Jones, maestro detrás de los álbumes que tallaron a Michael Jackson en semidiós.

Preferir al advenedizo antes que a la leyenda era el giro impredecible más predecible para un artista romántico del pop. Alessandro Tanz se llevó al productor novato a vivir en su casa playera de Miami, donde barcos cargados de turistas saludaban al cantante por megáfonos y le tiraban calzones que quedaban flotando a la deriva o atragantaban a las tortugas marinas que los tomaban por aguamalas. El álbum que Melón cocinó junto a Tanz le hizo ganar cuatro Premios Grammy. Por esa época se aficionó a ciertos excesos de la fama. En el Parque Despoblado me habló alguna vez de la cantidad de coca que cabe en el ombligo de una *bayusera*. De eso se llenaba la boca quien producía éxitos románticos y no sabía que José Martí era algo más que una marca de mojito.

Lo conocí una semana después de que viniera a encallar a la Villa de la Candelaria. El amigo que me habló de él esperaba que Melón fuera el primer eslabón de los seis grados de separación que harían despegar al fin mi carrera. Ese amigo, Sharif Al Rashid, cuya fe inquebrantable en mi trabajo me enternece, es dueño de un restaurante con aromas de *Las mil y una noches*. Melón había comido ahí y había dicho que andaba cazando talentos locales. Sharif le recomendó mi trabajo. Agradecí a mi amigo por el contacto.

Recibí la noticia con mesura. Tengo cuarenta años. Desde hace una década es evidente que fracasé: la mediana edad no se lleva muy bien con la industria del pop, a menos que podamos ser eternos como quería Yourcenar. Ya otras veces, tantas y tantas, me handado el número de tal o cual productor o mánager. El fiasco es tan mezquino que no logra trascender a anécdota. Emocionarme por ese tipo de personas es indigno de mis arrugas y mi calvicie. Pero la ilusión, perra familiar, agoniza siempre, nunca acaba de morir, nunca deja de mordere.

Le escribí un recatado mensaje al productor un lunes en la tarde. Respondió que sí, que nos viéramos algún día. El sábado recibí un mensaje desde otro número: “Te hablo desde el celular de mi asistente. Veámonos hoy en El Despoblado”. Ansioso, lo llamé a ese número para explicarle que la pandemia había arrasado con lo poco que tenía en mi cuenta, y justo esa noche me habían

contratado para un tedioso cumpleaños. “Si no te molesta, te acompaño”, me dijo. Me pareció un gesto bellissimo: el hombre que había recorrido el mundo y había trabajado con artistas famosos se ofrecía a acompañarme a la sala de una casa para una modesta serenata. Respondí a esa cortesía con otra: me ofrecí a recogerlo. Me envié su ubicación. Di un vistazo rápido al Mapa Satelital y me pareció que la dirección era cerca de la zona universitaria y no en El Despoblado. Supuse que se encontraba en casa de su asistente y me dejé guiar por una voz robótica sin cuestionarla ni cuestionarme. Cuando estuve cerca de la zona universitaria, vi que aún faltaba un largo trecho. Sin embargo, seguí por la ruta de mi desdicha, como es costumbre. Subí por calles de periferia, cada vez más arriba. Luego giré a la zona de casas de zinc y subí más. Mi carro, una cafetera porfiada, olía a cortocircuito, sonaba a cerrajería, sufría para dar la talla en pendientes desquiciadas. Llegué a barrios donde puestos de chunchurria atiborraban pasos peatonales, donde los motociclistas iban sin casco y pateaban retrovisores, donde los transeúntes se pavoneaban ante la muerte mientras los buses subían a los andenes la mitad de sus armatostes. Es decir, barrios como el mío, pero al otro lado de la montaña. Supongo que en mi miedo estaba replicando el vicio nacional de creer que la mugre propia es menos indigna que la ajena.

Llegué a la dirección: una calle ciega y estrecha. Llamé al número de la asistente para anunciarme. No respondió una voz extranjera, sino una dicción de barrio local. “Ya sale”, dijo. Después de un par de minutos, tenía a dos muchachos con gorra y sin barbijos escupiéndome muy cerca las palabras, preguntándome cuál era mi relación con el productor, contándome que había dado vueltas en un taxi todo el día sin pagar, pidiéndome dinero para calmar la ira del taxista, invitándome a bajar para convencer a Melón de cancelar su deuda. Creí que mis décadas de cantar *Lamento boliviano* y *La chispa adecuada* se irían al traste. Les dije que no tenía un centavo y que si Melón quería acompañarme debía salir ya. Empecé a maniobrar en el carro para poder escapar, porque era imposible ir en reversa. Cuando al fin estaba listo para irme, vi por el retrovisor al famoso productor saliendo de una casa. Melón “el Melodioso” Pérez me hizo señas para que lo esperara, mientras manoteaba hacia los muchachos de gorra y respondía a los insultos locales de ellos con insultos en cubano cuya traducción se me escapa. Subió a mi lado y me dijo que acelerara. Tampoco tenía barbijos. Esa noche gasté los restos de embrague de mi cafetera y tragué generosas gotículas de virus.

Estuvimos en silencio unos segundos. Al olor del carro recalentado se unió un tufo de trasnocho y ron. Melón hizo un comentario sobre la gente marginal y sus problemas marginales, que se te pegan como roña. Le pregunté por sus proyectos. En su respuesta, entrecortada por ruidos guturales de perico, entremezcló sin mucha coherencia la música electrónica, el folclor latinoamericano y la filarmónica del Valle de la Candelaria. Le pregunté por los artistas a quienes estaba reclutando. El único nombre de la lista fue el de mi amigo pakistaní. Aunque Sharif conoce la mayoría de acordes de la guitarra, sé que sus proyectos están relacionados con su restaurante. Entendí que a mi lado había un estafador. Melón había ganado cuatro Grammys y había trabajado con artistas famosos, pero ahora se dedicaba al vampirismo. Era necesario deshacerme de él antes de llegar a la fiesta de cumpleaños. Le dije que durmiera tranquilo si

lo necesitaba. Asintió y cerró los ojos. Volvió a abrirlos de inmediato para revisar algo en su celular. Vi el patrón de desbloqueo: una simple L. Volvió a cerrar los ojos y casi al instante empezó a roncar.

A mi lado estaba el productor de Alessandro Tanz en un viaje intergaláctico por malolientes anillos de gusano. Yo, que me considero un *grande hombre incomprendido* y creo que es injusta la unánime indiferencia que me profesa la crítica, el público, mis amigos y mi mamá, tenía ante mí, una vez más, una burla del destino, más aparatosa que las anteriores. Qué fácil habría sido quitarle el celular en ese momento, abrir la puerta y patear afuera del carro ese bulto de psicoactivos y ron para que la autopista hiciera el resto. Pero no soy un personaje de Tom Waits, sino apenas un resentido local, chato y romo. Decidí tomar el siguiente retorno al Parque Despoblado, donde me había dicho que se estaba hospedando. Entonces me di cuenta de que no me quedaba tiempo para ir a un extremo de la ciudad y atravesarla de vuelta hasta la sala del cumpleaños. Busqué una parada, me detuve detrás de un acopio de taxis y desperté al gran productor. No fue fácil. Después de todo, podía haberle quitado el celular.

“Cancelaron el concierto, Melón”, le dije.

“¿Y eso?”, me preguntó él, atontado por el sueño.

“La mamá de la cumpleañera cogió el virus”, le dije.

“¡La pingaaa!”.

“Sí, qué lástima. Pero yo te aviso cuando vuelva a tocar. Mira, cualquiera de estos taxis te lleva”. El dudó un segundo y luego dijo: “Oye, es que ando sin cash”.

Le di lo único que tenía: 35 mil pesos. Fingió avergonzarse y los aceptó.

Volví sobre mi camino y llegué a tiempo para el cumpleaños, eterno y árido como un álbum de R.E.M. A mi espalda, la cucaracha en la baldosa pareció prestarme más atención que la cumpleañera aplastada por veinte años de matrimonio. Al día siguiente volví a buscar en la red el nombre de Melón, el Melodioso. Agregué la palabra “escándalo”. Aparecieron resultados diferentes. Vi las dos bajezas de las que no me habló: en España, en una fundación para la niñez desamparada, Melón dijo tener permiso de llevarse una guitarra que Alessandro Tanz había donado para recaudar fondos. La directora, por supuesto, no lo permitió. En México lo busca la justicia: Melón cobró un anticipo de siete mil dólares por una clase magistral que nunca llevó a cabo sobre el álbum de Tanz en el que fue productor. Llamé a Sharif Al Rashid para alertarlo.

La rabia de esa noche se convirtió en compasión. Entendí la historia de un niño sin afecto que había logrado el éxito antes de los treinta años y llevaba

una década desmoronándose. Yo sí habría sabido qué hacer si la fortuna me hubiera sonreído a los veintidós años.

Días después volvieron a llamarme de un bar cerca al Parque Despoblado. Cuando terminé de tocar la primera tanda, salí a dar una vuelta. Llegué a un negocio de empanadas y vi a Melón junto a dos raperos muy humildes, regateando unos pesos con el vendedor. Vi que se iba a ganar un puñetazo por no pagar unas monedas, así que completé lo que le faltaba. Lo miré, creyendo que me reconocería. Solo dijo: “Gracias, compadre”. Siguió hacia el parque con sus rémoras ilusas. Esa noche, después de mi concierto, lo vi con una guitarra prestada, deslumbrando transeúntes para costearse más empanadas. Cantó *Payaso* mejor que José José. En esas estuve durante varias semanas. Cuando no conseguía la guitarra, se paraba junto a los bares a cantar con su voz prodigiosa lo que estuviera sonando. Siempre llevaba la misma ropa cubana, que ahora huele a indigencia nacional. Cuando me hablaba de su vida, se pintaba como una víctima de las circunstancias. Tal vez lo sea, aunque íntimamente él mismo no lo crea. Las últimas veces que lo vi, se quejó del ruido de los bares cercanos, aunque el volumen no era exagerado. Luego le pasaron una guitarra, dio un rasgueo y la devolvió horrorizado, como si le hubiera reventado los oídos. La guitarra no estaba desafinada. Parece que la música se le está convirtiendo en ruido. Si es lo que creo, se trata de una enfermedad neuronal crónica. Cada día será peor.

Claro: si sobrevive. Porque ahora está ahí, tirado en una acera, junto a un charco de vómito. Sigue respirando, pero se ve muy mal. Nadie quiere acercarse. En estas circunstancias, la gente suele esperar a que haya un primer samaritano antes de atreverse a participar. Me agacho junto al productor, le doy la vuelta. Tiene la cara sudorosa, los ojos en blanco. Una mujer grita, pide un doctor. Aparece un estudiante de enfermería que estaba tomando cerveza en el parque. Se agacha a mi lado. Llega también una muchacha muy joven, dice que es doctora. Ambos se encargan del cubano. Le abren la camisa, lo auscultan. Esculcan sus bolsillos, encuentran su billetera. Yo me alejo del corrillo. Alcanzo a escuchar que preguntan por su celular. Me pierdo en la siguiente esquina. Busco una calle tranquila, meto la mano en mi bolsillo, saco el objeto de mi redención. Reproduzco el patrón de desbloqueo. El celular me ofrece sus secretos. Busco los contactos. Siento el corazón galopando en las sienes. Encuentro el número de Alessandro Tanz. Lo marco desde mi celular, casi sin esperanza.

Al otro lado, una voz famosa me responde. ©





# UC 15

años

No se quede sin celebrar  
estos quince con nosotros

Entre a [tienda.universocentro.com](http://tienda.universocentro.com)  
y escoja su regalo.





El Águila Descalza

# Luna de Mier..

¡Gracias por este 2023!

**83** Funciones

**73.321**  
Espectadores

**10** Ciudades



# Canaguar

Revista de cine colombiano

Una publicación de  
[cinéfagos.net](http://cinéfagos.net)

[canaguaro.cinefagos.net](http://canaguaro.cinefagos.net)



HAY  
FESTIVAL  
JERICÓ

IMAGINA EL MUNDO  
19 AL 21 DE ENERO 2024

ALIADO PRINCIPAL:

comfama



UN  
FESTIVAL  
DONDE  
LAS IDEAS  
FLORECEN  
Y LA IMAGINACIÓN  
VUELA.

LITERATURA | EDUCACIÓN | CINE |  
CIENCIA | NATURALEZA

Conoce  
la programación en  
[www.comfama.com](http://www.comfama.com)  
y adquiere  
tus entradas aquí:

